



TRAZOS
de
CORAZÓN

Jezz Burning

Trazos del corazón

Jezz Burning

Título: Trazos del corazón

Antología de relatos

©2018: Jezz Burning

©De los textos Jezz Burning

Ilustración portada: Joana Castro del Cabo

1ª edición

Todos los derechos reservados

<http://jezzburning.blogspot.com>

Índice

[ESTIGMA DE PIEDRA \(2012\)](#)

[REHACER EL MAÑANA \(2013\)](#)

[DESEO \(2006\)](#)

[CONCIENCIA MUERTA \(2009\)](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[EPILOGO](#)

[AGUA EN LOS BOLSILLOS. \(2011\)](#)

[SEGUNDA OPORTUNIDAD \(2004\)](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPITULO 9](#)

[CAPITULO 10](#)

[CAPITULO 11](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPITULO 13](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPITULO 15](#)

[CAPITULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPITULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPITULO 20](#)

[EPÍLOGO](#)

ESTIGMA DE PIEDRA (2012)

Si hubiese podido, habría parpadeado incrédulo ante lo que veía, pero la luz del sol tardío le impedía usar ni uno sólo de sus músculos convertidos en piedra. Sabía de sobra que era imposible que fuera ella, la mujer por la que su hermano perdió la vida, tantos siglos atrás. Sin embargo, allí estaba: su mismo cabello negro y rizado, altos pómulos sonrosados y los labios llenos, pecaminosamente rojos. La observó sentarse en un banco cercano y extrajo de su bolsa una libreta de buenas dimensiones y varias herramientas de dibujo. Entonces alzó la vista. Un helicóptero cruzó el cielo pero ella lo ignoró por completo, centró su atención en la parte alta de la ermita, recorriéndola con la mirada como un hambriento contemplaría un despliegue de manjares ante sí, decidiendo qué degustar primero.

Comenzó entonces a mover el lápiz con rapidez sobre la rugosa superficie blanca, sin apenas prestarle atención. Los mismos grandes y oscuros ojos, decorados con tupidas pestañas, que un día robaron el aliento de... Su querido Gonzalo, permanecieron clavados en él. Habría dado cualquier cosa por poder girar el rostro y dejar de observarla.

La razón le hablaba de la imposibilidad de que la joven tuviera siquiera conocimiento de aquella otra que vivió en el pasado. Pero su alma gritaba en silencio, conminándole a obtener respuestas.

«No», se llamó al orden. «Olvídalo». No le había ido mal desde que, tanto él como los pocos que aún quedaban con vida, decidieron no volver a involucrarse en la de los mortales. «Los humanos son crueles», esa había sido la premisa desde entonces, grabada a fuego en sus corazones. Todavía dolía el día en que muchos de sus semejantes fueron destruidos, reducidos a añicos bajo las letales mordeduras de los mazos y cinceles. Curioso que esas mismas herramientas se usaran después para esculpir reproducciones de su propia especie.

Pasó alrededor de una hora hasta que la vio guardar de nuevo libreta y lápices en la bolsa. La luz solar ya había disminuido considerablemente y sintió la picazón en el cuerpo que le advertía de que estaba próximo a recuperar la movilidad. Rogó a los antiguos dioses, aquellos que le dieron la

vida, para que se marchara antes de que ocurriese, de otro modo dudaba poder encontrar el control necesario para no abalanzarse sobre ella.

El sol se escondía con rapidez, apenas quedaba un minuto para que dejara de bañar de dorado las tierras del valle burgalés y temió que su oración, como tantas otras, hubiese caído en saco roto hasta que el rugido de un gran coche negro la sobresaltó. Se puso en pie y los bajos de su vaporoso vestido granate se mecieron suavemente al compás del solano.

—¡Inés! —oyó que la llamaban desde el interior.

El corazón le dio un vuelco y hasta sintió la amarga bilis subir por su garganta mientras la veía penetrar en el habitáculo del vehículo antes de echarle una última mirada. Sintió la burla del presente y el pasado y, mientras la veía alejarse, se alzó sobre sus dos poderosas patas traseras y extendió las negras alas, al tiempo que apretaba las garras en duros puños. La fina capa de polvo que se había ido acumulando sobre su cuerpo revoloteó lentamente a su alrededor, para después alejarse flotando en el aire.

—Inés... —repitió y cada una de las letras laceró sus cuerdas vocales e hizo sangrar su corazón.

—La próxima vez que decidas salir, informa del lugar al que te diriges.

Inés prefirió callar. No pensaba pronunciar palabra, no al menos hasta que disminuyera el dolor provocado por las de Camila. Aunque sabía que jamás conseguiría hacer que desapareciera del todo. Su alma ya contaba con una gran cantidad de arañazos: heridas producidas en otras ocasiones en las que había usado su dañina lengua para azotarla.

—¿No piensas decir nada?

Giró el rostro al notar que buscaba sus ojos por el retrovisor. Lo oyó mascullar una maldición para, posteriormente, hundir un poco más el pie en el acelerador.

—Nos has tenido muy preocupados. Tu madre...

—Ella. No. Es. Mi madre —se rebeló sin despegar la mirada del horizonte nocturno.

—¡Lo es! Legalmente —añadió.

—¡Nunca! —estalló y la ira la traicionó consiguiendo que volviera la vista hacia él—. La próxima vez no conseguirás encontrarme. De nada os servirán

vuestros helicópteros y vigilantes.

—Entonces te encerraré para que no puedas escapar —sentenció.

La frase, que tantas veces había temido oír, reverberó en el habitáculo como una sentencia a cadena perpetua, resonando como lo harían los barrotes metálicos al cerrarse.

—¡No! —gritó angustiada.

Sin pensarlo dos veces, abrió la puerta y se lanzó en los duros brazos del camino.

Desde el momento en que emprendió el vuelo se había repetido mil veces que debía regresar. Sobre todo teniendo en cuenta la mirada que le dedicó Martín quien lo vio marcharse manteniendo un silencio tenso. En todo ese tiempo nada había alterado su quietud. Incluso llegó a pensar que su corazón también se había tornado piedra durante las noches porque, a diferencia de su compañero, durante esas horas tampoco sintió las ganas de volver a la vida. Ni siquiera cuando, esporádicamente, habían sido testigo de abusos a alguna víctima. «Incauto», se habían dicho a sí mismos, «se lo tiene merecido».

Pero algo dentro de él se resquebrajó en cada una de esas ocasiones.

Su especie había sido creada para salvaguardar a los justos, a los inocentes, para socorrer al hombre en la porción de la jornada en que se sentía más indefenso: la nocturna. Pero todo eso terminó cuando mataron a Gonzalo. Aquel aciago día rompió el pacto con los humanos; sus verdugos.

Desde entonces únicamente se había movido para cambiar el lugar en el que reposar otro puñado de años. Permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio era peligroso para su conciencia. Llegaba un momento en que conocía demasiado bien a las personas que caminaban bajo él. Ajenas a su eterna mirada, los veía en el transcurrir de sus insignificantes y muchas veces dolorosas vidas, teniendo que recordarse, a cada momento, que otros como aquellos habían llevado a cabo la casi completa exterminación de los suyos. Pero había veces en que ese recuerdo no era suficiente y se aferraba al rencor más profundo para poder superar la necesidad de ayudarles.

Por eso, mientras veía los haces luminosos del vehículo en la oscuridad de la calzada, se repetía una y otra vez que estaba cometiendo un error llevado por... ¿por qué? Ni siquiera estaba seguro.

Aquella joven, que viajaba en el coche, no sólo compartía el mismo nombre sino que además todos sus rasgos recordaban a la mujer que Gonzalo había amado y que lo llevó a perecer de la forma más cruel y deshonrosa, sin darle una sola oportunidad para defenderse. Necesitaba averiguar qué maldita providencia la había puesto en su camino, con qué propósito. Al parecer, el destino había decidido reírse de él otra vez.

Sin embargo algo más lo espoléó para que abandonara su voluntaria pasividad: la última mirada que le dedicara antes de darse la vuelta. Por mucho que intentara convencerse de lo contrario, para fundamentar la necesidad de regresar por donde había venido, advirtió en aquellos negros ojos algo semejante a la desesperanza, el miedo, o la angustia más desgarradora.

En cualquier caso sus razonamientos se vieron interrumpidos cuando, de pronto, algo salió rodando del vehículo y su conductor realizó una peligrosa maniobra para detenerse debido a la velocidad con la que avanzaba.

Rodó sobre sí misma más de lo que había calculado. Aun cuando quiso parar de alguna forma sólo consiguió hacerse más daño en un brazo. Algo se le clavó en el costado y, mientras continuaba dando vueltas, notó cómo la zona se humedecía. El líquido era templado: sangre. Su sangre. Pero antes de preocuparse más por ello se golpeó la cabeza contra una roca y todo se nubló a su alrededor.

Entre la bruma comprobó que Pablo había bajado del coche y se dirigía hacia ella, probablemente muy enfadado. ¡No quería pensar en lo que eso conllevaría más tarde!

Perdió la vista un segundo pero se la devolvió el bramido de su captor mientras se acercaba cada vez más a ella.

—¡No podrás evitarlo! ¡Otras antes que tú lo han intentado pero todas han pagado por su pecado! ¡Es justo! ¡Es necesario!

Un batir de alas y un golpe seco sobre la tierra, de algo grande y pesado, acallaron sus alaridos. Intentó abrirse paso entre la neblina que adormilaba sus sentidos pero fue en vano. Apenas acertó a ver una sombra grande, más oscura que la noche, e innegablemente amenazadora: el contorno de una gran mole de músculos provista de inmensas alas negras.

La dejó sobre una ajada saca abandonada por algún grupo de espeleólogos. La mujer había vuelto a caer en la inconsciencia después de recuperarla un segundo mientras la llevaba hasta allí. Supuso que verse suspendida en el aire, transportada por algo como él, no ayudó demasiado a su salud mental. Pero no lo lamentó, tenerla así le permitía observarla más de cerca.

Era tan parecida a la otra Inés que sólo con mirarla era como volver a vivir el pasado. Aunque debía ser justo y reconocer que no todo empezó con la muerte de Gonzalo.

Gargouille tuvo la culpa en realidad.

Cuando aquel enorme monstruo de boca alargada y terrible dentadura, comenzó a aterrorizar a los ciudadanos de Rouen, supo que jamás podría terminar bien. Desde el primer momento sembró el caos y llevó la destrucción a cada rincón de la antigua ciudad: se alimentó de sus habitantes; prendía con el fuego o inundaba con agua, elementos que emergía de entre sus fauces, todo lo que estaba a su alcance; destrozó su puerto y hundió barcos que otrora navegaban por las tranquilas aguas del Sena.

Cuando llegó a sus oídos la noticia de lo que ocurría, los humanos ya habían encontrado una horrenda y deleznable forma de apaciguar su aparentemente implacable ira: el sacrificio humano. Entregaban al monstruo un criminal que pagaba sus pecados con la muerte. Pero, cuando los maleantes se terminaron continuaron entregándoles a doncellas, ofrenda que Gargouille aceptaba muchísimo más gustoso.

Entonces algo mucho peor que la bestia llegó a Rouen: un sacerdote cristiano llamado Romanus. Propuso librarles de aquel engendro del demonio a cambio de bautizarles a la fe cristiana y erigir una iglesia. Por supuesto el pueblo aceptó, con el amargo, desesperado y rotundo sí de las madres de las doncellas que aún quedaban con vida. De modo que, provisto de una campana, una vela, un libro y una cruz, acompañó al reo que iba a ser entregado.

Oculto contempló asombrado cómo Romanus reducía a Gargouille con un movimiento de su cruz que, en comparación con las enormes dimensiones de la bestia, resultaba ridículamente cómica. Lo transformó en un animal dócil que se dejó atar y conducir con facilidad.

La quemaron en una descomunal pira en la plaza central de la villa, pero su

cabeza y cuello, preparados para soportar altas temperaturas, no ardieron. Fue cuando, a petición de Romanus, se decidió colocar aquella parte de Gargouille en lugar visible para que sirviera de recordatorio y advertencia.

Inés despertó completamente desorientada. No recordaba demasiado bien lo sucedido aunque su cerebro se empeñaba en enviarle imágenes acerca de Pablo. Nuevamente había amenazado con encerrarla, pero algo en su voz la advirtió de que esta vez iba en serio. Se había lanzado del coche en marcha, un terrible dolor en el costado al tratar de incorporarse se encargó de hacerle memoria.

Apretó los dientes, ahogando un lamento y echó un vistazo al lugar en cuestión. Sangre fresca empezaba a mojar de nuevo su ropa, reavivando en rojo la negra mancha de una anterior hemorragia que ya se había secado. Sabía lo que tenía que hacer, aunque la idea no le agradaba en absoluto. Después de todo, aquella maldición era la causa de sus problemas. Pero se imponía una necesidad primaria, se dijo alzando la mano para observarla y formar un puño de determinación, antes de abrirse las ropas para comprobar la seriedad de la herida.

Durante los incontrolados giros que ejecutó su cuerpo, rodando por el suelo, una rama se había incrustado en sus costillas, partiéndose a corta distancia de la piel. Con dedos temblorosos la sujetó y tiró con fuerza mientras dejaba que, el lamento ahogado con anterioridad, escapara de su boca en forma de un grito desgarrado. De nuevo tensó la mandíbula y se preparó para que el mismo toque que terminara con la vida de su madre salvara la suya.

Recordó el momento en que trató de sujetarla para que no cayera. «¡Madre!», la había llamado. Su cuerpo volvió a sentir la violenta emoción que la embargó, tantos años atrás, mientras reunía las pocas fuerzas de la niña que fuera entonces, intentando izar a su madre de nuevo. Todo el terror y la angustia se transformaron dentro de ella en algo atroz que la recorrió de arriba abajo. Fue cuando vio como la mano que sujetaba se tornaba en fría roca. «¡No!», gritó cuando se resquebrajó por el peso.

Una amarga lágrima resbaló por sus mejillas y las barrió con un furioso ademán. Las diminutas gotas brillaron en sus dedos antes de dirigirlos hacia la herida abierta. Pero, cuando se iba a imponerlos, otros más nudosos y grandes

la sujetaron por la muñeca como un pétreo grillete. Alzó la vista buscando la identidad de quién la inmovilizaba con tanta facilidad, encontrando el rostro de un hermoso ángel de membranosas alas negras y duros ojos grises.

—¿Quién eres? ¿Por qué huías? ¿De quién?

La mujer no respondió, se limitó a continuar mirándolo con una mezcla de terror y adoración que casi lo desarmó. Habían pasado tantos siglos sin volver a ver a aquella beldad que asolara el buen juicio de Gonzalo; tantos sin tener ante sí a la mujer a la que él mismo renunció en beneficio del resto; la causante de la disputa con su hermano; la razón por la que desoyó sus consejos para continuar con aquella relación condenada desde el principio, para..., terminar muerto.

Buscó en su interior el doloroso e injusto rencor que aún vivía en la profundidad de sus entrañas. Pero lo hizo con cuidado, pues debajo de éste sabía que encontraría el de la culpabilidad. Reafirmó sus preguntas apretando un poco más el agarre de su presa.

Inés tembló y su determinación se resquebrajó.

¿Qué estaba haciendo?, se preguntó, perdido en aquella mirada suplicante.

—Responde —pidió esta vez más suavemente, pero sin dejar de sujetarla.

Ella percibió el cambio de tono y recobró entereza. Pero, para su tormento, con ello también ganó atractivo.

—Suéltame.

—No hasta que me digas lo que quiero saber —dijo comprobando como alzaba el mentón—. No tienes más opciones. Habla y después te llevaré con los tuyos.

—No hay nadie a quién me debas entregar —dijo con una seguridad que no desmintieron sus ojos.

Aquellas palabras dicha con la dignidad que imprimió en la voz terminó por dismantelar toda su resolución. La soltó al fin, pero ella no permitió que se retirara; lo mantuvo allí clavado sólo con la fuerza de sus ojos negros.

—¿Dónde estamos? —quiso saber.

De nuevo algo con lo que no contaba pues, en su misma situación, otra mujer habría preguntado primero quién era él.

—En una de las cuevas del nivel superior en Ojo Guareña.

Ella asintió expresando agradecimiento antes de volver a hablar.

—Mi nombre es Inés Bouvier —concedió entonces—, y debes soltarme si no quieres tener problemas. Me están buscando.

—Nadie te encontrará aquí. Conozco las galerías como la palma de mi mano. ¿Por qué huías?

—Quieren encerrarme —dijo antes de dejar caer el rostro hacia adelante—. Para siempre —añadió con un hilo de voz.

¿Cómo alguien en su sano juicio querría confinar a una joven como ella? La miró suspicaz, preguntándose acerca del misterio que la rodeaba. Pero antes de que pudiera formular la cuestión, pareció recuperarse y volvió a enfrentarlo.

—Soy la última de un largo linaje de mujeres portadoras de una maldición —explicó—. Puedo convertir en piedra aquello que toco. Aunque muchas veces salta generaciones. Yo...

En piedra. La revelación golpeó su alma de una manera casi letal. Su mente comenzó entonces a intentar relacionar el tremendo parecido de la mujer con... ¡No!, gritó interiormente. Eso es imposible.

—No te creo.

—Si vas a matarme, hazlo ya. No juegues conmigo.

—¿Matarte? —el giro en la conversación volvió a dejarlo con la guardia baja.

—Sí. Sé lo que soy, pero también lo que eres tú: un ángel de la muerte. Vienes para llevarte mi espíritu corrupto —anunció elevando el mentón, retándole a que lo hiciera cuanto antes—. No te temo.

—No soy nada de eso. Quiero la verdad, pero, al parecer —añadió sujetándola por la nuca para evitar que siguiera taladrándolo con aquella turbadora y desafiante mirada—, tendré que sacártela de otra forma.

—Te mostraré que no miento.

Sin comprender qué estaba haciendo vio cómo cubría con su mano derecha la herida sangrante. La piel circundante cambió su delicada apariencia para mostrarse grotescamente gris. Un siseo escapó de entre los labios de Inés y, cuando retiró los dedos, observó estupefacto cómo la zona se cerraba antes de volver a recuperar la lozanía de la carne joven.

Rodrigo cayó hacia atrás, conmocionado ante lo que acababa de suceder. Ante lo que aquel hecho suponía.

—Eres... —trató de articular.

—La leyenda sobre mi estirpe habla de una relación prohibida entre una antepasada y una gárgola.

—Eres descendiente de Gonzalo —consiguió decir mientras se ponía en pie y retrocedía a trompicones sin dejar de mirarla.

—¡Conoces la historia!

Tanto quiso separarse de ella que se golpeó con una de las paredes de la cueva. Ahora podía estar seguro de que había llegado su hora. Inés había regresado de entre los muertos para torturarlo, pero esta vez de una forma aún más cruel.

Ella se levantó y caminó hacia él lentamente. Su destrozado vestido dejaba al descubierto pedazos del hermoso cuerpo. Miró su rostro, con el cabello negro y rizado enmarcándolo, y pensó que la muerte no podía ser más bella y perversa. El dolor lo atravesó pero esta vez le dio la bienvenida, dejándose acuchillar por él.

—Si no eres un ángel enviado para matarme. ¿Qué eres entonces?

—Soy aquel que no fue capaz de confesar su amor. El que te culpa injustamente, pues es la única manera de perdonarme a mí mismo.

Ella se detuvo y ladeó un poco la cabeza, mirándolo con extrañeza.

—¿De qué estás hablando?

—Soy quién permitió que sucediera. Quién le dio la espalda a Gonzalo cuando más me necesitaba. Soy quien no tuvo el valor necesario para decirle que yo también te amaba, hasta que fue demasiado tarde.

—Nunca nos habíamos visto. ¿Cómo ibas a...?

—Gonzalo era mi hermano. Ambos nos enamoramos de Inés, la hija del alcalde de Rouen. Sí —explicó—, se llamaba igual que tú. Tienes su mismo rostro, su misma voz... Pero preferí mantenerlo en secreto cuando me dijo lo que sentía. De otro modo sé que hubiera renunciado a ella.

Rodrigo hizo una pausa buscando las palabras necesarias para liberar su alma de aquel tremendo lastre que arrastraba desde hacía tantos siglos.

—Sabía que una relación con una humana era demasiado peligrosa debido a que después de la aparición de Romanus, en el poblado se rechazara cualquier manifestación de algo que no tuviera que ver con la religión cristiana. Nuestra semejanza con la bestia Gargouille cuando no adoptamos la apariencia antropomorfa, sería interpretada como otro ataque del demonio y perseguida como tal.

»En varias ocasiones intenté aconsejar a Gonzalo sobre ello, hacerle ver el

riesgo que corría, pero no quiso escucharme. Cada día, al ponerse el sol, veía, atormentado por los celos y la angustia, cómo emprendía el vuelo hacia sus brazos. Hasta aquella noche...

—¿Qué ocurrió? —preguntó al ver que el doloroso pesar era tan grande que le impedía continuar con el relato del pasado.

—Discutimos de nuevo, pero esta vez más fieramente. Gonzalo hablaba de llevarla con nosotros. Al parecer alguien les había visto y comenzaba a correr el rumor acerca de sus encuentros. Si llegaba a oídos de Romanus, Inés podía darse por muerta. Aquella noticia avivó aún más nuestra rivalidad. Le dije que no debía ir a verla. Que lo mejor que podíamos hacer era desaparecer de allí, marcharnos para no volver jamás —hizo una pausa, luchando internamente por mantener la compostura—. Me acusó de no tener corazón —continuó con dolor—. Lo miré con odio por ello, ya que mi corazón pertenecía a la misma mujer a la que él había entregado el suyo. Creo que fue el momento justo en que comprendió lo que ocurría en realidad. Él... Gonzalo dio un paso atrás, sin duda sobrecogido por lo que leyó en mis ojos.

»Aún no han cicatrizado las heridas que me produjo con las últimas palabras que oí de sus labios: tu preocupación jamás fue por mí, sólo querías separarme de ella porque tú no tienes las agallas necesarias para amarla.

Rodrigo dejó caer la cabeza y su largo cabello le ocultó el rostro.

—La noche siguiente lo busqué por todas partes, pero me fue imposible encontrarlo —dijo negando—. Cuando ya comenzaba a pensar que había llevado a cabo su plan de escapar con ella, la encontré llorando amargamente junto a un montón de escombros mientras repetía su nombre una y otra vez.

—Los descubrieron —dedujo ella.

—Sí. Desde entonces crean reproducciones de nuestra especie como señales del mal.

—Usan vuestras imágenes para que la gente crea que, fuera de las iglesias, sólo pueden encontrar pecado y maldad.

Se había dejado llevar tanto por las emociones que suponían recordar cuanto ocurrió, que no captó el acercamiento de Inés hasta que la tuvo a escasos centímetros. Llevó sus dedos hasta el rostro de Rodrigo y éste se estremeció.

El suave roce de Inés le produjo un aluvión de sensaciones que iban mucho más allá de lo meramente espiritual. Experimentó un placer indescriptible allí donde lo tocó, arrancándole un ronco gemido. Ella se asustó y retiró la mano

con rapidez. Pero, en cambio, Rodrigo cerró los ojos, haciéndole saber que no tenía nada que temer. Con renovada curiosidad, volvió a acariciarle la mejilla.

—Hiciste lo que debías —oyó que le decía, de nuevo envuelto en aquella especie de trance que le proporcionaban las eléctricas oleadas que recorrían su cuerpo al contacto con la piel de la joven—. Gonzalo estaba ciego y quisiste abrirle los ojos, aunque no supo interpretar tu preocupación por él.

—No intentes buscar inocencia en mis actos, porque no la hay —dijo con dificultad, pues la caricia que lo martirizaban dulcemente se desplazó por su cuello en dirección al pecho—. Por todos los diablos, ¿qué me haces?

Viendo que Rodrigo no impedía aquella exploración, Inés se permitió ser más atrevida y posó ambas manos sobre el torso desnudo, comprobando extasiada que su piel no adquiriría la rigidez de la piedra cuando lo hacía. Él mantenía los ojos cerrados y dejó ir la cabeza hacia atrás, prisionero de alguna sensación excitante. De su garganta, y entre la apretada mandíbula, emergieron suaves jadeos que no supo cómo interpretar.

Dejó vagar la mirada por su espléndido cuerpo y sintió miles de pequeñas detonaciones en el bajo vientre. Se sonrojó, reconociendo la atracción que sentía, y se obligó a clavar la vista en su rostro de nuevo. Se encontró bajo la atención de sus preciosos ojos grises, como plata líquida, en los que brillaba un afilado anhelo. Sus manos volvieron a cobrar vida y, sin romper el contacto, lo rodearon.

Inés enterró los dedos en la cabellera, maravillándose por la suavidad de aquella seda negra, arrancándole a Rodrigo un gruñido de placer. Notó cómo la sujetaba por el talle y acercaba más a sí, tanto que ni un soplo de viento hubiera podido colarse entre ellos. Reparó en la dura excitación, oculta tras el único pedazo de tejido que portaba, y su cálido aliento sobre la nariz.

—Que Gonzalo me perdone allí donde se encuentre —murmuró antes de colocar una de sus grandes manos en la nuca de Inés y apoderarse de sus labios.

El placer que experimentó fue tan arrollador que perdió la batalla antes incluso de poder presentarla. Su boca se abrió para él sin reservas y se adentró en ella como alguien que hubiese estado vagando por el desierto al encontrar un oasis de aguas claras. Bebió una y otra vez, sin encontrarse

saciado en ningún momento. Inés comenzó entonces a besarlo con la misma intensidad que él lo hacía y ya no tuvo suficiente con dedicarse a los labios: devoró la curva de su mandíbula; lamió el delicado cuello; y acarició sus pechos sobre el fino vestido.

Las manos de Inés viajaron entonces por toda la magnífica espalda hasta detenerse en los glúteos, donde clavó los dedos para apretarlo más contra sí.

La silenciosa súplica encendió una alarma en el interior de Rodrigo e intentó recuperar la lucidez.

—No sabes qué me estás pidiendo —murmuró en forma de lamento contra sus labios y una lágrima rodó por su mejilla—. Si hacemos esto jamás podremos...

—¿Perdonarnos? —terminó ella—. Tampoco sucederá aunque no lo hagamos. No existe la expiación para los malditos —añadió arrancándose el vestido y quedando desnuda ante él.

Cuando en la siguiente noche regresó a la vida, Inés había desaparecido. En algún momento debió quedarse dormido, antes de caer en la pétrea inmovilidad. Pero, ¿ella había sido real? Sí, se respondió enseguida. Aún podía oler el perfume de su piel en la suya y la negruzca mancha de sangre en el saco así lo atestiguaron.

—¡Inés! —la llamó asustado.

Recorrió la cueva e incluso se adentró unos metros en la galería donde volvió a gritar su nombre y, del mismo modo que hiciera horas antes con los gemidos de placer que ella le regaló, se lo devolvió repetido miles de veces, burlándose de él.

Desesperado, corrió entonces al borde del precipicio donde sus ojos, presa de la locura, recorrieron cada recoveco buscándola.

—Se la han llevado —la voz de Martín lo sorprendió desde atrás—. Seguí a ese tipo del que ella huía. Usan algo para localizarla. Una especie de recipiente, aunque no sé qué contiene.

—¿Adónde?

—No debes involucrarte —respondió su compañero.

El terror por el destino que podía haber sufrido Inés y la ira más profunda hacia la pasividad de Martín hicieron que se abalanzara sobre él y lo elevara

por encima de su cabeza, sujetándolo por el cuello.

—¡Habla!

Martín lo intentó, pero le era imposible articular palabra de ese modo, así que optó por soltarlo.

—¡Estás loco! —exclamó cuando, en el suelo, dejó de boquear—. Correrás la misma suerte que tu hermano. Has cometido el mismo error.

—No —dijo entonces—, mi error fue cerrar los ojos a la verdad, a lo que mi corazón me suplicaba. Eso no volverá a pasar.

—Ella no es esa Inés. Has perdido la cabeza.

—He encontrado mi cordura —lo contradijo.

Martín negó repetidamente mientras se incorporaba.

—Está bien. Te llevaré hasta allí, no está lejos, solo espero no tener que arrepentirme.

—No lo harás —respondió Rodrigo apretando los puños, como si en ellos ya tuviera las entrañas de aquel humano que se había atrevido a llevársela de su lado.

Las sombras ya habían desaparecido para dar paso a la total oscuridad, sin embargo en el exterior podía oír el ir y venir de varios hombres apilando tablones. Ya había perdido las fuerzas intentando desasirse de los extraños grilletes con los que la tenían anclada al altar. Intentó mover los brazos pero únicamente consiguió que las cadenas tintineasen levemente. Sin duda habían sido creados pensando en ella y su maldición. Igual que la pira que estaban preparando.

El único consuelo que le quedaba era saber que Rodrigo no había sufrido percance alguno. Se encargó personalmente de que creyeran que había perecido bajo su tacto, convertido en piedra.

«Rodrigo», repitió para sí. Qué dulce sonaba su nombre, tanto como su boca. Las pocas horas compartidas se le antojaron como la libertad nunca experimentada. Se amaron sin reserva ni medida, sin que existiera un ayer ni un mañana. Y así seguiría siendo para ella, por toda la eternidad.

Unos pasos la sacaron de su ensoñación y entrevió el avance de Pablo y Camila que se detuvieron a varios metros para observarla. Intimidada por la desnudez que no se habían molestado en cubrir trató de colocarse de forma

que las sombras no revelaran más de lo inevitable.

—¿Ahora sientes pudor, puta? —increpó Camila.

Inés prefirió no responder a su insulto. No debía caer en el error de hablar de Rodrigo. Si su vida dependía de que aquella arpía y su compañero creyeran que era una prostituta asesina, que así fuera.

—Hemos procurado darte una buena vida, una que no mereces. Debimos castigarte cuando mataste a tu madre —dijo Pablo con aquel fingido tono calmado y engañosamente lastimoso, sabiendo que con ello sí arrancaría una reacción.

—¡Vosotros lo hicisteis! —estalló—. Ella lo hizo —acusó a Camila ya sin motivo para ocultar la verdad—. Con tus malas artes y tu lengua envenenada conseguiste que se sintiera fracasada por no haber parido una hija normal. La acosaste, reprendiste y volviste loca, hasta que no fue capaz de soportarlo y necesitó quitarse la vida. ¡Cayó por mi maldición, pero fuiste tú quien la empujó por esa ventana! Y ahora necesitas que yo muera para poder heredar los bienes de mi padre.

—El diablo habla por su mentirosa boca —se defendió Camila frente a Pablo.

—Sea como sea, has vuelto a matar, después de mancillar tu cuerpo, igual que lo haría un ministro del mismísimo Lucifer. El exorcismo no resultó contigo. Debes ser castigada pero las cosas serían más fáciles para ti si confesaras tus pecados. De ese modo tu alma se liberaría y el fuego purificador te permitiría entrar en el reino de los cielos.

—¡Volvería a hacerlo! ¡Jamás me arrepentiré de nada de lo que ha pasado! —les gritó.

—Entonces, que Dios se apiade de ti.

—Y si no lo hace —sus ojos escupieron fuego—, os estaré esperando en el infierno —siseó.

Su mente no permitió darle tregua ni un solo instante. No era suficiente con la preocupación que sentía su corazón, pues se encargó de traer vívidos recuerdos de las horas pasadas con Inés, e imágenes de su hermoso cuerpo, en el que finalmente había encontrado la paz de espíritu, terriblemente castigado a manos de aquellos desalmados.

Apretó la mandíbula para no dejar ir el colérico rugido que se formó en su garganta. Destrozaría a los que habían osado tocarla, despedazaría su insignificante y apestosa carne, los aplastaría como a los gusanos que se alimentaban de la podredumbre.

—He cumplido —dijo Martín cuando llegaron ante una iglesia románica de grandes proporciones—. Te he traído hasta ella.

Admiró la construcción amurallada, reconociéndola: la antigua residencia de los Condes de Revilla.

—Esperaba que te unieras a mí en esto —dijo sin mirarlo.

—No pienso ver cómo te suicidas por una humana. Ya tuvimos bastante con que lo hiciera tu hermano. Qué gran pérdida...

—Ella es descendiente de Gonzalo —reveló—. Si no lo haces por mí, hazlo por su memoria.

Y sin esperar la respuesta de su compañero alzó el vuelo en dirección a su amada, retando al destino para que tuviera el coraje de impedirselo.

Las antorchas de los que esperaban rodeando la gran pila de madera parecían ojos demoniacos que esperaban para devorarla.

—¡Soltadme! —gritó Inés a pleno pulmón a los que tiraban de las cadenas, mientras se veía arrastrada—. ¡Malditos todos!

—¡Arrepiéntete, zorra! —acicateó Camila desde atrás, alzando la voz por encima de la de Pablo, que no cesaba en su empeño de recitar una oración tras otra.

—¡Nunca! —exclamó forcejeando, tratando de girar el rostro.

Le fue imposible verla pero, conociéndola, intuyó que le sería imposible ocultar una sonrisa de satisfacción al comprobar que su objetivo estaba por cumplirse.

—¡Entonces muere como el demonio que eres..!

Apenas hubo terminado la frase cuando, por una fuerte colisión, parte del techo de la hermosa iglesia se derrumbó a pocos metros delante de ellos. Todos los miembros de la comitiva retrocedieron, cubriéndose los ojos y tosiendo. Las cadenas se aflojaron de pronto y cayó hacia atrás sin remisión.

Cuando consiguió entreabrir los ojos, de entre el polvo y los escombros se erguía lentamente una sombra oscura y alada, como un leviatán caído del cielo

que llegase para anunciar el fin de los tiempos.

—¡Inés! —gritó furioso.

—Rodrigo... —susurró con el corazón desbocado. Él, su pretérito enamorado y su amante del presente, su ángel de la muerte, había ido a buscarla—. ¡Rodrigo! —repitió esperanzada.

Aquellos que, hasta el momento, habían estado inmóviles en el exterior entraron en tropel, armados con las teas que reservaban para ella.

—¡Detrás de ti! —gritó advirtiéndole del peligro.

Él los recibió con grandes pedazos de las piedras desprendidas y esparcidas a su alrededor. La potencia con que las arrojaba conseguía que los hombres se vieran lanzados hacia atrás al cruzarse en su inexorable camino. Otros cayeron con la cabeza aplastada por el impacto y unos pocos con los miembros desgarrados mientras les arrebatava la antorcha que enarbolaban.

A una señal de Pablo, los que aún sujetaban las cadenas y que habían permanecido paralizados, abandonaron su letargo y emprendieron el ataque. Pero Rodrigo era un magnífico adversario imposible de vencer. Ambos desdichados terminaron con el fuego incrustado en sus rostros y gritaron un segundo antes de caer al suelo con movimientos convulsos.

Sólo entonces se giró para caminar hacia ella, pero Camila se había adelantado y la sujetó por el cuello, amenazando clavar la daga que empuñaba.

—No te acerques —masculló entre dientes.

Pablo lo enfrentó, interponiéndose, mientras alzaba una cruz y vociferaba oraciones, intentando estúpidamente doblegar la voluntad de Rodrigo. Éste lo ensartó con una férrea e inclemente mirada gris llena de odio, al tiempo que le mostraba los dientes en los que despuntaban unos afilados colmillos.

—¿Crees que soy el diablo? —rugió.

Pablo no respondió. Continuó embargado por el terror, recitando a más velocidad su retahíla de palabras sagradas que se habían tornado casi ininteligibles.

—Que así sea —dijo Rodrigo.

Su cuerpo comenzó a cambiar de pronto, abandonando la apariencia humana para tomar la forma de un gran monstruo alado, dotado de letales fauces y enormes zarpas, coronado con dos puntiagudas astas. Digna imagen del señor del averno.

Pablo se encogió sobre sí mismo.

—Por el amor de Dios...

—Nunca sabrás lo que eso significa —dijo con voz grave, antes de lanzar una de sus zarpas.

El cuerpo del desdichado cayó de rodillas, sosteniéndose así durante un segundo, antes de precipitarse hacia el suelo. Excepto su cabeza que rodaba por el suelo a varios metros de donde se encontraban.

Inés gritó al sentir el filo del cuchillo hiriéndole la piel y Rodrigo giró el rostro para valorar la situación

—¡Quieto! —Camila se movió histérica, apretando aún más la daga. Un fino hilo de sangre dibujó un tortuoso sendero en dirección sus pechos—. Si das un paso más la mataré.

—Creo que eso no pasará —advirtió otra voz tras ellas.

Alguien aferró la mano que la mantenía presa, separando la hoja de su garganta. Al verse libre trató de levantarse pero le era imposible hacerlo soportando el peso del metal que mantenía sus brazos en cruz. Rodrigo acudió en su ayuda y pronto ambos descomunales grilletes cayeron produciendo un fuerte sonido que retumbó por las paredes de la nave central.

Sólo entonces se permitió volver su atención a Camila, apreciando la imponente presencia de Rodrigo a su espalda, en silenciosa ofrenda de custodia imperecedera.

—Tú... —intentó, pero era tal el terror que sentía que no consiguió añadir nada más.

Inés no dijo nada. No merecía ni siquiera una amenaza, ni un solo aliento. Camila dio un respingo cuando, con firmeza, alzó su delicada mano para posarla sobre el rostro de la odiada mujer. Su tez, a la que tanto cuidado otorgó antaño, adquirió rápidamente el conocido color grisáceo del rígido tacto. Gritó aterrorizada contra los dedos, pero la piedra en la que se convertía acalló su garganta para siempre.

Martín asintió y les dio la espalda para desaparecer del mismo modo que había llegado.

De nuevos solos, Rodrigo la tomó por el talle y ella se estremeció. Lo observó maravillada por su forma y su poder, alabada por las emociones que desprendían sus ojos.

Acarició el rostro de su amado y este gruñó de placer mientras regresaba a su forma original. Besó lentamente sus hermosos labios, aquellos que le habían revelado la verdad de su don, saboreando su dulzura, prometiendo placeres que les aguardarían en los días venideros.

Juntos se encaminaron hacia el exterior, dejando atrás el pasado, en un silencio que hablaba sólo para ellos de amor eterno. Por encima del bien y del mal.

FIN

REHACER EL MAÑANA (2013)

El cierre de las descomunales puertas metálicas a la espalda, se le antojó como el término de su estancia en el infierno. Y no sólo por los cinco años y medio que había pasado en la cárcel. En realidad, sentía que desde el momento en que conociera a Fada en aquel bar, había dado un paso para adentrarse en el purgatorio y, de ahí, el transcurso de los acontecimientos, le había llevado hasta dar con sus huesos en un gris averno de dos por tres metros cuadrados.

Le había dicho a Nala, en una de sus tantas cartas, que efectivamente la cárcel cambiaba a las personas. Y había sido sincero. El lento goteo de los días, vacíos de contenido, el abuso físico al que había sido sometido al principio y el agotamiento psicológico producido por una actividad cerebral incesante, mientras recordaba una y otra vez cómo sucedió todo, le llevó a realizarse muchas preguntas. Preguntas, algunas de ellas aún sin respuesta.

—¡Zucca! —exclamó Nala a unos metros de él, mientras le esperaba junto al coche.

Se tomó unos instantes para mirarla, para beber de la imagen que le había sido negada durante un quinquenio. Seguía tal como la recordaba, vestida como la última vez que la vio: con las zapatillas deportivas, aquellos tejanos desgastados y el rojo jersey holgado que dotaba de un aspecto marmóreo la piel de su precioso rostro. Llevaba el cabello suelto, sin duda en honor a él, y finas guedejas jugueteaban a esquivar el viento.

El paisaje tras ella era desolador. Nada de bucólicos valles verdes o hermosos lugares idílicos; sólo la alta muralla, coronada por rejas terminadas en punta y el yermo descampado que rodeaba a la edificación, sombreado por las densas nubes que amenazaban tormenta. Por alguna razón, acudió a su mente la idea de correr hacia ella, tomarla en volandas y huir a toda prisa. Su pequeña ninfa, su Nala, no merecía estar allí, ni siquiera cerca de aquel lugar de soledad y desosiego.

No obstante, se obligó a caminar despacio. Saboreando, a medida que se acercaba, cada nuevo detalle del sonriente semblante de la mujer que aseguraba seguir amándole, tratando de decidir qué le diría o qué haría, e

imaginando la respuesta de ella. Pero cuando llegó hasta el coche, no sucedió nada. ¿Qué había esperado? ¿Un apasionado abrazo? ¿Un beso, quizá?

¡Por el amor de Dios! ¿A quién quería engañar? Había pasado demasiado tiempo, demasiados años manteniendo una aséptica relación epistolar.

—¿Nos vamos? —fue lo único que consiguió salir de entre sus reseco labios.

—Claro —su femenina voz denotó cierta indecisión que no llegó a sus gestos. Sin más, rodeó el coche y abrió la puerta del conductor para sentarse frente al volante.

Siempre había admirado la voluntad que ponía Nala en cualquier cosa que hacía, incluso en los pequeños detalles.

—¿Estás bien? —inquirió una vez se acomodó en el asiento contiguo y dejaba la bolsa con sus objetos personales en los traseros.

—Debería ser yo quién te hiciera esa pregunta —Zucca buscó en sus ojos color caramelo la más leve insinuación de resentimiento. No la encontró y con un suspiro, parte de la dureza de su alma comenzó a disiparse.

—Sólo quiero alejarme de aquí.

—De acuerdo.

El silencio se instaló entre ellos durante todo el viaje, amenizado únicamente por el monótono rugido del motor al cambiar las marchas.

Durante los últimos días, Zucca había imaginado aquella escena de mil formas diferentes, pero paradójicamente ninguna se había acercado a la realidad. Tampoco le sorprendía. Así había pasado la mayor parte de su existencia, imaginando lo que viviría en lugar de aprender a vivir.

Su mirada oscura voló hasta posarse en el horizonte. Las nubes comenzaban a remitir barridas por el viento y un tenue rayo de luz logró abrirse paso entre ellas. Tenía que cambiar. Debía llevar a cabo todo cuanto se había planteado y era primordial comenzar lo antes posible. Decidió que lo haría desde el principio, al abandonar el automóvil. Con más esperanza que seguridad, observó disimuladamente a Nala. Ella también merecía a ese hombre excepcional en el que se había propuesto convertirse.

Encontraron aparcamiento sin demasiados problemas. El pequeño apartamento estaba situado en la periferia y allí no sufrían escasez de ese tipo.

De otros muchos sí.

El barrio seguía sumergido en aquel ambiente eternamente sucio y gris. Las calles, algunas aún sin asfaltar, se enlodaban rápidamente en el primer cuarto

de hora de lluvia. Los dueños de los pocos comercios de la zona hacía tiempo concluyeron no incrementar los gastos arreglando los destrozos que cada nuevo día encontraban en los rótulos que los identificaban. Las papeleras, gendarmes ennegrecidos por el humo de la goma al quemarse, se mantenían en su lugar por causa y efecto de la fortuna. Firmas de líneas irregulares mancillaban las paredes que, en ese momento, eran solo el eco lejano de lo que pretendieron ser cuando fueron erigidas.

—Voy a sacarte de aquí —prometió antes de traspasar el umbral y adentrarse en el oscuro hueco de la escalera que ascendía hasta el habitáculo de dos habitaciones que Nala llamaba hogar.

—Lo mismo dijiste hace mucho tiempo.

—No, no fue lo mismo, ahora te digo la verdad.

—¿Quieres decir que antes mentías?

—Ni yo mismo era consciente de la realidad.

Llegaron ante la puerta pintada de un verde esperanza que jamás había surtido efecto. Después de rebuscar en su bolso, Nala introdujo la llave en la cerradura pero no la giró.

—Creo que antes de entrar debería advertirte que... —le dijo volteando el rostro.

—Tranquila, pocas cosas me sorprenden ya.

—Esto sí lo hará —concluyó volviendo a encarar la entrada.

Las cortinas que siempre habían permanecido cerradas durante el tiempo en que compartieran el piso, ahora lo recibieron descorridas, dejando que la luz bañara la reducida sala. Un televisor de quince pulgadas estaba encendido y las risas y voces nasales de personajes animados llegó hasta ellos. Frente al aparato, y sentado junto a una jovencita salpicada con las evidentes señales de la pubertad, un niño moreno de cabello ensortijado permanecía atento a la pantalla.

La joven se levantó y recibió a Nala con una sonrisa.

—Se ha portado muy bien.

—Gracias, Beth.

—No hay de qué —dijo antes de marcharse.

Nala se acomodó junto al benjamín y lo abrazó.

—Hola, amor mío.

—Hola, mamá.

El corazón de Zucca se revolucionó al instante, marcando un ritmo tan

acelerado que sintió rugir la sangre corriendo por sus venas. Nala tenía un hijo.

—Ven Thomas, quiero que conozcas a alguien —le dijo cogiéndole la mano.

Cualquier otro niño habría protestado al ser privado de su entretenimiento, aunque solo hubiera sido por un segundo, pero Thomas ni siquiera compuso un mohín. Acompañó a su madre hasta detenerse frente a Zucca y lo miró con interés.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Zucca. ¿Y tú?

—Thomas.

—¿Son divertidos? —quiso saber aludiendo a los dibujos que había estado viendo.

—No está mal —se encogió de hombros. Sus ojos se movieron hasta la bolsa que aún portaba colgada al hombro— ¿Has estado de viaje?

—Podríamos decir que sí —Un largo viaje fuera de sí mismo.

—¿Y vas a marcharte otra vez?

—No.

—¿En qué trabajas?

—No tengo trabajo, aún.

—¿Y qué quieres ser?

—¿Qué te gustaría ser a ti?

Thomás volvió a encogerse de hombros antes de contestar: —Bombero. Lucas dice que es mejor ser médico para salvar a la gente, pero los bomberos también lo hacen, ¿a que sí?

—Sí. ¿Quién es Lucas?

—Mi amigo del cole. Es más pequeño que yo.

—¿Y cuántos años tienes?

—Casi cinco.

Sólo entonces los interrogantes ojos de Zucca se incrustaron en los dos estanques de chocolate derretido de Nala, sintiéndose incapaz de formular la pregunta de viva voz.

Ella asintió y por fin el mazo que martilleaba en su corazón terminó su concierto con un último y sonoro impacto.

—¿Por qué nunca lo mencionaste? —quiso saber mientras borraba con su pulgar una fugitiva lágrima.

—Porque hubiera sido otro castigo para ti.

Zucca comprendió y la amó más por ello.

—Voy a sacaros de aquí —y supo, en lo más profundo de su espíritu que lo conseguiría.

Le había sido otorgada una nueva oportunidad, no la malgastaría esta vez. Creería en sí mismo. Aprendería a vivir. Ningún escollo sería lo suficientemente grande como para apartarle del camino. Ofrecería a Nala y Thomas una vida limpia, lejos de la pesadilla que había hecho presa en su pasado tornándolo en grasiento y negro aceite resbaladizo. Se convertiría en el pilar sobre el que ellos pudieran confiar y apoyarse, para construir un nuevo futuro, juntos. Y selló aquel pacto consigo mismo besándola suavemente en los labios.

FIN

DESEO (2006)

«Te deseo una feliz entrada de año y que se cumplan alguno de tus deseos... si no son todos.»

Así rezaba un mensaje dejado por una de las compañeras nocturnas con las que habitualmente charlaba por el programa de mensajes instantáneos. Nadie aparecía conectado, pero teniendo en cuenta la noche que era, desde luego, lo más normal del mundo, es que no hubiera nadie. Probablemente a aquellas horas todo el mundo o bien estaban aún festejando el año nuevo, o estaban ya en la cama descansando de la juerga.

Había llegado silenciosamente a casa y entrado a su habitación, directamente hacia el ordenador. Después de dar un repaso a las webs que con tanto esmero y trabajo tenía colgadas en la red, repasó el correo. Felicitaciones de año nuevo por doquier.

Juana apagó su ordenador y se recostó sobre la palma de la mano, antes de decidir si ir a dormir. Los libros que había recogido en correos aquella misma mañana, podían esperar unas horas más a ser debidamente ordenados. Se levantó cansada. Era muy tarde. Los pies le dolían terriblemente y apenas podía coordinar dos pensamientos seguidos. De espaldas a la cama se deshizo de la ropa y, en su lugar, se colocó el pijama para meterse entre las sábanas. Pasaba tantas horas allí que apenas necesitaba echar un vistazo a las cosas para saber exactamente donde se encontraban.

Que agradable era sentir el peso de la ropa sobre el cuerpo y acurrucarse contra el colchón, pensó mientras recostaba el rostro en la fresca almohada. Cerró los ojos y trató de olvidarse de todo, dándole la bienvenida al sueño reparador. Recogió las rodillas sobre su cuerpo, adoptando por un momento la posición fetal, tan solo para sentir el roce del suave tejido y calentar un poco la cama con el recorrido de las piernas. Pero algo que no esperaba hizo que volviera a despegar los párpados rápidamente. Su trasero había dado con algo que no debía estar allí.

De un salto volvió a salir de la cama muy asustada. Una sombra salió de entre las mantas prácticamente en el mismo instante y le tapó la boca ahogando un grito.

—Sssshhhhh, no grites.

¿Pero quién demonios era aquel tipo? Porque desde luego era un hombre, un hombre con un acento peculiar. El miedo consiguió que su bello se erizara y que le temblara cada centímetro del cuerpo.

—Por favor pequeña, no grites —el cuerpo del hombre se movió unos centímetros hasta alcanzar la pequeña lámpara de mesa y accionó el interruptor— no he venido hasta aquí para que grites de miedo.

Cuando la tenue luz se hizo presente entre ellos, Juana trató de mirar de reojo a aquel que la tenía sujeta. No sabía muy bien qué debía hacer ni cómo actuar. La incertidumbre en aquel momento era irremediable. Se suponía que aquel tipo de acontecimientos no solía acabar en nada bueno. Pero, sin saber muy bien porqué, algo le decía que realmente el hombre no iba a hacerle daño. Se concedió el beneficio de la duda y relajó los músculos visiblemente, detalle que no pasó desapercibido a su acompañante.

—Gracias —suspiró— ahora voy a quitar la mano de tu boca, ¿de acuerdo?

En el justo momento en que movió afirmativamente la cabeza, sus labios se vieron liberados. Aún no tenía muy claro qué hacer ni cómo reaccionar. Decidió que lo mejor era quedarse quieta y que su captor se diera a conocer o al menos dijera exactamente qué demonios quería de ella, pero su corazón, que palpitaba con furia, no parecía de la misma opinión ¿Por qué diablos tenía que pasarle a ella estas cosas?

—Bien, Juana —la mujer dio un respingo, sin duda no esperaba que supiera su nombre—, que lindo suena tu nombre —añadió mientras pasaba la yema de un dedo por su cuello.

—¿Qué quieres? ¿Quién eres? —preguntó.

—Tan solo quiero hacer realidad un deseo —respondió el hombre mientras se movía para ponerse en su ángulo de visión.

En aquel preciso momento, Juana pensó que se derrumbaría en cuestión de segundos. Ante sus ojos, la figura alta y maravillosamente formada de Gregory, la nueva adquisición de la oficina para el departamento internacional, ataviado con los ropajes típicos de las Tierras Altas, era una completa alucinación. No podía ser cierto. Era imposible que aquel hombre estuviera en su habitación. Parpadeó varias veces, como si con aquel gesto, pudiera verificar si lo que veía era cierto o no. Un temblor la recorrió de arriba abajo amenazando con hacerle perder las fuerzas. Cuando la recompensó con una magnífica sonrisa, que consiguió hacer brillar sus ojos,

pareció recordar que debía respirar.

—¿Estarás más cómoda si nos sentamos?

De nuevo, se vio asintiendo repetidamente. Su lengua parecía haberse secado y la mandíbula no respondía a sus demandas, así como su cerebro.

Gregory la acompañó hasta la cama y ambos se acomodaron sin apartar sus miradas.

—Supongo que tendrás un montón de preguntas que hacer, ¿cierto?

Juana negó aún con la expresión de asombro en su rostro, consiguiendo arrancar una carcajada a su interlocutor.

—¿Y bien? —trató de ayudarla.

—Yo... no sé qué decir —acertó a pronunciar.

—Bueno —sonrió— al menos ya sé que hablas. Pero piensa muy bien una cosa, ¿es eso lo que quieres hacer el resto de la noche? —preguntó de nuevo arqueando una ceja.

Ahora sí que su respiración desapareció del todo. Gregory pensó que quizá había ido demasiado aprisa con aquella belleza morena. Todavía no había conseguido borrar de su cara la expresión de asombro, aún así, tampoco le desagradaba en absoluto contemplarlo. Aquellos dos hermosos y enormes ojos marrón oscuro, como puro chocolate fundido, las mejillas arreboladas por el rubor y los labios generosos entreabiertos, incitantes. Sencillamente un sueño.

Sin poder evitarlo, la excitación se hizo evidente en su cuerpo y sus ojos se desviaron por unos segundos a su entrepierna, sin control, hecho que no pasó desapercibido para Juana que acompañó su mirada hasta aquel punto.

Gregory, el hombre por el que había soltado involuntarios suspiros cada vez que pasaba frente a su mesa, el hombre con el que había incluso soñado, el hombre al que había proclamado como el más sexy de toda la empresa, ¡estaba excitado por ella! No, no, no, se repetía una y otra vez, aquello no podía ser cierto. No era normal, no podía ser real.

—Esto no puede ser verdad —murmuró.

Gregory, dándose cuenta de que Juana había pronunciado aquellas palabras con los ojos clavados en su ingle, contestó: —Desde luego que lo es, y como ves, también algo incómodo por la falda.

La mujer se sonrojó al instante.

—No, no, no, no me refiero a... Bueno... A eso —respondió haciendo un gesto elocuente— Tú no puedes ser real. Esto es sencillamente imposible, una locura, un...

—¿Deseo? ¿Sueño? ¿Fantasía? —ofreció—. Si quieres pensar así, adelante —se encogió de hombros mientras la tomaba de las manos—. Al fin y al cabo, si soy alguna de las opciones anteriores no tienes nada que perder, ¿no es así?

En realidad, si lo pensaba detenidamente, tenía mucha razón. Podía ser un sueño, tan solo una fantasía creada en su mente, asaltada por el cansancio. Sí, aquello era, exactamente: estaba soñando. ¿Si no a santo de qué iba a estar Gregory vestido de highlander en su habitación? Aquel era su sueño, su deseo oculto. Y si así era, ¿acaso no podía darse el lujo de hacer lo que realmente quería? Por supuesto que sí, ya era hora de darse un gustazo. No había tenido oportunidad de hacerlo realmente, así que su sueño era su sueño y podía hacer lo que le apeteciera.

Gregory notó el cambio que se realizó en Juana. Sus ojos, antes abiertos hasta el extremo, ahora le miraban diferente. Incluso leyó en ellos un hambre voraz. Bien, era justo lo que esperaba. Aquella hermosura era exquisita, llena de curvas deliciosas, nada que ver con las bellezas esqueléticas que parecían estar absurdamente de moda. Iba a disfrutar muchísimo de aquella noche que le habían concedido los hados.

—Desde luego —le dijo ella con voz susurrante y llena de promesas—. No debemos dejar escapar esta noche.

—Brindemos por ello, ¿te parece?

—Estupendo, espera un segundo ahora mismo vuelvo.

—Bien —asintió él.

Salió de la habitación lentamente, aunque solo hasta cerrar la puerta tras ella. Justo en ese momento, se lanzó a la carrera hasta la cocina para tomar una botella de cava y un par de copas y regresar. No debía hacerse esperar demasiado ya que corría el riesgo de despertar y no poder hacer realidad su fantasía. Tantas veces había deseado que aquello ocurriera que prefería pensar que era real. Ya llegaría la decepción por la mañana: cuando abriera los ojos sola en su cama, como siempre. Pero había fantaseado tantas veces con una noche como aquella debido a las novelas que devoraba, que sentía una sensación especial en su interior. Aquella noche ella sería la protagonista y Gregory su partener.

—Aquí estoy —saludó Juana cuando entró de nuevo en su habitación.

—Ven —le dijo él aún sentado en el lugar en el que lo había dejado—. Déjame hacer los honores.

Se acercó y le pasó la botella mientras ella sujetaba las copas. Gregory

descorchó la botella con pericia y en pocos segundos se encontraron brindado por ellos mismos y saboreando un pequeño sorbo de la fresca bebida. Juana la retuvo por unos instantes en su boca, dejando que las burbujas rozaran la cavidad de la boca haciéndole cosquillas.

Gregory se levantó un momento para dejar la botella sobre el escritorio, cerca del ordenador, y paseó la vista sobre la cantidad de libros, magníficamente ordenados, que ella coleccionaba. Juana aprovechó el instante para echar un buen vistazo a la parte trasera de su acompañante. Gregory ya era un hombre espectacular, pero vestido de aquella forma conseguía excitar cada uno de sus nervios. Le picaban los dedos por el deseo de levantar aquella falda y comprobar que efectivamente no llevaba nada debajo del kilt.

—Tienes una impresionante colección aquí —comentó alejándola de sus inquietantes pensamientos.

—Sí —contestó irguiéndose y colocándose a su lado— me encantan estos libros.

—Romántica, ¿no es así? —preguntó, colocándose detrás y más cerca de ella.

—Sí, me gustan las historias con finales felices —comentó sin apenar darse cuenta de que expresaba un pensamiento muy personal en voz alta.

Gregory había dejado su copa junto a la olvidada botella y reposó sus manos en los hombros de la mujer. Su pelo olía maravillosamente fresco y perfumado y bajó la cabeza para poder memorizarlo. Le gustaba aquel aroma, conseguía que lo olvidara absolutamente todo y transportarlos a ambos a una mañana en un bosque virgen. Deslizó sus dedos a lo largo de los femeninos brazos para terminar en su cintura. Juana experimentó el estremecimiento de placer más exquisito de su vida.

—Yo haré realidad, todos y cada uno de los renglones de esos libros que con tanto amor atesoras.

Aquellas palabras dichas en el tono susurrante que Gregory había utilizado, consiguieron erizarle la piel y causar estragos en su bajo vientre. Sentía su aliento, caliente y húmedo en el hueco del hombro, esperando poder sentir sus labios.

Demoró todo lo que pudo el contacto con la suave piel. Estaba muy excitado y si no se controlaba podía echar a perder aquel exquisito bocado. Debía ser tierno y atinado con ella, lo merecía. Aún así, deseaba probarla más de lo que jamás había deseado degustar el sabor de una mujer. Dejó caer la

cabeza algo más, poco a poco, borrando el espacio entre sus labios y la pequeña porción de piel visible, hasta que sintió su calor en ellos, mientras jugueteaba con sus dedos bajo la camiseta de la mujer.

Juana sintió mariposas en el estómago. Había imaginado tantas veces una escena como aquella, con ella de protagonista, que apenas podía creer que estaba ocurriendo. Tomó la determinación de disfrutarla al máximo, aunque fuera tan irreal que al despertar por la mañana se sintiera decepcionada al darse cuenta que sólo había sido un sueño. Con las manos de su amante aún en la cintura, acariciándole suavemente, giró su cuerpo para enfrentarlo.

Al instante las miradas quedaron prendadas, y sin perder el contacto, Gregory tomó la copa de Juana y se la acercó para ofrecerle un sorbo. Ella obedeció sintiendo una nueva punzada de placer.

Gregory observó como los labios de la mujer rozaban el borde de la copa y como el fresco y dorado licor se colaba entre ellos. Una pequeña gota quedó olvidada en el apetitoso labio inferior y no ofreció resistencia alguna al deseo de retirarla con su propia lengua, para después apoderarse por completo de él. Sediento, se zambulló en aquella boca exquisita, primero rogando, para después, pedir, reclamar y exigir. Su sexo se endureció aún más. Era tan sumamente dulce y embriagadora que dolía. La necesidad por aquella mujer había llegado a un límite que jamás antes había experimentado.

«¡Dios cómo besa el desalmado!» Juana pensó que podía rozar el cielo sintiendo como aquel hombre conquistaba su boca. Acarició cada recoveco, cada centímetro de piel, jugando con ella y llevándola a un lugar al que jamás pensó llegar estando viva. No supo exactamente cómo pero, en un abrir y cerrar de ojos, prácticamente toda la ropa había desaparecido de su cuerpo y se encontraba amontonada a los pies de la cama. Gregory la acompañó hasta el borde de ésta, y la invitó a sentarse, para poder desprenderse él de la suya.

—¡No! —exclamó Juana poniéndose en pie de nuevo.

—¿No? —preguntó contrariado

—Déjame a mi —pidió—. Por favor— rogó al ver el interrogante todavía en su mirada.

—Está bien.

Con sumo cuidado retiró el blanco jubón dejando al descubierto aquel maravilloso y esculpido torso moreno. Los dedos le quemaban por la tentación de pasarlos por el pectoral y las marcadas abdominales con las que tantas veces había fantaseado y que ahora tenía la oportunidad de acariciar. No se

resistió a tratar de abarcar con la palma de sus manos los anchos y fuertes hombros. Su piel era cálida y suave. Su cuerpo duro. Dejó que cada desarrollado músculo pasara por sus dedos, rozando y aprendiendo de memoria cada depresión de su pecho hasta llegar al bajo vientre.

—¡Jesús! Mi amor me estas matando —murmuró Gregory cuando ella se demoró en el surco entre el vientre y los oblicuos.

Juana reaccionó mirándole a los ojos y perdiéndose en ellos. La turbulencia del deseo podía leerse en ellos claramente. Aquel hombre ardía por ella.

Gregory se apoderó de nuevo de su boca mientras la encerraba entre sus brazos. Hasta el momento, había tratado de no moverse, dejándole a ella poder sentirse más cómoda con la situación, confiar en él, convencerse por fin de que no estaba allí para hacerle ningún daño. Pensó que ya era suficiente. Debía serlo, su cordura estaba en juego. Él también necesitaba tocarla, sentirla entre sus brazos, acariciarla y gozar con su cuerpo.

Enredando los dedos en el oscuro cabello de la mujer, Gregory se zambulló en su boca, saboreándola de nuevo, encendiendo con cada embate de su lengua el deseo de Juana que ronroneaba hambrienta, necesitada de más. Pensó que jamás podría cansarse de aquella ambrosía, mientras volvía a llevarla hasta la cama. Esta vez, la mujer se recostó tranquila, esperando, invitando a su amante a unirse a ella. Gregory dejó tan solo unos segundos para deleitarse con la erótica imagen, mientras retiraba sporrow y kilt de un rápido y seguro movimiento. Las curvas de su cuerpo clamaban ser acariciadas, los pechos llenos deseaban ser atendidos, su boca, entreabierta, le gritaba que la devorara. Nunca en el mundo se imaginó una visión más maravillosa.

Haciéndole sitio entre sus piernas, Juana le dio la bienvenida, abrazándolo. Un escalofrío de placer recorrió su espalda hasta el centro mismo de su sexo, cuando Gregory dibujó con su lengua un camino de fuego hasta sus pechos. Allí lamió y mordisqueó cuidadosamente su cima, hasta que sintió un dolor exquisito debido a la dureza de sus pezones. Lentamente siguió con su agonizante exploración más abajo, rozando el vientre, introduciendo la lengua en su ombligo y arrancándole sonoros gemidos a su paso. Unos centímetros por encima de su ingle, Gregory lamió la piel. Fue una sensación inenarrable que consiguió erizar hasta el último centímetro de su cuerpo y jadeó ante las inequívocas intenciones de su compañero nocturno.

La suave mata de rizos que coronaba el centro de su feminidad acarició su barbilla, justo en el momento en que Juana apretaba fuertemente sus puños y

tensaba su cuerpo, segura de lo que vendría a continuación y el gesto le hizo sonreír. Sintió un placer diabólico por ello y decidió jugar un poco con aquella situación. Comenzó entonces un recorrido húmedo y caliente alrededor del sexo femenino, retardando el momento. Mordisqueó la sensible piel del interior de los muslos. Alternó acaricias con la punta de la lengua y breves succiones de sus labios los suaves pliegues alrededor del pequeño botón que se erguía orgulloso demandando atención, consiguiendo que la mujer alcanzara un nivel de necesidad casi incontrolable que la instó a elevar la pelvis, buscando satisfacción. Sólo entonces se permitió tomarla por entero en la boca y un ahogado grito de placer emergió de la garganta femenina. Se embriagó con el elixir de su bella amante, emborrachándose del placer de saborear su esencia misma y de hacerla gozar hasta alcanzar el placer máximo.

—Me encanta tu sabor —le susurró en el oído, mientras Juana trataba de normalizar su respiración.

Y en verdad la experiencia había sido placentera en grado sumo, pero ahora estaba pagando las consecuencias. Su falo estaba tan duro y erguido que la piel brillaba tensa, hecho que no le pasó desapercibido a Juana, que cambió posiciones y se instaló sobre el hombre.

—Permite que sea yo quien te saboree ahora —contestó murmurando contra sus labios.

Estirando su brazo, alcanzó la copa de cava y derramó unas gotas sobre el cuerpo del hombre. Elaboró un brillante camino ámbar, dejando caer una tras otra, sintiéndose Dorothy construyendo su propio camino de ladrillos dorados a Oz. Satisfecha sólo cuando hubo terminado, sustituyó la copa por sus labios y bebió del cuerpo de Gregory cada una de las pequeñas y brillantes gotas que había ido dejando caer. El sabor salado de su piel mezclado con el amargor fresco del cava, combinaron una mixtura deliciosa que paladeó sedienta. Recorrer con su lengua aquel maravilloso y perfecto cuerpo fue su prioridad, hasta sentirse segura de que no desaparecería nada más pestañear.

Lanzaba fugaces miradas a su rostro para asegurarse que él disfrutaba tanto como ella y la visión consiguió hacerle perder la poca cordura que le quedaba. ¡Dios! aquel hombre era tremendamente atractivo pero con el placer pintado en los ojos y en la boca era sencillamente devastador.

Bridó mentalmente por ellos, por los dos, y bebió de la copa, volviendo a sentir las burbujas estallar. En aquel fugaz instante una idea cruzó por su cabeza y sin pensarlo dos veces procedió a llevarla a cabo. Sin tragar el cava,

introdujo el sexo del hombre en la boca, haciéndolo prisionero entre sus labios. Ayudándose de las manos, lo masajeó suavemente, sabedora de que la misma burbujeante sensación la percibiría él en el miembro.

Gregory experimentó un placer increíble que recorrió su cuerpo como un latigazo y le hizo contraer todos los músculos. Aquella mujer lo estaba volviendo completamente loco de deseo.

—¡Por el amor de Dios mujer! No podré contenerme demasiado tiempo si sigues así —consiguió decir entre los jadeos que arrasaban su garganta.

Juana se retiró y tragó el licor para sonreírle provocadoramente.

—Y tu deberías estar prohibido.

Gregory la tomó de las manos y la condujo hacia arriba para besarla. Recorrió después todo el perfil del cuerpo femenino, moldeando sus magníficas curvas y acomodó sus caderas sobre él.

—Te deseo. Quiero hacerte mía ahora. —susurró en su boca.

Sentada a horcajadas sobre su amante, Juana dejó que el sexo masculino se introdujera en su interior suavemente. El rostro de Gregory evidenció el placer que sintió al notarla estrecha, húmeda y caliente por él. El placer fue primero suave para luego ascender a la vez que ambos comenzaban una danza antigua que les proporcionaría el mayor gozo conocido. Los gemidos crecieron en cadencia e intensidad. Ambos tomaron y dieron todo de ellos mismos, ofreciendo y reclamando placer y atenciones, caricias y besos. Las manos de Gregory recorrieron el cuerpo de ella, tomando sus pechos y buscando la unión entre ambos. Juana sintió que se hundía en un huracán de sentidos que la arrastraba a su epicentro, absorbiéndola irremediablemente por un cúmulo de placer que estalló en mil pedazos cuando sintió el orgasmo arrasar su cuerpo desde el centro mismo del sexo hasta el extremo de todas sus terminaciones nerviosas. Gregory se sintió igualmente navegar por aguas turbulentas y, olvidando el timón, se lanzó guiado por el canto de sirena de su amante para naufragar y unirse a ella en el éxtasis final.

Juana se derrumbó sobre él, dejando descansar su cuerpo mientras oía el latir del corazón de Gregory que bombeaba fuerte. Cansados y completamente satisfechos se unieron en un apretado abrazo mientras se besaban relamiendo las últimas gotas del placer compartido.

—Ha sido maravilloso —murmuró Juana.

—Has estado maravillosa —corrigió Gregory—. Ahora duerme y descansa mi amor.

Completamente agotada Juana aceptó la sugerencia y se dejó acunar mientras cerraba los ojos.

Un golpeteo de cacerolas y platos la despertó con un sentimiento extraño. Por un momento no supo ni siquiera donde se encontraba. Al instante siguiente recordó: estaba en su cama y había tenido un sueño increíble. Sonrió mientras hundía de nuevo la cabeza en la almohada. De hecho, no recordaba que jamás hubiera tenido uno parecido. El ruido en la cocina se volvió más persistente. La vida en su casa se desarrollaba como si nada hubiese ocurrido. Y, en realidad, así había sido, ¿o no? Aunque desde luego aquella había sido una noche que no olvidaría con facilidad. De todos modos, la vida seguía y comenzaba además un nuevo año. Día festivo, magnífico. Aunque no recordaba si tendría visita familiar, igualmente debía ayudar a los demás a preparar la casa para que estuviera todo en orden. Estirando su cuerpo para tratar de desentumecer los huesos, retiró cobertor y sábanas.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamo alarmada volviéndose a cubrir.

Sus ojos volaron hacia el escritorio, allí estaba, alta y orgullosa la botella de cava junto a la copa de la que había bebido Gregory. ¡No podía ser! ¿Acaso no había sido un sueño? Volvió a levantar las capas de tejido que la cubrían y echando un ligero vistazo a su cuerpo halló señales que evidenciaban sin lugar a dudas que no había pasado la noche sola.

Sin perder un minuto, salió de la cama, se colocó el pijama que encontró amontonado a los pies de la misma y se lanzó presurosa a tomar botella y copas para esconderlas. ¿Qué diría su madre si las encontrara allí? Seguro pensaría que su hija no había tenido bastante licor cuando volvió de la fiesta, o peor, que se había convertido en una alcohólica, o ... Dios mío, no quería pensar en ello. En el momento en que retiraba la botella un pequeño trozo de papel cayó al suelo.

Juana se agachó para tomarlo y lo desplegó.

«Espero que tu deseo se cumpliera y que hayas disfrutado con ello. Besos de esta que te quiere y que siempre conservará tu amistad como el mejor de los tesoros. Raquel.»

FIN

CONCIENCIA MUERTA (2009)

PRÓLOGO

Diario de John Lanyon. 7 de noviembre de 2009.

Vuelvo a mirarla. A través de la lente todo parece menos real, la retina no recibe la frescura del aire y, aunque es casi imperceptible, es posible notar una sutil diferencia en las tonalidades para unos ojos entrenados como los míos.

Sentado en un banco a una distancia suficiente para evitar ser descubierto, observo el ritual que celebra diariamente: bocadillo, trago de agua, bocadillo, trago de agua, un par más y listo. Recoge la botella ya vacía de contenido y la lanza al contenedor de reciclaje como una buena samaritana. Los niños corretean a su alrededor, incitándola a que se una a su juego. Sí, ¿por qué no? Ella accede con risas y dulces miradas y, durante los minutos que restan para que termine el recreo, se une a los saltos o carreras de los infantes. La sirena del colegio da por terminada la media hora de descanso. Ayuda a los más pequeños a formar una fila ordenada y entran.

Ajusto el objetivo para aumentar la imagen antes de que se pierda tras los muros de ladrillo. El rubio del cabello y el azul pacífico de sus ojos almendrados, le dan la apariencia de un ángel terrestre que hubiese venido para terminar con los males que azotan a la humanidad. Hasta llevaba el nombre de uno de ellos, un arcángel. Pero nada más lejos de la realidad.

Conozco su secreto. El misterio que ni ella misma comprende. Y aún así, desde la distancia, me siento profunda e irremediamente enamorado. ¡Que Dios me perdone!

Recojo despacio y metódicamente mis bártulos. Necesito descansar unas horas, la noche llegará pronto y con ella el trabajo más pesado. Debo estar vigilando su pequeño apartamento para asegurarme que apaga las luces, contar los minutos precisos mientras espero que el sueño la atrape y llevar a cabo el plan trazado.

Podría acelerarlo todo, arriesgar el trabajo de investigación y seguimiento que he realizado y hacerme con ella durante el día.

No, no, eso sería una estupidez.

Repaso mentalmente y con deleite cada uno de los pasos. Es mejor esperar a que duerma para dar el golpe, necesitaré unos minutos antes de trasladarla para borrar mis huellas y prepararlo todo. Desde su propio ordenador enviaré

las notas necesarias para que no la echen de menos.

Pronto, muy pronto, le revelaré algo que cambiará para siempre la percepción de bondad que tiene de sí misma. Llenaré las lagunas de su mente, las horas vacías, los minutos muertos de la conciencia. Ella negará todo cuando surja de mis labios, llorará y suplicará para que la libere. Seré su abogado del diablo y, aunque aún no sé si lo conseguiré, trataré de ayudarla sin tener que llevarme su alma.

«Tendré cuidado», he musitado a la nada.

Todo está preparado con cautela y mesura, pero no puedo dejar de sentir el nervioso hormigueo en la parte alta del vientre. Sé que saldrá bien. Debe salir bien. Pero no puedo dejar que escape..., otra vez.

CAPITULO 1

Antes de hacer las maniobras necesarias para aparcar el coche en el patio trasero de la casa y justo a dos metros de la esquina, mis traidores ojos volaron hasta su ciega fachada de frontón triangular. La madera de la puerta, ahora restaurada y olvidados los tiempos en los que se mostraba ajada y sombría, guardaba la estética original sin aldaba ni campanilla, pero volvía a relucir bajo la luz de los faros. Quizá fuera la anticipación por lo que me proponía realizar; quizá el conocimiento de que una investigación, que había durado décadas y se había llevado la vida de muchos, estaba por terminar; o sólo quizá fue la visión del edificio; pero a aquellas altas horas nocturnas y conociendo los acontecimientos relacionados con el lugar, sentí como se me erizaran los vellos de la nuca.

Centrando mi atención de nuevo en lo que me traía entre manos, aceleré lo necesario y giré el volante, acusando el doble bache al entrar en el terreno ajardinado. No era momento de volver la vista al pasado, sino de afrontar el presente con valor y determinación. Tenía que salvarla.

Después de parar el motor, corrí hasta la puerta trasera de la casa y la abrí antes de volver al coche para hacerme con el cuerpo de Gabrielle y llevarla hasta la planta superior. La ascensión por los escalones fue algo más problemático de lo calculado, pero logré alcanzar el último sin que ella sufriera daño alguno. La dejé sobre la cama que había preparado especialmente para ella muy despacio. Cometí el error de mirarla y creí que mis piernas flaqueaban al volver al coche para recoger los bultos que había traído conmigo, después de asegurar bien la cerradura de la celda.

Me encontraba ya de vuelta y sentado tras el escritorio que había acomodado a unos metros de la jaula, cuando noté que había abierto los ojos y me miraba intensamente, con una sonrisa torcida en los labios.

—¿Señorita Utterson? —probé.

No contestó. Se limitó a seguir clavándome sus pupilas, sin mover ni un milímetro la postura sobre el colchón. Me santigué muy afectado por aquella mirada cargada de un odio ancestral. Pasados varios minutos, pareció decidir que necesitaba algo de ejercicio y se levantó para pasearse a lo largo del espacio enrejado.

—Uno, dos, tres, cuatro y cinco —contó sus pasos ligeros y ágiles. Giró sobre sus talones y volvió a contar—. Uno, dos, tres, cuatro y cinco —suspiró,

surgiendo de entre sus labios un rugido extraño y se sentó de espaldas a mí—. ¿Crees que esto es digno de un Lanyon? ¿Raptar a una pobre chica de ciudad, una sencilla profesora con una vida consagrada a enseñar modales a los pequeños y meterla entre rejas? —negó con la cabeza—. ¿Sorprendido? ¡Sí te he reconocido! Todos tenéis facciones muy similares. Si el pobre doctor supiera en lo que os habéis convertido...

—No he raptado a Gabrielle —me defendí.

—Claro —respondió arrastrando la palabra—, soy yo quien te interesa, ¿no es así? Como a los demás que vinieron antes que tú, justo después de la muerte de tu antepasado. Pero, cometieron errores. Después de tantos años sin que me molestarais... ¿Cometerás tú también alguno? —preguntó girando el rostro para ofrecerme una sonrisa que pretendía ser amable, pero que por el contrario, resultó más bien grotesca.

—Te he estudiado en profundidad.

—Por supuesto. Crees que lo sabes todo sobre mí.

—Y tú crees que podrás burlarme.

—¿Acaso no lo he hecho durante años..., siglos?

—Aprendo de los errores.

—Encomiable

Volví a prestar atención a mis anotaciones, en ellos y del puño de otro Lanyon muy lejano en el tiempo, se me advertía que no hablara demasiado con el sujeto. Ese era uno de los graves errores que había mencionado.

Ese ser, el que ocupaba el cuerpo de Gabrielle en ese momento, era endiabladamente astuto. Había jugado en el pasado creando la necesidad de saber, originando el deseo de profundizar en lo desconocido y mis predecesores habían caído en la trampa oyendo sus palabras. Yo no sería otro más en la interminable lista negra de suicidios y asesinatos.

—Al menos veo que has sido más original que los otros —se encogió de hombros mirando a su alrededor—. ¿Dónde han ido a parar el espejo y el armario con puertas acristaladas y los seis cajones interiores? Jamás se me hubiera ocurrido que alguno me trajera a la casa de mi padre.

—No me tomes por idiota, el no fue tu padre. Henry Jekyll no te creó. Sólo fue otra marioneta más en tus manos.

—¿Dudas de lo que cuenta la historia? —preguntó con los ojos como platos. ¿Acaso le había sorprendido de verdad?

—Sé que la historia se contó como tú quisiste que fuera contada —de

nuevo su rostro cambió y me ofreció una sonrisa displicente—. He de reconocer que actuaste de un modo muy inteligente. Pero no contaste, en aquellos entonces, con los avances tecnológicos que tendríamos en el futuro. Descubrí tu farsa gracias a ellos. Lo que deberías preguntarte en lugar de dudar de mis conocimientos históricos, es si también descubrí la forma de acabar contigo.

Pude comprobar cómo la duda hacía mella en su seguridad, frunció el ceño y lanzando un último gruñido, se tumbó sobre el colchón. En poco tiempo la respiración de la mujer fue regular. Se había dormido.

Sonreí satisfecho. Había ganado el primer *round*, había conseguido vencer el primer obstáculo, logré que sintiera miedo y que se retirara. Tomé aire profundamente y volví a mis notas, era más que probable que aquella noche no volviera a saber nada de él.

CAPITULO 2

El grito de la mujer pidiendo auxilio fue lo que me despertó en las primeras horas de la mañana. Aunque era necesario aparecer ante ella para calmarla lo antes posible, tuve que emplear un par de minutos para vestirme adecuadamente. Ofrecerle una imagen correcta era importante y conseguiría darle un poco de seguridad en una situación tan compleja, ella no lo notaría pero su subconsciente sí lo registraría y obraría en consecuencia.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! ¡Por favor! —gritaba a la vez que lloraba cuando crucé la puerta que separaban las habitaciones.

—Cálmese —le dije sin alzar la voz—, cálmese, por favor.

—¿Quién es usted? ¿Por qué estoy aquí? —las lágrimas le surcaban el rostro y, la locura temporal al verse encerrada en un sitio extraño, demudaban su semblante. Aún así, la belleza de sus rasgos había vuelto a ella en cuando volvió a ser dueña de sus pensamientos.

—Yo la traje.

—¿Por qué? ¿Qué quiere? ¿Qué pretende? ¡Si es dinero, sepa que no lo tengo. Se ha equivocado de persona! —los dedos con los que rodeaba los barrotes habían perdido el tono rosado de la carne.

—No quiero dinero.

—¡Oh, Dios mío! ¡Va a matarme! —aterrada caminó un par de pasos hacia atrás, tropezando con la cama.

Me dolía el corazón al verla sufrir tanto, así que me apresuré en contestar.

—No, no, no. Tampoco pienso hacer eso —negué con la cabeza para imprimir más veracidad a mis palabras. Al menos intentaría por todos los medios de que no fuera así, sólo que por el momento, era mejor para ella no saber nada de ese tema.

—¡Me buscarán, notarán mi falta, llamarán a mi casa y no me encontrarán! ¡La policía...!

—Ya me encargué de atar los cabos convenientemente. Su familia piensa que está de viaje extraescolar y en su trabajo creen que ha tenido que salir repentinamente a cuidar de su madre porque ha caído enferma. ¿Ve?, incluso he traído la ropa que usted hubiera necesitado en caso de realizar esos viajes —le hice notar la presencia de las mochilas—. Nadie va a buscarla.

—¿Qué hago aquí?

—Si deja de gritar y se sienta, responderé a todas sus preguntas —yo mismo hice lo propio y volví a pedírselo, esta vez señaládoselo con la mano y de un modo cortés.— Se lo prometo.

Aún con renuencia se sentó sobre el colchón e intentó controlar el hipo que le había producido la momentánea histeria.

—¿Tiene un pañuelo? —solicitó con la respiración presa de la congoja y evitando que pudiera verle el rostro con evidente embarazo.

—Por supuesto —extraje uno, de los cajones de mi escritorio y me acerqué para ofrecérselo—. Aquí tiene.

Apenas si echó el vistazo necesario para localizar el *tissue* y alargando la mano con temor se hizo con él sujetándolo con dos dedos, evitando si quiera rozarme.

—Gracias.

Esperé el tiempo necesario a que se recompusiera, si es que era posible teniendo en cuenta su situación. La comprendía perfectamente y sabía la cantidad de horrores que pasaban por su mente en ese momento; la angustia, el miedo y la tremenda impotencia que la embargaban. Por eso, debía ser muy cuidadoso en lo que tenía que explicarle. Lo más probable es que me tomara por loco, lo cual sería aún peor para ambos. Necesitaba que confiara en mí para que, después, cuando llegara el momento de la verdad, colaborara conmigo en todo lo que le pidiera. Sólo eso podría salvarla.

—Se llama usted Gabrielle C. Uttersson, ¿verdad?

—Así es.

—Trabaja como pedagoga infantil en una escuela elemental. Prácticamente dedica cada hora de sus días a ese trabajo, le gusta, lo disfruta y se siente bien realizándolo; educando a los niños en la ética, la moral, los modales...

—Sí.

—Todo en su vida ha sido perfecto. Es hija única de unos padres amorosos y ha sido cuidada y mimada siempre. Usted se ha beneficiado de ello y a la vez ha ofrecido ayuda y amor a sus padres en todo momento —hice una pausa y vi como asentía—. Hasta hace aproximadamente..., seis meses.

>>Empezaron como vagos momentos de distracción en los que perdía la conciencia de cuanto la rodeaba. No le dio demasiada importancia atribuyéndolo al hecho de que trabajaba demasiado y se tomó unos días de descanso para terminar con el estrés. Sin embargo, no consiguió que esos lapsus temporales desaparecieran sino que han ido a más. Generalmente

ocurre de noche, cuando duerme. Se ha dado cuenta que sus sueños se han vuelto extrañamente vívidos, hasta el punto de despertarse alguna vez en lugares a los que jamás se acercaría en caso de ser poseedora de sus actos.

—En mi familia hay casos de sonambulismo.

—Puede ser, pero usted jamás lo ha padecido. ¿Qué me dice sobre sus pérdidas de conciencia repentinas mientras está despierta?

—¿Narcolepsia? —intentó—. ¡Oh Dios mío!, no lo sé —sollozó hundiendo el rostro entre las manos.

—Si usted misma creyera que se trata de un trastorno del sueño hubiera acudido a un especialista, sin embargo no lo ha hecho. Yo sí sé qué le ocurre y puedo terminar con esa pesadilla.

—¿Y por eso me ha encerrado aquí? ¿Me ha sacado de mi casa, drogándome y me mantiene presa en esta jaula? —acusó entre lamentos.

—Cuando me deje explicarle la realidad de lo que le sucede comprenderá que jamás hubiera venido conmigo por propia voluntad. No puedo dejar que lo que usted padece siga prolongándose en el tiempo como lleva ocurriendo desde hace siglos. Su cuerpo encierra un mal, señorita Utterson, un mal que ha logrado burlar a todos cuantos han tratado de terminar con él. Pero esta vez no tendrá escapatoria, lo sé todo sobre él y he comprobado, esta misma noche, que me teme.

Las emociones que traslucían los ojos de Gabrielle eran un torrente constante de estupor, terror y dolorosa incapacidad por hacer algo que la sacara de allí. Encogida sobre sí misma, apoyaba los codos sobre sus propias rodillas mientras sujetaba ante ella el pañuelo de papel.

—Es importante que me escuche y comprenda que no deseo hacerle ningún daño, señorita Utterson. No soy un malhechor, pero es necesario mantenerla encerrada pues nunca se sabe cuando...

—¿Cuándo qué?

—Trataré de explicarle lo que le ocurre, de la mejor forma posible. Pero he de decirle que probablemente su primera reacción será no creer ni una sola palabra hasta que le muestre las pruebas evidentes de lo que le diré a continuación —me aclaré la garganta antes de empezar—. Esta casa, donde nos encontramos, perteneció a Henry Jekyll, Doctor en medicina, doctor en Derecho y miembro de la *Royal Society*. A su muerte, acaecida en extrañas circunstancias, la heredó Gabriel J. Utterson de la que usted es descendiente.

—¿Por eso me ha traído aquí? ¿Pretende obligar a mi familia a que se la

venda?

—No, señorita Utterson, mis padres compraron esta casa a su familia cuando yo escasamente había cumplido un año. Mi nombre es John Lanyon, descendiente del Doctor Hastie Lanyon y colega a su vez de ambas eminentes personalidades, el Doctor Jekyll y el señor Utterson. Dígame una cosa, ¿conoce usted la historia de cómo esta casa pasó a las manos del notario Utterson?

—No.

—Corría el siglo diecinueve cuando Henry Jekyll creyó haber descubierto algo que cambiaría el curso de la humanidad; la separación de lo que conocemos gracias a Freud como el “yo” y el “ello”, el bien y el mal que habita en cada ser humano y que componen la naturaleza del hombre, en dos entidades completamente distintas. Como que fuera un hombre, que a la luz pública, gustaba de ser un modelo de seriedad y convencionalismo tal y como había sido educado y que, sin embargo, poseía unos deseos ocultos e irrefrenables que para la sociedad de aquel tiempo llegaban a ser vergonzantes, ante él se elevaba la fabulosa posibilidad de la redención para la conciencia. O cómo ya se citó en su confesión: “El injusto se iría por su camino, libre de aspiraciones y de los remordimientos de su más austero gemelo; y el justo podría continuar seguro y voluntarioso por el recto camino en el que se complace, sin tenerse que cargar de vergüenzas y remordimientos por culpa de su malvado socio”. ¿Me sigue?

—Sí.

—Este cambio se producía injiriendo una poción realizada con una mezcla de sustancias semejantes a la sal cristalizada y una tintura líquida de color rojo sangre. Tras la ebullición del compuesto y una vez adquiría el color verde acuoso adecuado, Jekyll la tomaba y su alter—ego; Hyde, emergía de su cuerpo, sumiendo al primero en la total inconsciencia.

Gabrielle, notó el especial énfasis que puse en mis últimas palabras y levantando el rostro me dijo: —Yo no he tomado nada, ninguna pócima ni sustancia extraña, excepto la que usted me ha administrado.

—Lo sé. Sólo trato de contarle lo sucedido en su versión pública, la verdad es otra muy distinta. Pero déjeme continuar.

Ella asintió.

—Jekyll estaba extremadamente satisfecho con su descubrimiento. Tanto que, como cualquier humano que descubre la panacea de un mal, abusó

demasiado. La malicia, encarnada en Hyde, cada vez era más fuerte, cada vez más enérgica e impulsiva y actuaba con la seguridad que ofrecía el anonimato, pues cuando la alarma del peligro sonaba, sólo tenía que acudir a la pócima y volver a ser el influyente, respetado e inocente Jekyll. El problema es que el buen Doctor conocía de las andanzas de Hyde y comprobó tristemente que el descubrimiento aunque magnífico en sí mismo, en la práctica no era completamente inocuo. Trató de frenarlo dejando de beber la pócima, pero Hyde volvía, aún sin la toma, llevando su maldad hasta el extremo y matando a un hombre, un miembro del Parlamento: Sir Danvers Carew, de la forma más cruel y violenta. Sus transformaciones cada vez eran más incontrolables y obligaban a su creador a tomarlas con más asiduidad para tratar de mantener la forma original, la imagen de Henry Jekyll, en lugar del asesino y buscado por la justicia Edward Hyde.

>>El compuesto original de sustancias que almacenaba llegaba a su fin y cual no fue su sorpresa al descubrir que las mezclas solicitadas posteriormente no producían el efecto deseado. Fue entonces cuando decidió que no podía seguir sosteniendo aquel gran secreto que pesaba tanto sobre su alma y que tenía que hacer algo al respecto. La idea del suicidio comenzó a rondar por su cabeza.

—¿Se mató?

—Así es. Pero antes de morir, una carta fue escrita para su amigo y notario Utterson, el que encontró su cuerpo pocos segundos después, junto con un nuevo testamento donde le legaba todas sus propiedades.

—Pero lo que no entiendo es, ¿que tiene usted que ver con todo esto? ¿Qué tengo que ver yo misma?

—Lo entenderá rápidamente. Como le he explicado, justo después del asesinato, Henry Jekyll, quien conocía la autoría del crimen por una nota que Hyde le había dejado y en la que además, afirmaba tener una vía de escape, ya se encontraba en una compleja situación. Si al principio era necesaria la pócima para ser Hyde, en aquel momento sucedía justo lo contrario. Este hecho le impedía moverse con libertad tanto por la calle como en su propia casa y era de vital importancia poder llegar hasta el laboratorio para obtener los elementos que componían la fórmula. Así, una noche en la que su cuerpo mostraba el físico de Hyde, envió una carta al doctor Hastie Lanyon, antes un buen amigo, solicitándole un favor de vida o muerte. Lanyon, actuó tanto por la curiosidad como por la imposibilidad de ignorar el desespero que trasmitía la

misiva de Jekyll, accediendo a cumplir con lo que le pedía. Fue él mismo en persona a recoger el cajón donde se guardaba las sales y la tintura, para llevarlas a su casa y entregarlas, a media noche, a un individuo enviado por el doctor.

»Por supuesto y como ya imaginará, fue Hyde quien acudió en busca del cajón y también quien escribió aquella desesperada carta, su vía de escape como la había llamado, para tomar la pócima y volver a aparecer como Jekyll.

»Mi antepasado murió una semana después aquejado de terribles pesadillas que atormentaron su mente y la poca vida que le restaba. La terrible visión de la transformación lo acosó hasta el último aliento. Pero antes de morir, escribió una carta al notario Utterson donde le explicaba todo lo sucedido. Lo que no es de dominio público es que escribió otra más, una dirigida a su propia familia donde solicitaba que no se perdiera el conocimiento que en ella exponía y quién era el responsable de cuanto había ocurrido.

—Pero Hyde murió con Jekyll, su creador. Se suicidó, usted lo ha dicho.

—Sí he dicho que se suicidó, pero Hyde nunca fue la creación Jekyll. Henry Jekyll jamás logró separar las dos conciencias del hombre. Únicamente Hyde utilizó artimañas para hacérselo creer.

—¿Qué está queriendo decirme John?

—Edward Hyde, según el nombre con el que le bautizó Jekyll, es lo que se conoce como un Ekimmu, un feroz espíritu sumerio. Necesita ocupar un cuerpo vivo para existir y este ha desarrollado la facultad de trasladarse mediante el contacto, de ahí que sea necesario que usted permanezca encerrada. Su nombre significa literalmente “lo que es arrebatado” y basta con que entre en una casa para producir la muerte a todos sus habitantes si así se lo propone. Por eso es necesario frenar su avance.

»En un principio, calculo que debía ocupar el cuerpo de alguno de los oficiales del farmacéutico al que Jekyll encargó su fórmula y vio en aquel medio una formidable manera de cambiar de anfitrión. Así, cuando el doctor recogió los sobres que contenían las sales, se las arregló para tocarlo y poseerlo. Fue muy hábil y paciente para darse a conocer aparentando que Jekyll había logrado descubrir lo que llevaba tantos años estudiando. Pero, como a todo diablo, le perdió el disfrute y las libres correrías.

»Cuando llegado el momento, la persona que había poseído empezó a tener serios remordimientos y a pensar en el suicidio, realizó el mismo ardid que ya le había salvado el pellejo una vez. Escribió una carta, la carta que recibió tu

antepasado, el notario Utterson, en la que Jekyll confesaba cuanto había experimentado. Supo prever la reacción de Utterson que correría a ayudar a su amigo de tantos años igual que Lanyon lo había hecho. De ese modo, antes de que el corazón de Jekyll cesara de mantener el cuerpo vivo, pudo pasar a un nuevo ocupante, heredando además todas las posesiones de éste.

»Hace ya décadas, hasta mi llegó la carta de mi antiguo familiar, el mismo Hastie Lanyon así como las notas escritas por un puñado de descendientes que trataron de terminar con el Ekimmu y que murieron en el intento. No todos probaron, eso es cierto, es un asunto que asusta y que muchos prefirieron ignorar y creer que sólo eran una sarta de mentiras. Ya sabe, una de esas oscuras historias de familias antiguas. No obstante cumplieron con el cometido de hacerla llegar al siguiente portador del apellido Lanyon.

»Así, ha ido saltando de tu familia a la mía durante años. Ahora eres tú quien lo albergas en tu interior.

CAPITULO 3

Nada más terminar mi relato, Gabrielle se desplomó hacia atrás sobre el colchón. Su cuerpo se convulsionó ligeramente y volvió a incorporarse. Pero ya no eran los dulces ojos celestes de la mujer, los que me miraban. El rostro, antes bello y aún surcado de lágrimas, ahora era el fiero reflejo de la maldad.

—Compruebo que has hecho los deberes jovenzuelo —su voz sibilante todavía llevaba impreso un ligero recuerdo del femenino tono de Gabrielle.

—Así es. Ya te lo advertí. Yo también compruebo cierta dificultad en ti para hacer daño. Ya no haces padecer tanto a tus anfitriones, ¿quizá sea porque has perdido fuelle?

—La verdad es que me desagrada enormemente no hacerlo, pero para ser sinceros, es la mejor forma de conseguir que el cuerpo me dure más tiempo. Ya sabes...

—Sí, supongo que es un engorro tener que mudarse tan a menudo —respondí sin sentimiento.

Hyde sonrió con humor, aunque aquella muestra de emoción jamás conseguiría llegar a ser humana. La visión me produjo un escalofrío que me recorrió la espina dorsal de arriba abajo.

—Y dime..., ¿cómo piensas terminar conmigo?

—¿De verdad crees que te lo voy a decir? Te creía más inteligente, esa pregunta demuestra que no lo eres.

—No me culpes por intentarlo —se encogió de hombros—. Está bien, ¿qué quieres? ¿Cuál es tu precio?

—No estoy en venta —respondí enfadado.

Un estruendo espantoso que pretendía ser la risa irrumpió en la habitación.

—¡Todo el mundo tiene un precio! —Exclamó alzando los brazos teatralmente para continuar empleando un tono de voz mucho más bajo y atractivo a los oídos—. Todos los humanos, incluso aquel con los valores más altos, tienen algún secreto escondido, algo que desea, un anhelo silencioso que ni siquiera intenta llevar a la realidad por temor o simple inhibición. Vamos joven Lanyon, no me creo que no pueda tentarte con nada.

Tratando de no demostrarle ningún sentimiento, resoplé audiblemente y volví a mi mesa.

—Si no quieres escucharme a mí..., quizá sí a ella —comentó

provocándome—. Vamos mírame. ¿Sabe ella que en tu interior la llamas por su nombre? Gabrielle. Qué bien suena, ¿verdad? Sé como la observaste durante la noche mientras dormía, casi pude sentir el olor de tu excitación – dijo ronroneando mientras pasaba las manos por sus pechos con lascivia.

Sí, la deseaba. La deseaba tanto que me dolían las mismas entrañas.

—Venga John, podrías tomarme, estoy dispuesta. Tu nunca has sido un mojigato, ¿verdad? Ambos lo sabemos –se levantó agarrándose a los barrotes—. Podrías hacer lo que quisieras conmigo, gozarme hasta quedar exhausto y nadie lo sabría. Dar rienda suelta a tus instintos— ofreció abriendo las piernas y levantándose el fino jersey que la cubría para tirar del sujetador y descubrir los senos.

La imagen de su piel me tentó hasta sentir que mi cuerpo ardía por la necesidad de tocarla. Cuantas veces la había soñado. Cerré las manos en un puño y bajé la cabeza; avergonzado, reprimiendo la fuerte atracción y utilizando toda mi voluntad en ello. La excitación era tal que resultaba dañina.

—John..., ven a mí. Te necesito –murmuró y esta vez, la voz que usó era tan parecida a la real...— ¿Cómo puedes hacerme sufrir así?— jadeó antes de volver a hablar retomando el tono más duro de Hyde y consiguiendo que la mirara—. Vamos John, tengo a esta muñequita caliente y húmeda sólo para ti —¡Dios, había metido la mano bajo sus braguitas y...!

¡No!, no podía dejar que hiciera eso con ella. Abrí el cajón donde guardaba una jeringuilla con tranquilizante.

—¡Basta! –grité—. ¡Basta, hijo de puta! ¡No la toques!

—Vamos, para poder usar eso tendrás que acercarte y ambos sabemos que no tienes agallas para hacerlo. Perderías tu gran oportunidad.

—Tienes razón pero si me marcho de la habitación tus dardos tampoco podrán dar en diana –y dicho esto, me marché cerrando la puerta con fuerza.

CAPITULO 4

Ya en la estancia contigua caí de rodillas frente a la imagen del Cristo. «¡Perdóname!» Recé por la salvación de mi alma y la de Gabrielle. Recé suplicando el valor necesario para continuar con la dificultosa empresa que el Señor me había encomendado. «Escucha mis plegarias». Lloré amargamente pues sabía que mi voluntad flaqueaba, me había enamorado de ella y el señor no admitiría tal ofensa. Había pecado de soberbia al creer que podría salvaguardar mi alma.

Cuando al fin logré serenarme, varias horas después cuando ya el día había pasado y la oscuridad volvía a reinar en la tierra, tomé la decisión más difícil pero acertada de mi vida. Colgaría los votos, pero antes, terminaría con lo que había empezado. Era necesario.

Preparé todo sobre una bandeja y cargué con el desfibrilador externo. En última instancia, volví para tomar entre las manos la Palabra de Dios y no pude reprimir acariciar sus lomos, desgastados por el uso y los años, con una mezcla de cariño y gran tristeza.

Al entrar en la habitación, encontré de nuevo la hermosa pero apagada mirada de Gabrielle. El desconuelo se encontraba instalado en su semblante como un pesado velo negro que, sin embargo, no lograba ocultar del todo la belleza angelical de la mujer.

—Le he traído algo de comer —dije mostrándole el bocadillo y una botella de agua, poca abundancia para una última cena—, aléjese un poco y se lo dejaré dónde pueda alcanzarlo.

Me fue imposible no contemplar una vez más, como daba buena cuenta de la comida, tal como había hecho tantas veces durante los últimos meses. Pero la situación era muy distinta e incluso sus movimientos, destilaban la pesadumbre que sentía crecer en su interior.

—Debo, antes de explicarle lo que he de hacer, mostrarle el video donde podrá comprobar la veracidad de mis palabras —dije una vez hubo terminado de comer y, como si del verso de un hechizo se tratara, Gabrielle buscó con los ojos la ubicación de la cámara—. Está allí —señalé el minúsculo piloto rojo—. La conectaré a mi portátil y podrá verlo y oírlo todo.

—Ha vuelto a ocurrir, ¿verdad? Volví a perder la noción de la realidad.

—Así es.

—Tengo miedo. No sé si quiero verlo.

—Es preciso que lo haga señorita Utterson...

—Llámeme Gabrielle, por favor.

—Está bien..., Gabrielle. Debe verlo, es necesario para que comprenda la complejidad de este problema que tiene que ser erradicado. Necesito de su confianza y total colaboración en esto.

Conecté la cámara y la puse a reproducir desde el principio para mostrarle lo que ocurrió nada más llegar a la casa: cómo ese espíritu maléfico ya había hablado por ella antes de que pudiera tener conciencia de dónde se encontraba. La sorpresa y horror en su rostro me demostró a las claras que no sería necesario que viera cómo, en las últimas horas, el monstruo había abusado de ella de aquella abominable forma, no era preciso avergonzarla. Suspiré aliviado y paré el video antes de que pudiera ser testigo de ello.

—¿Qué tengo que hacer? —Las lágrimas volvían a correr por sus mejillas.

—Lo primero; confiar en mí. No se preocupe por nada, cuando todo esto acabe abriré esa celda y volverá a ser libre de hacer lo que desee. Pero no puedo prometerle que será fácil.

—No, supongo que no.

—Debo... —titubeé—. Tengo que inducirle un coma para terminar con él administrando la extremaunción. Después la reanimaré —añadí rápidamente enseñándole el desfibrilador.

El llanto se volvió más desconsolado y doloroso.

—¿Y si no lo consigue? ¿Y si muero?

—Eso no pasará, se lo prometo.

—¿Es usted médico? ¿Cómo puede asegurármelo?

—No soy médico. Soy sacerdote, pero sé manejar este aparato, lo he hecho otras veces ayudando como auxiliar en accidentes.

—¡Dios mío! —exclamó con intensa angustia.

—Dios no permitirá que muera. Y yo tampoco.

—¡No! ¡No quiero hacerlo! ¡No voy a hacerlo! —gritó presa del histerismo, revelándose.

—No lo entiende, Gabrielle —dije sufriendo en mi interior lo mismo que ella sentía—. Si no lo hace, morirá en un par de meses con toda seguridad. El Ekimmu agota su cuerpo, consume sus energías, su salud.

Pasé las manos por mi rostro con fuerza, reprimiendo el deseo de sacarla de allí y consolarla, tomarle la mano y darle mi palabra de que no pasaría

nada, proporcionarle el apoyo que exigía la situación. Los humanos estábamos habituados a la cercanía. El contacto, una caricia, una palmada de amigo en el hombro, era mucho más importante de lo creíamos. Y el Ekimmu lo sabía.

Caminé hasta donde era seguro para ambos.

—No sé que puedo hacer o decirle para que sepa que estoy de su lado. Comprendo perfectamente lo que siente Gabrielle, pero únicamente puedo asegurarle que no dejaré que sufra ningún mal por nada del mundo. Yo... — nuestras miradas se cruzaron—. Como ya habrá imaginado llevo mucho tiempo observándola. He tenido que hacerlo para asegurarme que no me equivocaba. Y en ese tiempo Gabrielle, la he conocido como persona.

>>Cuando tomé los votos lo hice como alguien que había perdido la fe en la humanidad y buscaba algo más alto que pudiera devolverme parte de esa esperanza. No me arrepiento. El sacerdocio me ha dado muchas satisfacciones además de ofrecerme la oportunidad de adquirir los conocimientos que ahora necesitaré para ayudarla. Y también, la ha puesto en mi camino. Nunca estaré lo suficientemente agradecido por esto.

—¿Qué...? ¿Qué está intentando decirme? —Gabrielle se había secado las lágrimas con el dorso de la mano y me miraba con aquella dulzura de la que sólo ella era capaz de ofrecer.

—Que la amo, Gabrielle. Ha sido usted la que me ha devuelto las ganas de creer en las personas. Usted, con sus actos y su bondad, es la responsable de que vuelva a pensar en que el mundo tiene una oportunidad. Usted, Gabrielle, es el ángel piadoso que se preocupa por el bienestar de cuantos la rodean sin importarles nada más. Déjeme ser yo ahora quien la cuide. Si de algo estoy seguro, es que daría mi vida por la suya si fuera necesario.

Ella se levantó en silencio, mirándome con valor y resolución. Creía en mí, pude verlo en sus ojos, en su alma.

Di las gracias a Dios misericordioso interiormente y colocándome los guantes de látex, cogí la jeringuilla que la llevaría a las puertas de la muerte mientras rezaba un padre nuestro. La última oración que formularía como hombre de Dios.

Se acercó a los barrotes para facilitarme la tarea, sabía que no podía tocarla, no antes de terminar con el aberrante espíritu que la poseía.

Cuando ya el líquido terminaba de entrar en su torrente sanguíneo sus ojos cambiaron.

—¡No dejaré que termines conmigo tan fácilmente! —prorrumpió con ira la

voz del Ekimmu, tocando mi mano.

—Sí. Lo harás —dije mientras me retiraba y él comprobaba aterrado que no había conseguido realizar la transmutación pues mi piel estaba cubierta y protegida por el guante.

Con los ojos muy abiertos se agarró el cuello e intentó herirla, pero el cuerpo ya respondía al agente inyectado. Pasados pocos minutos cayó sobre el colchón completamente laso, casi inerte.

Sólo entonces, tomé la estola para posarla sobre mis hombros como tantas veces había hecho y la copa de plata que contenía el agua bendita para acercarme a ella.

Debía darle reposo al alma maldita para que pudiera abandonar este mundo, cruzara las puertas del cielo y encontrar la paz.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Santi...*

EPILOGO

Diario de Gabrielle C. Utterson. 7 de noviembre de 2012

Lo miro, sonrío y vuelvo a mirarlo. Enfoco bien y la lente se acerca para capturar la hermosa imagen. No puedo creer que hayan pasado tres años tan rápidamente. John sonrío, toma la pequeña manita de Henry y presiono el botón. El temporizador empieza su cuenta atrás.

Corro al brazo libre, alzado con una promesa de cobijo eterno. Lanzo un beso a nuestro hijo y acaricio al padre.

Todo está bien. Miro al cielo mientras John deja al bebé sobre su cuna. Me abraza y me siento segura y fuerte, capaz de enfrentar cualquier contratiempo.

Me muestra la pantalla donde puede verse la fotografía tomada. La fachada ciega de frontón triangular y, bajo ella, una familia. Mi familia.

Revuelvo el pelo de mi esposo y le dedico una sonrisa de esas que tanto le gustan. Ya he dejado de preguntarme qué hubiera sido de mí si él no me hubiera encontrado, si no me hubiera liberado de aquella conciencia muerta.

Le amo, el me ama. Todo está bien.

FIN

AGUA EN LOS BOLSILLOS. (2011)

—¡Hola!

Escucha cómo la saluda. Aunque lleva un rato mirándolo con disimulo, intenta aparentar sorpresa al darse cuenta de que no podrá escabullirse entre el gentío, tras haber preferido mantenerse algo alejada de los grupos que charlan animadamente. Alberto camina hacia ella con esa sonrisa que ya se adivinaba atractiva en su adolescencia pero que ahora, pasados ya unos buenos veinte años, es sencillamente arrebatadora. Trata por todos los medios de controlar los nervios que siente revolotear en su estómago. Finge calma, componiendo un tímido gesto de bienvenida, y aprieta fuerte los dedos alrededor de la copa, mientras se pregunta en qué momento de locura se le ocurrió hacer clic en el «Asistiré» cuando recibió la noticia del evento por Facebook.

—Hola —responde.

—¡Cuánto tiempo! —exclama al llegar junto a ella.

Apenas recordaba ya lo alto que era, e inclina ligeramente la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos: gris muy oscuro, como una tormenta de verano.

—Sí, mucho. Es difícil reconocer a algunos —comenta.

—Es cierto. Aunque otros no han perdido las costumbres de entonces —ríe mientras le hace un gesto señalando a Pedro, el que fuera el más gamberro de la clase y que, por lo que podía ver, continuaba comportándose de una forma un tanto traviesa—. Sin embargo, tú estás genial —añade.

—Bueno, gracias —acierta a decir, sintiendo alarmada que el rubor acude a sus mejillas.

—Ven. Sentémonos y cuéntame qué ha sido de tu vida.

Únicamente con un movimiento de la mano de Alberto se ve arrastrada hasta la esquina opuesta, donde hay un par de sillones libres. Tras los cristales, el sol avanza hacia el ocaso y otorga un bello tono dorado a su masculino rostro. La invita a que elija asiento. Decide dejar el vaso sobre la pequeña mesa de cristal y escoge el sillón más pequeño para acomodarse.

—Bueno, cuéntame, ¿qué ha conseguido la niña más inteligente del curso? —pregunta con otra de esas sonrisas que consigue bloquearla.

Carla coge el bolso que aún no ha descolgado de su hombro y lo lleva hasta el regazo para tener algo que hacer con las manos sin que se le note demasiado el nerviosismo.

—Pues...

—¡Oye, Alberto! —alguien lo llama y ambos atienden—. ¡Ven un momento, mira quién ha llegado!

Mira hacia el lugar en concreto y se da cuenta que el «quién» corresponde a «una quién». Claro, no podía ser de otro modo, es imposible que Sara, la más guapa de la clase, ahora convertida en toda una beldad, falte a la reunión. Todos los chicos la rodean y ella está encantada con esa atención. Comprueba con fastidio que Alberto sonrío y sus ojos incluso brillan.

—Discúlpame, enseguida vuelvo —dice.

Se queda allí, sentada, mirando al grupo, inmóvil como una de las plantas que decoran la esquina junto a las ventanas. Se siente transportada a una edad pasada en la que su vida transcurría del mismo modo: sentada en una esquina de la estancia contemplando, oculta detrás del lápiz, cómo otros disfrutaban de cada minuto. ¿Qué esperaba? Hay cosas que nunca cambian. Debería estar contenta, al menos ya ha obtenido algo más de lo inherente a aquel encuentro. Se encoge de hombros, toma su copa y da un pequeño sorbo. Necesita centrar la atención en otro lugar, no está bien mirar hacia ellos, se siente como una fisgona estúpida. Abre el bolso buscando algo, cualquier cosa que le permita pasar unos minutos entretenida. No encuentra nada, maldice la poca capacidad del bolso y opta por probar en el monedero para localizar, aunque sea, un ticket de la compra.

Siente la presencia de alguien que se agacha a su lado y las puntas de unos cabellos negros se cuelan en su ángulo de visión. Da un respingo y oculta el monedero acercándose al pecho, antes de darse cuenta de que es él. Alberto ha vuelto. Se yergue y deja un par de copas más sobre la mesa antes de volver a ocupar el asiento abandonado. Sin entender bien qué ha ocurrido para que haya dejado a la espectacular Sara, mira hacia el lugar y comprueba que la escena sigue siendo la misma pero sin él entre los que intentan acaparar su atención.

—No sé qué tomas, pero me he permitido traerte un San Francisco.

—¡Oh! Está bien, gracias —dice nerviosa.

—¿Qué tienes ahí? ¿Fotos? —pregunta travieso, acercando el rostro hacia ella para intentar entrever algo—. Déjame verla.

Carla maldice su suerte. Probablemente él no recuerde sus rasgos de entonces con exactitud y mostrarle la fotografía únicamente servirá para traer alguna mofa a sus labios. Sin embargo, no encuentra una excusa con el suficiente peso para esconderla y se la entrega.

—¡Vaya! —Exclama divertido y ella se encoge para recibir el dardo—. No estaba equivocado: estás genial.

—Gracias —acierta a balbucear recogiendo la fotografía de entre sus dedos, evitando tocarlos—. Tú también. Siempre fuiste muy...

Alberto levanta una ceja esperando oír el final de la frase y Carla vuelve a maldecir los nervios que traicionan su lengua aliándola con sus pensamientos. Enrojece y calla.

—¿Muy qué? —sonríe.

—No sé..., ¿guapo? —intenta, acompañando las palabras con una risita idiota que pretende quitar importancia a la metedura de pata.

Alberto ríe y se acentúa en ella la sensación de estar fuera de lugar. Aquello es una auténtica pérdida de tiempo que únicamente sirve para reafirmar que no está hecha para reuniones sociales. Nunca ha salido bien parada de ellas y ésa no tiene por qué ser diferente. Mira de nuevo a su alrededor: todos siguen charlando y riendo como si nada hubiera pasado. Quizá es mejor que se marche, después de todo aún no ha ocurrido nada de lo que pueda arrepentirse al día siguiente. Está a tiempo de enmendar el error yéndose a casa, regresando a su realidad. Pasados unos días ya no recordará el mal rato pasado y continuará haciendo frente a sus problemas diarios sin tener que añadir uno más. Sujeta el bolso, ya con el monedero dentro, y se pone en pie dispuesta a marcharse.

Alberto la mira sin comprender.

—¿Qué ocurre?

—Mira, esto es un error y... Me voy a casa.

En su masculino rostro se esfuma toda señal de buen humor y compone un semblante grave que le otorga un inquietante atractivo. Agacha la cabeza y mete las manos en los bolsillos antes de volver a mirarla.

—Adiós, me ha gustado volver a verte —se despide y encamina los pasos al exterior antes de que él pueda decir alguna cosa que consiga hacerla cambiar de parecer o la deje anclada al suelo con el poder de sus ojos grises.

«La carne es débil y el corazón aún más —piensa.» Con toda probabilidad ese pequeño aspecto de la vida es el culpable de que resolviera acudir allí.

Llevaba tanto tiempo desoyéndolo que seguramente gritó más de lo habitual para hacerse notar por encima del pensamiento racional. Pero ya tiene suficiente material para continuar otros veinte años volviendo la espalda al pasado, a la solitaria e incomprensible infancia y adolescencia; para regresar a su aburrida pero práctica vida, oculta en el anonimato que ofrece una ciudad como Barcelona.

En el exterior todo sigue su curso normal, nada ha cambiado. Los automóviles y las personas caminan de un lado a otro por la Gran Vía, unas solas y otras acompañadas. ¿Y qué más da? ¿Qué le importa? Levanta la mano al ver la luz verde de un taxi y se acerca rápidamente a la acera para abrir la puerta de los asientos traseros.

—¡Carla, espera! —oye a su espalda—. ¡Carla!

La insistencia consigue que gire el rostro para ver sorprendida que Alberto corre hacia ella. Los bajos de su americana vuelan tras él como si fuera la capa de un superhéroe salido de una fantasía absurda para salvarla de un peligro inexistente. Cuando llega junto a ella no es capaz de encontrar algo que decir, pero a él no parece importarle lo más mínimo. Le sujeta la puerta para que ella pueda entrar y, alucinada, comprueba que se acomoda a su lado.

—¿Adónde vamos? —pregunta el taxista elevando la voz por encima de la de Alanis Morissette cantando *Head over feet*.

—Ample, número veintiséis —responde él—. No puedo dejarte ir sin cenar —explica.

—Pero...

—No hay peros.

—¿Y la fiesta?

—¿Qué tiene de interesante esa fiesta? Conozco de sobra a todos los asistentes.

—También me conoces a mí.

—No del todo. No eras demasiado comunicativa, siempre metida entre tus libros y apuntes. Espero que eso haya cambiado algo con la edad.

—¿Y qué esperas encontrar?

—No espero nada. Me dejo llevar.

El trayecto se le hace eterno, sobre todo porque no encuentra nada más que decir. Alberto se limita a charlar con el taxista sobre las noticias que emite la radio y de esa forma descubre que consiguió terminar sus estudios y realizar la carrera de periodismo. Todo un logro para el que fuera un negado en el

colegio, piensa mirándolo reojo. ¿Cuántas sorpresas más esconde?

Al llegar a destino paga la cuenta y sale del coche, esperando paciente con la puerta abierta a que ella lo siga. «Me dejo llevar», está bien, ella también puede hacerlo, por una vez.

Dentro del restaurante, las paredes de piedra, la luz indirecta y el acogedor diseño se apoderan de ella, sintiéndose transportada a una de aquellas pequeñas pero lujosas casas rurales de la montaña, con madera por todas partes. Los comensales hablan en voz baja y el camarero los acompaña hasta una mesa al final del salón. Servilletas rojas para vajilla negra y una pequeña velita creando un ambiente tranquilo y distendido.

Como un perfecto caballero de brillante armadura, Alberto retira la silla y espera a que ella la ocupe antes de dirigirse a la propia. El camarero deja las cartas sobre la mesa y desaparece discretamente.

—Qué bonito es esto.

Él no dice nada, deja que siga bebiendo de la belleza del lugar y, con una sonrisa indescifrable, mete la nariz en el menú.

—¿Tienes hambre?

—No demasiada.

—Podemos elegir algunas tapas. Si te apetece.

Ella se encoge de hombros y asiente. El camarero se acerca y Alberto se encarga de pedir tres platos compuestos por cosas como pastel de pato, “chupa-chups” de queso y gambas a la plancha con salsa de menta, además de un vino recomendado por la casa.

—Bien —dice, cruzando los brazos sobre la mesa y centrando toda su atención en ella, una vez que vuelven a ser dos—, ahora puedes contarme, con todo detalle y sin interrupciones, qué ha sido de ti en estos años.

—¿Y a qué viene tanto interés? ¿Pretendes usar la información para uno de tus artículos? —responde Carla devolviéndole la sonrisa cuando él frunce el ceño—. Es broma. Estudié gestión de empresas y tengo mi propio negocio.

—Qué interesante, ¿qué vendes?

—Amor —él levanta ambas cejas—. Es una web de relaciones y contactos en internet. Como una red social para buscar pareja.

—¿Y qué opina tu marido o novio de que dediques el tiempo a las relaciones de otros?

—No tengo pareja.

—No puedo creerlo —se muestra sorprendido—. ¿Dedicándote a eso te

has olvidado de ti misma?

—No exactamente —sonríe tímidamente—. Tuve mi propia historia, sólo que... No tuvo un final feliz.

—¿No llevaba agua en el bolsillo? —pregunta, consiguiendo sacarla del malestar producido por los recuerdos.

—¿Cómo? —Y no puede evitar sonreír.

—¿Recuerdas aquellos ejercicios de redacción a los que nos sometía doña Antonia?

Carla asiente divertida.

—Los recogía y después los volvía a repartir para que nosotros mismos corrigiéramos a nuestros compañeros —apunta ella.

—Pues una vez me tocó uno de los tuyos. Contabas la historia de una princesa codiciada por muchos príncipes y, agobiada por el problema, impuso como regla que únicamente aceptaría al hombre que pudiera llevarle agua en el bolsillo.

Carla sonríe divertida y Alberto ríe con ella.

—¿Cómo es posible que te acuerdes de eso? ¡Qué vergüenza!

—No debes tenerla, también recuerdo que, para mi absoluta decepción, no encontré ni una sola falta que corregir en el texto.

—Quizá las hubiera y no las viste.

—Puede ser —acepta él—. Durante esa época hubo muchas cosas que me pasaron desapercibidas y, si les hubiera prestado la atención adecuada, quizá mi presente sería muy distinto.

—¿Cómo cuáles? —pregunta interesada.

—Tú.

Baja la mirada para ocultar un nuevo sonrojo pero, antes de que pueda recuperarse, encuentra a Alberto de pie a su lado. Lo mira sin comprender qué se propone y observa cómo se lleva un dedo al rostro, bajo el gris de un ojo, para advertirla de que siga sus movimientos. La misma mano se introduce en el bolsillo del pantalón y extrae de él un diminuto papel del que le hace entrega. Lo abre con manos temblorosas y lee: «agua».

Abre los ojos y la imagen es la misma. No ha cambiado en absoluto, aunque calcula que su fantasía debe haber durado unos buenos diez minutos. Toma otro sorbo de la copa y cruza una pierna por delante de la otra mientras continúa apoyada contra la pared comprobando que, por mucho que su

imaginación se dispare, la realidad es muy distinta; tanto que sigue siendo molesta. Baja los ojos hasta el suelo. Quizá deba marcharse ya. Total, nadie notará la falta puesto que no han reparado en ella aún.

—¡Hola!

El saludo la coloca en alerta y levanta el rostro para ver de quién procede. Alberto, muy parecido al aspecto que tuvo en su imaginación, se encuentra frente a ella.

—Hola —responde.

—¡Cuánto tiempo!

—Sí, mucho. Es difícil reconocer a algunos —repite, completamente sumergida en aquel *déjà vu*.

—Es cierto. Sin embargo, tú estás fantástica.

—Gracias —acierta a decir.

—Ven. Sentémonos y cuéntame qué ha sido de tu vida.

FIN

SEGUNDA OPORTUNIDAD (2004)

INTRODUCCIÓN

Hernández, Hernández, Hernández, sí Hernández Vargas. Allí estaba. Adrián anotó la dirección en un pequeño papel. La idea de buscar a algún familiar resultó positiva. Volvió a dejar la guía de teléfonos en su sitio y cogió su pequeña mochila de camino a la puerta. No estaba demasiado lejos, a lo sumo tardaría unos veinte minutos en llegar.

El tráfico de Madrid era terrorífico a aquella hora del día y maldijo entre dientes haber tomado la decisión de acabar con el encargo lo más rápido posible. El conductor de delante hizo una parada en seco y Adrián pisó el pedal con furia a la vez que soltaba una serie de improperios dedicados a aquel energúmeno. Debía tranquilizarse, su trabajo no admitía nervios, tenía que conservar la calma.

Llegó a la dirección de destino, pasado unos minutos. Dejó el coche en una calle adyacente y se encaminó hacia la casa que buscaba mientras observaba la red de hilos telefónicos. A aquella hora en que empezaban a trabajar en las oficinas, muy poca gente deambulaba por la zona y se acercó, tras verificar que nadie había reparado en él, a la caja donde se conectaba el hilo telefónico de la casa que le interesaba.

Sacó de su mochila el pequeño detector de tonos y lo aplicó concienzudamente, para después ocultarlo. Una vez finalizado el trabajo, se dirigió de nuevo hacia su coche y realizó la llamada desde el teléfono móvil. Una llamada que sin duda desencadenaría otra: la que él esperaba.

—¿Diga? —le contestó una voz de mujer.

—Buenos días, quisiera hablar con Mina Hernández.

—¿Qué quiere de ella? —la voz era muy cortante y seria, dedujo que sería probablemente el familiar que buscaba— Lo siento pero no vive aquí.

—Tan solo quería que supiera que voy a... Matarla.

La comunicación se cortó inmediatamente. Sabía que en aquel momento la mujer que había contestado al teléfono se hallaría en un tremendo estado de nervios y eso la llevaría a realizar la llamada que le indicaría donde buscar a Mina. Esperó pacientemente a que aquella esperada reacción se produjese. Sentía haber tenido que proceder de aquella forma, dándole un tremendo susto a la mujer, pero era la forma más rápida para obtener un área donde buscar.

Pasada media hora de su llamada, salió del coche y se encaminó despacio

para recoger el detector. Se acercó cautelosamente y lo desconectó con rapidez para alejarse de nuevo. Una vez en el coche conectó el aparato a su celular y apretó el botón de reproducción. Instantáneamente apareció el número marcado en la pantalla. ¡Bingo! Por el prefijo supo que debía dirigirse a Barcelona.

CAPITULO 1

Desde luego podía decir que su trabajo era duro, aunque también emocionante. Ser un detective privado era arriesgado pero le reportaba grandes beneficios. No importaba qué tenía que buscar, unas veces era un objeto, otras documentos. Incluso personas. El caso era que no recordaba cuando empezó a realizar esos trabajitos, unas veces fáciles y otros tremendamente complicados. No pensaba desde luego dedicarse a aquello durante toda su vida, tenía planes para el futuro, pero por ahora y mientras el cuerpo aguantara así sería.

Volvió a mirar la foto que el Sr. Vázquez le había dado. «Mina —, se repitió mentalmente.» Era una mujer muy hermosa, de una belleza clásica que no pasaba de moda. Pelo rizado y abundante a la altura de los hombros, ojos marrones, nariz pequeña y redondeada y labios perfectamente dibujados. Su rostro no mostraba nada realmente fuera de lo común, ningún rasgo que pudiera llamar la atención particularmente, pero en conjunto formaban una cara preciosa. Intentó imaginarla acompañando al hombre que lo contrató y fue imposible: no "pegaban". Sí, esa era la palabra, no pegaban. Nada en común, fisiológicamente hablando, claro. Evidentemente, no la conocía y al hombre solo lo había tratado durante unos diez minutos, pero se jactaba siempre de saber qué tipos de personalidades se escondían detrás de los rostros y, los de aquellos dos, no eran... ¿Cómo decirlo? Compatibles. Nada tenía que ver la diferencia de edad, desde luego. Durante su vida había conocido parejas que distaban en años vividos y se complementaban perfectamente, así que no adujo a ello el hecho de que no los veía como una pareja común.

Dejó por un momento la foto de lado y se dedicó a repasar el atuendo que intentaba colocarse, sin que se le cayera nada. Todos aquellos cierres de velcro amenazaban con abrirse cuando no debían.

La investigación había sido lenta pero daba sus frutos. Sabía de ella lo poco que el Sr. Vázquez, su marido, le dijo. Tenía por costumbre no hacer más preguntas de las necesarias. Él no era quién para juzgar a nadie y saber nada más allá de lo que le encargaban que hiciera. Así había sido durante todos los años que llevaba en la profesión y así debía seguir. Cumplir con lo estipulado y olvidarse del tema. Nada más.

Gracias a que era una mujer muy activa, socialmente hablando, logró

localizarla tras interminables y aburridas charlas con la flor y nata de la ciudad, visitando los lugares de moda, al tiempo que se hacía pasar por un viejo amigo que intentaba retomar la relación tras años de haber estado instalado en el extranjero. Sabía, por algunos detalles desprendidos de comentarios que hiciera su contratador, que tenía facilidad con los negocios y que no era mujer de clausuras, además de que jamás pasaba más de un semestre en el mismo lugar.

Los anuncios de la gran sala de baile y espectáculo estaban repartidos por toda la ciudad, llamando la atención de todo aquel que buscara un lugar de recreo y diversión. Sabía que no debía llevar mucho más de un año en la ciudad y, sin embargo, su negocio marchaba a la perfección. Había ocultado su identidad tras capas de sociedades fantasma, pero no comprendía cómo había sido tan poco avispada como para poner el mismo tipo de local que una vez su propio marido le ofreciera crear. Desde luego, según el propio Sr. Vázquez sabía cómo manejarlo. Quizá esa había sido la razón. Bueno, pensó, después de todo, aquel lugar le ofrecía la posibilidad de una tapadera perfecta para poder acercarse a ella y cumplir con su cometido.

—¿Estás preparado? —una voz de hombre que reconoció como la del jefe de sala interrumpió sus pensamientos.

—Sí, solo dame un par de minutos más.

—Bien, vamos con algo de retraso. La música ya está preparada. Espero que no me defraudes, la dueña hoy está en la sala y no quiero que nada salga mal.

—Tranquilo, como te dije, soy un profesional.

Aquel tipo era lo más espartano que Adrián había conocido en su vida. Se notaba que se tomaba el trabajo de una forma completamente personal, como si todo su mundo se redujera exclusivamente a ello. La noche anterior, cuando lo conoció, le costó lo inimaginable que le contratara pero lo consiguió gracias a un golpe de suerte un poco forzada por su parte: un accidente previamente preparado que produjo la baja inmediata del hombre al que iba a sustituir. La verdad es que no tenía en mente precisamente ese tipo de trabajo, le habría ido perfecto ejercer de camarero o algo así, pero desgraciadamente no disponía de mucho tiempo y el titular de aquel puesto se le había puesto a tiro primero. Así que no tuvo más remedio que echarle un par y tomar el relevo. Afortunadamente dedicaba parte de cada uno de sus días a cuidar de sí mismo, gracias a eso poseía un cuerpo atlético que le había reportado

pintorescos y variados piropos a lo largo de su vida de parte de mujeres y hombres. Esa vez, le ayudaría a conseguir lo que necesitaba.

Se acercaba el momento. No estaba nervioso, después de todo, el panorama que se presentaba no era demasiado peligroso. Terminó de repasar su ropa y se acercó al pasillo que daba acceso a la entrada del escenario.

CAPITULO 2

—¿Cómo va todo?

—Bien señora, hemos tenido un problema con el espectáculo que estaba proyectado pero ya está solucionado —informó el jefe de sala.

—¿Qué problema?

—Armando, el bailarín, ha tenido un accidente. No se preocupe, no es grave —añadió al ver la cara de Mina— Pero le impide trabajar, al menos por un tiempo.

—Bien, ¿y a quién tendremos hoy?

—Verá ayer mismo un hombre vino solicitando empleo y en vista del terrible dilema que se presentaba lo contraté para suplir la vacante temporal.

—Bien, ¿y qué hace?

—Es un boy. Tenga, este es uno de los folletos de una de sus actuaciones. Hoy mismo me lo ha dado.

—¿Un boy? Sergio, no tengo nada en contra pero sabes que ese tipo de espectáculos encasillan los locales.

—Lo sé señora, pero en vista del poco tiempo del que disponíamos no tuve otra opción.

—Bueno, hiciste bien, tampoco podemos permitirnos el lujo de anunciar un espectáculo y luego no presentar nada. Mándale unas flores a Armando con una tarjeta de mi parte, ¿querrás hacer eso por mí?

—Desde luego señora —contestó Sergio con una sonrisa.

Debía estar contenta, después de todo el local funcionaba perfectamente y le rendía grandes beneficios. Hacía más de cuatro años de su "desaparición" y desde entonces nadie había logrado encontrarla. Aunque en un par de ocasiones trataron de localizarla mediante su hermana, la sangre no había llegado al río y todo quedó en agua de borrajas.

Se tomó muchas molestias para que nadie pudiera seguirle el rastro. Cambió sus apellidos, aunque conservando su nombre, le gustaba y después de todo, ¿qué podían hacer con tan sólo un nombre de pila? No creyó que fuera un dato importante. Gracias al dinero que tenía guardado desde antes de casarse y del que no había tocado nada durante su matrimonio pudo salir a flote y montar el negocio que ahora la mantenía.

Su matrimonio, pensó, sería mejor dejar de pensar en él, cada vez que lo

hacía le cambiaba el humor.

Miró a su alrededor, los asistentes esa noche estaban muy animados, casi todo eran mujeres, ¡bien! «El cambio les gustará —,pensó para animarse.» Miró el folleto que Sergio le había dado, en ella se mostraba un torso masculino muy seductor y bien trabajado. Aunque sabía que por lo general las fotos que aparecían en los folletos publicitarios no eran los que correspondían al artista, no pudo menos que sentirse interesada. Desde luego, el largo período que llevaba sin tener sexo comenzaba a hacer mella pero en el momento actual de su vida no podía permitirse el lujo de comenzar ningún tipo de relación. No hasta que solucionara sus problemas y debía admitir que los tenía algo aparcados, pensó tristemente. Se limitaba a "seguir viviendo" pero en realidad lo que realmente hacía era "seguir escapando".

Las luces se apagaron y un potente foco iluminó el escenario, la música cesó. El silencio se extendió por los asistentes, expectantes ante el comienzo del espectáculo. Sergio apareció y se dirigió al público como era costumbre para hacer la presentación pertinente. Mina se sentó en uno de los taburetes a un lado del escenario, desde allí podría verlo sin hacerse notar demasiado.

—Buenas noches, señoras y señores. Lamentamos informarles que no podrán disfrutar del espectáculo que teníamos preparado para hoy —un gran «oh» retumbó en la sala—. Pero tengo la absoluta certeza de que lo pasarán en grande con lo que les hemos preparado, en especial las damas...—rio—. Tengo el placer de presentarles a.... Dragón.

Sergio desapareció del escenario rápidamente y se encendieron otras luces, doradas y blancas que rodeaban el parquet. En el acto, los altavoces comenzaron a emitir los primeros acordes de "Sweetest perfection" de Depeche Mode y apareció el hombre más increíble que Mina hubiera visto. Alto y de pelo negro se paseaba por el escenario como si lo hubiera estado haciendo durante toda su vida.

Adrián vestido de esmoquin comenzó a caminar siguiendo los compases de la música, de forma deliberadamente lenta, a la vez que buscaba con la mirada el rostro de la mujer que le interesaba localizar. Comenzó a bailar, realizando movimientos felinos y sensuales, rozando con las manos partes de su cuerpo a modo de caricia, levantando los brazos al cielo para luego caer sobre el suelo en un rápido gesto a la vez que se deshacía de la chaqueta y la pajarita mientras volvía a ponerse en pie.

Entonces fue cuando la vio. Era muchísimo más hermosa al natural. Allí

estaba, sentada a su derecha sobre un taburete y totalmente absorta en los ejercicios que él realizaba. Se encaminó hacia allí y clavó los ojos en los de ella mientras cruzaba los brazos en el pecho y agarrando la camisa por los hombros se la arrancó literalmente descubriendo su torso, moreno y musculoso. El brillo de deseo que leyó en sus pupilas le agradó y no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción a la vez que echaba la cabeza hacia atrás y se recogía el pelo con las manos, marcando así todos y cada uno de los músculos. Volvió a dirigirse al centro del escenario poco a poco, volviéndoles la espalda por un momento para luego girar la cabeza. Su pelo largo y negro se le pegó a la húmeda frente, ya perlada por las gotas de sudor, y con una sonrisa terriblemente atractiva brindada al personal, se pasó la lengua por los labios y comenzó a mover las caderas sensualmente. Volvió a girarse con un rápido movimiento para bajar las manos por el pecho, pasándolas tensamente por su moldeado estómago hasta las perneras del pantalón y también los hizo desaparecer, quedando con un minúsculo tanga color negro, que no dejaba nada a la imaginación. Volvió a acariciarse el cuerpo con las manos, cuidando de que en su rostro todas las mujeres pudieran leer el placer que le supondría que fueran las suyas las que lo acariciarán. La música terminaba, así que dándoles de nuevo la espalda comenzó a dirigirse hacia la salida, justo antes de terminar la canción y abandonar el parquet, de un pequeño tirón arrancó el tanga que lanzó hacia atrás sin volverse a mirar donde caía.

CAPITULO 3

No podía creer que con tan solo un puñado de rítmicos movimientos, ese hombre hubiera podido excitarla de aquella forma. La manera en que la miró y cómo lo miró ella cuando se acariciaba...

¡Pero bueno! ¡Parecía una adolescente! Él sin duda la había mirado a ella igual que podía haber mirado a cualquier otra mujer. Era su trabajo y debía reconocer que lo hacía a la perfección. De ningún modo debía pensar que lo que había presenciado estaba dedicado exclusivamente a ella ¡Por Dios! Si ni siquiera la conocía.

Varias asiduas al local se acercaron para hacerle llegar sus felicitaciones por el último "fichaje". Mina las recibió con una sonrisa intentando aparentar seguridad, repitiendo que había sabido desde el principio que les gustaría.

—Oh! Mina ha sido increíble ¡Qué hombre! ¡Qué maravilla!

—Gracias Tatiana, celebro que te haya gustado.

—¿Gustado? Eso es poco querida, a mi edad ya no recordaba cómo es una anatomía masculina perfecta y he descubierto zonas de mi cuerpo que no creía que pudieran temblar —añadió con una carcajada a la que Mina respondió con una sonrisa— He de pedirte un favor Mina, verás, necesitaré los servicios del "boy" para una pequeña fiesta de despedida de soltera que me ha tocado organizar, ¿serías tan amable de hacerle llegar mi tarjeta? Y por supuesto estás invitada, espero que no faltes.

—Bien Tatiana, se la daré.

—Gracias Mina, no sabes cómo te lo agradezco, estoy segura que a Zhoe le encantará la sorpresa ¡Dios, ya lo creo que le encantará!

Asearse en el pequeño camerino era complicado pero con una pequeña toalla y algo de agua consiguió quitarse parte del sudor acumulado, al menos lo suficiente hasta que pudiera tomar una buena ducha en el apartamento alquilado. Aquellos focos eran terribles, pensó mientras se colocaba los pantalones. El sonido de unos golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos.

—¡Adelante!

Una melena negra y rizada apareció tras la puerta entornada. No podía creer su buena suerte. Era ella: Mina.

Entró poco a poco y con algo de timidez, cerrando la puerta tras de sí e intentando recomponer el rostro ante la sorpresa de encontrarlo a medio vestir. Su cuerpo todavía intentaba superar la excitación que había sentido y tener tan cerca el torso descubierto, origen de esos problemas, no ayudaba en absoluto. Desclavando la mirada del hermoso pecho, algo que le llevó más de lo que hubiera deseado, buscó en su pequeño bolso la tarjeta que Tatiana le diera.

—Vengo a traerle esto —no sabía adónde mirar para que él no notara cuanto le trastornaba la situación.

—¿Qué es? —preguntó a la vez que tomaba la pequeña tarjeta que ella le tendía.

—Una clienta desea contratarlo para un trabajo extra, ahí tiene su número de teléfono para que lleguen al acuerdo pertinente — decidió que mirarle a los ojos sería suficiente.

—Gracias —jamás hubiera pensado que tendría tanto éxito.

—De nada —contestó a la vez que ya emprendía la retirada. Pero, ¿qué estaba haciendo? Ella era una mujer madura y de negocios que todavía no había hablado con la persona contratada. Al menos debía hacerle saber que había realizado bien su trabajo, así volvió a enfrentarlo— Por cierto Sr. Ferro...

—¿Sí? —preguntó Adrián levantando la mirada de la tarjeta para clavarla en sus ojos.

—Su actuación ha estado bien.

—¿Sólo bien? Por su mirada mientras bailaba hubiera jurado que le había gustado bastante más que eso.

El sonrojo que cubrió el rostro de Mina, le dio un toque de humanidad a aquella mujer que pretendía mostrarse fría. Fue durante un escaso segundo, pues se recuperó de inmediato, y volvió a cubrirse con la máscara de la indiferencia.

—Haré como que no he oído esa impertinencia, ya que no sabe con quién está hablando —aclaró con la mano en el pomo de la puerta y dispuesta a alejarse lo más rápidamente posible de aquel hombre que tiraba por tierra todo su autocontrol.

—¿Y con quién se supone que tengo el placer? —preguntó Adrián con una sonrisa. Por supuesto que sabía quién era ella.

—Soy Mina, Sr. Ferro. La dueña de este local— dijo tajante intentando aparentar una seguridad que no sentía en aquel momento.

—No veo la diferencia —dijo todavía sonriendo, se estaba divirtiendo de lo lindo viendo como se debatía entre el deseo de tocarle y la necesidad de mostrarse serena y dominando la situación— Al fin y al cabo, dueña o no, es usted humana. Y los ojos con los que me devoraba, al igual que cuando ha entrado aquí, eran los de una persona increíblemente excitada.

Mina no supo qué decir. Era increíblemente atractivo sí, pero también terriblemente engreído e intratable. ¿Cómo se había atrevido? Todavía con la lengua trabada ante la gran verdad que Adrián había expresado tan abiertamente, Mina salió fuera del camerino y cerró más fuertemente de lo que sin duda calculó. Caminó rápida y enérgicamente por el pasillo, presa de una furia como no había sentido hacía tiempo. Desde luego no podía rebatirlo, puesto que era totalmente cierto, y no se sentía demasiado bien consigo misma por el descubrimiento de esa debilidad.

¡Qué demonios! Sí, ella era una mujer, sí y él un hombre ¡Desde luego! Un hombre propietario de un cuerpo de escándalo que utilizaba en su beneficio ¡Maldito fuera! Y su beneficio era precisamente ese, seducir bailando ¿Acaso la excitación no era lo que esperaba? ¿A qué venía ahora eso de echárselo en cara? ¡Que se fuera al diablo, él y todos los hombres como él!

Desde luego no podía decir que fuera una mujer sin carácter. ¡Menuda pasión! Debió haberlo imaginado al leer en sus ojos tanto deseo y, desde luego, debió haber sido más cuidadoso. Esa costumbre suya de llevar a las personas a un estado de nervios tal que cometieran cualquier desliz y así adivinar sus verdaderas intenciones no era correcto aplicarlo en cualquier situación. Aquella mujer requería a alguien con más tacto. Pero por Dios que le sería difícil conseguirlo.

Volvió a echar un ojo a la tarjeta que Mina le había dado. “Tatiana Bergara” la dirección y un número de teléfono. Bien, debería seguir con aquello y asistir. Si Mina se había tomado la molestia de traérsela personalmente quería decir que la tal Tatiana era lo suficientemente importante, así que no acudir levantaría sospechas y problemas que debía evitar si quería llevar a cabo aquel encargo con éxito. Además, si todo era tal

como pensaba seguramente ella acudiría también. ¡Fantástico! Tendría una nueva oportunidad de acercarse y... seguirla.

CAPITULO 4

Aquella mansión gritaba "dinero" a los cuatro vientos. Era un caserón estilo Tudor con escalinatas de mármol blanco que daban acceso a una puerta de madera enorme y bellísimamente tallada. El jardín que la rodeaba, aún a aquella hora tardía, se veía sencillamente maravilloso, iluminado por pequeños farolillos colocados en sitios estratégicos y rodeado por muretes y rejas para impedir la entrada de aquel que no fuera invitado. Pagó al taxista que enseguida le dio las buenas noches y se marchó.

Cargando su mochila a la espalda, caminó despacio hacia el porche. La gravilla crujía suavemente bajo sus pies, el único sonido que llegó a sus oídos fue precisamente ese crujido acompañado de algún que otro emitido por los grillos camuflados entre la frondosa vegetación. Una vez en la puerta tomó la aldaba y la estrelló contra la chapita metálica varias veces. Unos pasos rápidos y seguros llegaron desde el otro lado y alguien abrió lo suficiente para dejar ver a un hombre de mediana edad que debía hacer las veces de mayordomo.

—Buenas noches, soy Adrian Ferro.

—Buenas noches, señor —dijo el hombre abriendo ya la puerta totalmente— Adelante, por favor.

Adrián traspasó la entrada para penetrar en la gran casa. Si bella era por fuera por dentro cortaba el aliento. Las muestras de riqueza y elegancia eran patentes en cada rincón donde posaba la mirada. El suelo era la extensión de la entrada, alicatado en su totalidad por el mismo mármol blanco. Hermosos muebles bajos, de estilo provenzal, resaltaban y decoraban la estancia como complemento de unas paredes de color crema, de las cuales, colgaban maravillosos cuadros renacentistas.

—Sígame, si es tan amable.

—Por supuesto.

—El mayordomo le guió hasta una pequeña habitación. Desde allí podía escuchar las voces de las mujeres reunidas en un salón adyacente.

—¡Que agradable sorpresa Sr. Ferro! Me alegra sobremanera que haya sido puntual. —Una mujer de unos cuarenta y cinco años, elegantemente vestida y ligeramente maquillada, apareció detrás del mayordomo.

—Supongo que usted debe ser la señora Bergara —dijo tomándole la mano

para besarla— es un verdadero placer conocerla —le brindó una de sus mejores sonrisas.

—¡Que galante de su parte! Veo que no solamente es capaz de seducir usted con su arte —respondió con una tonta risita.

—¿Seducir, señora? Digamos que he caído embelesado ante tanta belleza —aquello sí que era dorar la píldora pero debía ser así si quería ganarse la confianza necesaria para llegar hasta Mina.

—¡Oh! Es usted un verdadero adulator —rio de nuevo—. Bueno no quiero entretenerle más, puede cambiarse aquí, yo prepararé todo tal como quedamos por teléfono.

—Perfecto.

—Mario vendrá y le guiará hasta el salón una vez que esté usted listo.

—De acuerdo.

—Hasta ahora entonces —dijo antes de dar la vuelta y desaparecer de nuevo seguida del mayordomo.

Abrió su mochila y extrajo de nuevo el esmoquin alquilado para sus actuaciones. Mientras se quitaba la camiseta y el vaquero con el que había llegado, no pudo dejar de pensar que todo aquello era un terrible error. Quizá no hubiera debido aceptar pero, pensándolo bien, no hacerlo habría supuesto que Tatiana tampoco hubiese contactado con Mina y cabía la posibilidad de que ella desconfiara. Se suponía que él necesitaba el dinero y no podía permitirse el lujo de rechazar semejante oferta. Bien, ya estaba hecho, pensó mientras terminaba de cerrar los velcros del pantalón.

Una vez estuvo vestido para la ocasión abrió la puerta y Mario, el mayordomo, comenzó a caminar hacia la siguiente. Cuando éste se disponía a abrirla Adrián se lo impidió.

—Un momento por favor —le dijo al contrariado mayordomo —necesito que coloque usted esta música para hacer la entrada —continuó tendiéndole el CD que había traído consigo.

—¡Oh perdone! Claro yo no... —dijo el hombre excusándose.

—No se preocupe supongo que no debe hacer este tipo de cosas muy a menudo, ¿verdad? Bien, tranquilo, yo abriré, usted hágase cargo de que la música suene.

—De acuerdo.

El ambiente era totalmente festivo, las mujeres asistentes charlaban animadamente alrededor de la gran mesa rectangular que presidía el salón, cubierta por un hermoso y elaborado mantel blanco. La luz que proyectaban las diferentes lámparas de panel beige, daban a la estancia la sensación de calidez y sensualidad perfecta para aquel momento.

—Zhoe querida, el espectáculo que te he preparado está a punto de comenzar, por favor, debes ocupar la silla vacía que hay delante de la mesa – indicó Tatiana mientras llenaba ella misma las copas de cava –bien y esta para nuestro invitado especial –comentó con una sonrisilla.

—¡Oh! Tatiana, no deberías haberte molestado –comentó Zhoe.

—No es una molestia, querida. Ha sido un verdadero.... placer –añadió mientras alzaba los ojos al cielo como recordando el estremecimiento que experimentó en la sala de Mina –Debemos agradecer a Mina la oportunidad de conocer a semejante ejemplar –rio con ganas.

—No creo que sea para tanto –dijo Mina.

—Sí lo es, querida –contestó Tatiana— Acabo de conocerlo en persona y te aseguro que es todavía más increíble si cabe.

Mina reprimió un bufido recordando la última conversación que había mantenido con él. ¿Ejemplar? Desde luego, era un buen ejemplar de machista redomado. Y para colmo debía volver a verlo. Si no fuera porque Tatiana llevaba grandes grupos de personas a su local no hubiera asistido. Debía contenerse y poner buena cara, aunque por dentro tuviera ganas de salir corriendo. Interiormente sabía que estaba siendo un poco hipócrita con ella misma, en realidad, sólo saber que tendría la oportunidad de volver a disfrutar del cuerpo perfecto de aquel hombre la excitaba. La sensación de aquellos pensamientos contrapuestos la confundía como no lo había hecho en mucho tiempo.

—Vamos, vamos, Zhoe siéntate allí, no hay tiempo que perder –indicó Tatiana.

—Lo siento, Tatiana pero yo.... no sé... Siempre he sido muy tímida para estas cosas, por favor no me hagas esto.

—¿Pero qué? –bufó Tatiana— No puede ser, Zhoe. Debes hacerlo, alguien debe ocupar la silla.

—No puedo, Tatiana –comentó tímida— No soy capaz.

—¡Oh bueno! –dijo Tatiana un poco decepcionada— el caso es...

La música comenzó a sonar y todas callaron. Mina esperó pacientemente a ver cómo se las arreglaría el hombre al ver que nadie ocupaba la silla. En el último instante antes de que Adrián apareciera Tatiana colocó la última copa de cava justo en frente de la silla desocupada.

Adrián oyó los primeros acordes de la música elegida y abrió la puerta entrando poco a poco pero con paso decidido. Se sorprendió al ver que la silla que debería ocupar la futura casada no estaba ocupada. Demasiado tarde para retroceder o pedir explicaciones, siguió con su actuación. Aprovechó un momento en que la música era algo más lenta para estudiar los rostros de las asistentes, mientras se deshacía de la chaqueta.

Mina, estaba bellísima aquella noche, ataviada con un corpiño de satén negro y unos pantalones de corte muy elegante del mismo tejido, lo miraba tranquila y segura en su posición de espectadora secundaria. «¡Cuán equivocada está! —pensó Adrián.»

Si Zhoe, la homenajeadada aquella noche, no había querido ocupar su lugar desde un primer momento, dedujo que no lo haría por mucho que insistiera, así que se dirigió hacia ella, debía guardar las apariencias. Tomó su mano y la besó delicadamente haciendo a la vez un leve gesto para hacerle entender sus intenciones. Tal y como Adrián pensó, Zhoe movió la cabeza con una sonrisa tímida dibujada en el rostro, informándole de su negativa. Con un grácil movimiento, Adrián volvió a besar su mano, depositó en ella su pajarita y pasó a la asistente siguiente, sentada justo al lado. Separó su silla de la mesa y con un lento pero agresivo movimiento pasó su pierna por encima de ella quedando semisentado en el regazo de la mujer, frente a frente. Los dedos de Adrián dibujaron el rostro de la invitada, mas esta no hizo movimiento alguno que le hiciera comprender que cooperaría en su actuación. Bien, pensó, tal y como había imaginado.

Mina cada vez más nerviosa, viendo que el avance de Adrián se acercaba inexorablemente a ella, cruzó las piernas y escondió las manos entre ellas, fuertemente, con la esperanza inconsciente de que sus caricias no le afectaran en lo más mínimo. Antes de que se diera cuenta Adrián estaba frente a ella, mirándola directamente a los ojos, con determinación, desafiándola a que aceptara su petición. Mina se perdió en aquella mirada agresiva y varonil

acompañada por los acordes sensuales que inundaban sus oídos. Adrián la tomó de las manos, desenterrándolas de su lugar, y aunque Mina intentó por todos los medios hacerle saber que allí estaban muy bien, él no se dejó amilantar.

Prácticamente se sintió arrastrada a la silla objeto del espectáculo. Adrián no le dio apenas tiempo de reponerse cuando ya estaba delante de ella impidiendo que se levantara de allí. Ocultando el rostro al resto de las asistentes por un momento, éste le guiñó un ojo y le brindó una sonrisa llena de picardía que Mina no supo cómo interpretar.

Comenzó entonces el verdadero espectáculo. Adrián siguió en la tónica de movimientos lentos, sensuales y acompasados, hasta que la música llegó a sus tonos más altos y, frente a las invitadas, inclinó su cuerpo antes de arrancarse el pantalón de un ademán, dejando al descubierto sus fuertes piernas y quedando su trasero, cubierto por un trocito de tela del tanga negro, a tan sólo unos centímetros del rostro de Mina. Ésta no sabía adónde mirar pues todo su campo de visión lo cubría el musculoso cuerpo de Adrián que ahora reía internamente imaginando la incomodidad de Mina.

Había esperado que el hombre no disfrutara tanto del brete en que la había puesto pero una ligera mirada de sus ojos le bastó para advertir lo equivocada que estaba: aquel maldito estaba pasándolo en grande. Bien, pensó Mina, a esto podemos jugar los dos.

Las carcajadas que Adrián guardaba para sí, se vieron interrumpidas por el contacto de unas uñas que avanzaron desde su trasero hasta las corvas de sus piernas. Ladeando un poco la cabeza vio la sonrisa malévola de Mina. De acuerdo gatita, pensó, te gusta el riesgo... a ver hasta donde llegas.

Adrián aprovechó la posición para quitarse zapatos y calcetines y después volvió a erguirse en toda su estatura. Encarando ya a Mina, abrió su camisa rápidamente y colocando una pierna a cada lado de la silla, subió y bajó el tronco a escasos centímetros de ella. Ésta lo tomó por la cintura y sacó la punta de su lengua para acercarla al torso masculino aprovechando el vaivén de su cuerpo. La erección de Adrián fue automática y arrolladora. Jamás hubiese pensado que Mina fuera capaz de aquello pero sonrió interiormente con aprobación.

A Mina, la idea le pareció buena en un primer momento, pero pronto supo que resultaría un terrible error. Tan cerca de su cuerpo podía percibir el aroma dulzón del perfume que usaba y eso la afectó más allá de lo esperado:

tensando sus músculos, alertando cada una de las terminaciones nerviosas y alterándole los nervios que intentaba por todos los medios mantener bajo control.

La respiración agitada y entrecortada de Mina, acabó con el poco autocontrol de Adrián. Olvidándose de la expectación a su espalda, en su mente tan solo existían ellos dos. Sus manos adquirieron vida propia y comenzaron a pasearse por su propio cuerpo, lenta y armoniosamente hasta sus rodillas, punto de unión con el maravilloso y anhelado cuerpo de ella. Como si de un dibujante se tratara, contoneó en el aire la figura de la mujer: los muslos, el vientre, los senos, el cuello...

Mina no sentía el contacto directo, pero sí su calor amenazando con derretirla, convirtiéndola en puro fuego. Por fin, los dedos de Adrián rozaron su mentón, a la vez que él mismo la rodeaba, para acercarse aún más a ella. Aunque no podía verle notaba su respiración, cálida y húmeda en el hueco del cuello. Mina cerró los ojos fuertemente, reprimiendo la sensación que recorría por su espalda. Se humedeció los labios sin apenas darse cuenta, preparándose para recibir los de él, un beso que su cuerpo clamaba como agua para calmar la sed. Pero aquella deseada caricia no llegó.

A los oídos de Adrián volvieron los compases de la música devolviéndolo a la realidad. Intentando por todos los medios terminar lo más rápidamente posible ya que peligraba su salud mental. El juego en el que habían entrado era extremadamente peligroso para ambos.

De un rápido movimiento terminó de arrancarse la camisa del cuerpo y sujetándola con su mano izquierda, desenganchó el pequeño broche que sujetaba el tanga en la espalda, dejándolo caer al suelo. Se acercó lentamente a la mesa y se encaramó a ella ágilmente para quedar de rodillas e inclinándose hacia atrás, derramó sobre sí mismo el contenido de la copa de cava mientras la música tocaba a su fin.

CAPITULO 5

Aunque Adrián ya había terminado su espectáculo y desaparecido del salón, Mina no conseguía salir del estado de embeleso en el que se encontraba. Sus músculos no respondían y su mente se resistía a querer volver a la realidad. La sexualidad que había destilado durante los pocos minutos en los que le había dedicado sus atenciones formó alrededor de ella una gruesa soga que la mantenía atada a aquella silla. Sentía latir su cuerpo enfebrecido por el deseo, recientemente despertado e insatisfecho, y lo maldijo interiormente. ¿Por qué aquel hombre conseguía derrumbar sus barreras con tanto esfuerzo levantadas?

—Mina, ¿estás bien querida?

—¿Qué? Sí, estoy bien.... yo... estaba pensando —mintió intentando ocultar su sonrojo.

—Sí —rio Tatiana— seguro que estabas pensando. Tranquila querida, cualquier mujer que pasara por esto estaría igual que tú. Fíjate en María, no sale de su asombro —Mina miró a la susodicha, recientemente casada, que admitía no poder creerse que un hombre así pudiera existir—. He de decir que lo has superado muy bien teniendo en cuenta que llevas mucho tiempo sola, sin la compañía de alguien para.... aliviar tensiones —rio de nuevo—. Ven al sofá, estaremos más cómodas, ¿no te parece?

—Desde luego.

Desde el aseo, Adrián escuchaba los comentarios subidos de tono y algún que otro suspiro de las recientes espectadoras de su actuación y no pudo reprimir las carcajadas. Aún después de haber perdido el norte, por un momento, debido a los juegos de tira y afloja con Mina consiguió recuperar la cordura a tiempo y terminar de la mejor forma posible. Jamás había perdido su estimado autocontrol con ninguna mujer, pero ella... Ella tenía algo especial que conseguía hacerle caer en una cálida ensoñación en la que sólo existían ellos dos. Todo lo demás era secundario, no solo en su mente sino también en su cuerpo, y tenía la loca idea de que le gustaba demasiado.

Después de una rápida ducha y vestido de nuevo con sus habituales

vaqueros y camiseta, salió del pequeño pero elegante compartimento. Mario, el mayordomo, le esperaba pacientemente en el pasillo.

—La señora Bergara desea que se una a la reunión si no tiene inconveniente.

—Ninguno, por supuesto —de hecho, lo esperaba, pensó.

—Acompáñeme, si es tan amable.

Bueno al menos había conseguido uno de sus propósitos al aceptar aquella actuación. Era importante que fuera invitado a pasar al salón con las damas para así poder observar a Mina, seguirla al marcharse, averiguar su dirección actual e informar a su marido. Con ello cumpliría con su contrato y se acabó.

—Mario —dijo Adrián antes de entrar.

—¿Sí? Señor

—Lo ha hecho muy bien.

—Gracias, señor —contestó con una amplia sonrisa de satisfacción.

Su entrada en el salón fue la gota que colmó el vaso, las mujeres, todavía subyugadas ante la visión del magnífico cuerpo de Adrián cubierto tan solo por una ligera camisa humedecida por el cava vertido, lo miraban formando pequeños círculos con sus labios, otras aplaudían y otras simplemente corrieron hacia él, como si de imanes a un metal se tratase. Mina no se movió pero Tatiana leyó en sus ojos algo más que el deseo frustrado que hasta ahora había sentido.

—¿Ocurre algo Mina?

—Nada.

—¿Nada? —preguntó Tatiana— ¿Estás segura? Si no ocurre nada, ¿a qué viene esa mirada cargada de veneno?

—¿Pero de qué hablas? —contestó Mina quitándole hierro al asunto—. Sólo es que no entiendo tanto griterío, ni tanta tontería. Míralas, parecen una pandilla de adolescentes. Señor Ferro —dijo imitando las voces a modo de burla de las demás—, qué maravilloso espectáculo nos ha ofrecido. Señor Ferro, ha sido increíble. Señor Ferro.... ¡Por favor! —concluyó soltando un bufido.

—Sí, la verdad, es lo que parece pero deja de apuñalarlas con los ojos. Adrián te está mirando.

Efectivamente así era, aunque el hombre en cuestión estaba completamente rodeado de hambrientas y seductoras féminas reclamando su atención, Adrián la miraba fijamente con una pícaro sonrisa dibujada en los labios. Mina sintió

como su torrente sanguíneo se tornaba fuego líquido y la piel del mentón recordaba la pequeña caricia de sus dedos, erizándole el bello. No podía soportar aquello por más tiempo, debía marcharse de allí o... No quería pensar en lo que pudiera ocurrir.

Adrián notó el cambio operado en Mina al instante y, adivinando su intención, expresó su deseo de marcharse prácticamente en el mismo instante.

—¿Tan pronto Mina? —preguntó Zhoe, que se hallaba en el grupo de las paralizadas.

—Sí, tengo cosas importantes de las que ocuparme, lo siento Zhoe.

—¿Usted también, Sr. Ferro?

—Con el permiso de ustedes y de nuestra querida anfitriona, yo también he de ocuparme de otros asuntos —y añadió con una espléndida sonrisa—. No todo es baile en la vida. Así que si la Sra. Bergara es tan amable de avisar a un taxi yo...

—¡Nada de eso! —exclamó Tatiana que ante la coincidencia vio la solución perfecta— estoy segura de que Mina estará encantada de llevarle. ¿No es así querida?

—Sería magnífico si accediera —concedió Adrián clavando una significativa mirada en Mina y arqueando una negra ceja—. Me ahorraría el tener que dar las vueltas que el taxista considerara necesarias para su beneficio.

Si se pudiera matar con los ojos a una persona en aquel momento Mina habría asesinado a dos.

—Estaré encantada —contestó seca.

—¡Maravilloso! —aplaudió Tatiana—. Sr. Ferro ha sido un verdadero placer.

—El placer ha sido todo mío, señora Bergara —contestó a la vez que le besaba la mano—. Señoras —se despidió del resto—, espero verlas en otra ocasión.

—Mina —dijo Tatiana—, nos veremos en tu local.

—Siempre eres bienvenida, Tatiana.

CAPITULO 6

El coche de Mina aunque pequeño era confortable. Montaron en silencio. Mina dejó su pequeño bolso en el asiento trasero y, tras ajustarse el cinturón de seguridad, arrancó el motor. Lo manejaba con soltura y enseguida se encontraron circulando por la calles de la ciudad.

Ninguno de los dos dijo nada. Cualquier comentario que se le antojaba a Adrián le parecía anodino y carente de importancia. Se acomodó lo mejor que pudo en su asiento y se dedicó a observarla tranquilamente. Conducía relajada pero muy atenta a los coches de detrás y los que la precedían. Se la veía muy bella aquella noche. Aunque pensándolo bien, ¿en qué momento de los que le había visto no había estado deslumbrante? Sin duda entendía perfectamente por qué su marido deseaba recuperarla. No era una mujer que se deseara perder de vista. Cualquier hombre, que se preciara de serlo, estaría orgulloso de tenerla a su lado.

Su mirada se perdió en la graciosa curva del cuello y los movimientos de los músculos bajo la aterciopelada piel de éste, cuando levantaba levemente la cabeza para mirar por el retrovisor. Una, dos, tres, cuatro veces. ¿Qué ocurría? En aquel momento y rompiendo todas las reglas de conducción tranquila que había llevado hasta el momento, Mina lo sorprendió con un volantazo hacia la izquierda que hizo que Adrián se golpeará la cabeza contra el cristal de la ventanilla.

—¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esas prisas repentinas?

—Tranquilo no ocurre nada —contestó Mina sin dejar de mirar nerviosa por el retrovisor.

Justo cuando acababa de decir aquella frase otro volantazo hacia la derecha, consiguió que Adrián volviera a perder el equilibrio.

—¿Nada? ¿Estás segura? Si lo que pretendes es que me tire encima de ti, podemos arreglarlo sin necesidad de esos bamboleos.

—No es momento para mostrar sus dotes como humorista, señor Ferro. Nos siguen y debo despistar al perseguidor.

—¿Qué nos siguen? —preguntó incrédulo mientras volvía la cabeza hacia atrás— Bien, para ahí, deja el coche y sigue mis instrucciones— no iba a permitir que otro le robara el contrato.

—¿Y ahora sale su lado machista? Muy interesante, pero no creo que sea

necesario. Estoy cerca de mi casa y no voy a perder el tiempo con tonterías.

—No es ninguna broma. Mina, créame, sé lo que hago, si quiere despistar a quién la sigue, hágame caso. No conduzca hasta su casa si no quiere mostrarle dónde se esconde.

Aunque odiaba darle la razón, Mina aceptó el consejo de Adrián y paró el coche instantáneamente cerca de una entrada de Metro. Rápidamente y sin pensarlo dos veces, se deshizo del cinturón de seguridad, echó el brazo hacia atrás para recoger su bolso y abandonaron el vehículo.

—¡Rápido vamos!

Adrián la tomó de la mano y la arrastró con él, en una loca carrera hacia los mal iluminados pasadizos del famoso transporte público. Como era costumbre a aquellas horas ningún vigilante estaba en su puesto así que Adrián optó por saltarse a la torera la barrera de pago para no perder más tiempo.

En los andenes no había un alma pero conservaba los deshechos que los usuarios habían ido tirando descuidadamente durante el día. Con un ruido infernal el tren subterráneo hizo su aparición y parada obligatoria en la estación, abriendo sus puertas y acogiendo a los dos perseguidos, para después, volver a seguir su camino. Se encaminaron poco a poco y dando tumbos, hacia los asientos vacíos, sujetándose para no caer, e intentando recuperar la tranquilidad y el aliento.

Pasados unos instantes y recuperado ya el sentido común Adrián la miró esperando una explicación.

—¿Me dirás el motivo por el que te perseguían? —preguntó.

—Lo siento, pero no es de su incumbencia —contestó Mina sin ni siquiera mirarle—Esta es mi parada, gracias por la idea y hasta pronto —siguió mientras se encaminaba hacia la salida.

—Nada de eso querida señora, no voy a permitir que vayas sola después de lo ocurrido, te acompañaré.

—No creo que sea necesario, sin duda hemos despistado a... quien fuese— improvisó mientras ya bajaba del vagón.

—¡Sí, lo es! —contestó acallándola duramente y siguiéndola— Sí, lo es —repitió más suave—. Te acompañaré para verificar que llegas a casa sana y salva.

—Está acostumbrado a salirse con la suya, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Desde luego y créame que contigo me veo en la obligación de poner más

empeño— aquello sí la hizo sonreír verdaderamente.

Una brisa fresca les dio la bienvenida cuando dejaron atrás el viciado aire de los pasillos subterráneos y salieron a la calle. El silencio volvió a hacerse presente entre ellos y caminaron a paso ligero hasta la casa de Mina.

—Bien, señor Ferro. Aquí termina su obligación personal —comentó Mina mientras buscaba la llave en su bolso—. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Ya nos veremos.

—¿Así sin más? ¿Sólo me lo agradece? ¿Acaso no merezco una recompensa?

—¿En qué recompensa está pensando?

Aquello sí que la pilló desprevenida. ¿Pretendía que le pagase por lo que había hecho por voluntad propia? No podía creerlo. Aquel hombre tenía la cara aún más dura de lo que imaginó en un primer momento.

—Para empezar podrías dejar de tratarme de usted —y añadió con una sonrisilla y un brillo especial en los ojos—. Toda cita que se precie debe terminar con una despedida como Dios manda. Un beso es la recompensa perfecta, ¿no crees?

—No creo que a nuestro encuentro de hoy se le pueda llamar cita. Como tampoco creo que sea conveniente dejar de tratarlo de usted. La relación existente entre nosotros es estrictamente laboral y eso descarta completamente la posibilidad de que lo bese.

—En realidad no eres tan fría como pretendes aparentar, aunque he de reconocer que pones voluntad en ello.

—No creo que mi estilo de vida o mi forma de actuar le importen —respondió ante aquel descarado comentario.

—¡Oh, desde luego que me importa! Pero más que eso me interesa tu forma de reaccionar —rió descaradamente—. Espero que hayas disfrutado tanto como yo de nuestro cercano encuentro de hoy.

La alusión a la cercanía que habían compartido consiguió la reacción en Mina que él esperaba: un intenso color rojizo brillante se apoderó de su hermoso rostro haciéndola parecer aún más bella.

—Le pediré un taxi.

—Te lo agradezco pero no hará falta, el pequeño apartamento donde vivo está muy cerca de aquí, en el número 6 de dos calles más abajo, así que puedo ir andando.

—Estupendo, la brisa fresca le irá bien.

Y con este último comentario, directamente dirigido a devolverle la bofetada, Mina desapareció tras la puerta, dejando atrás a un Adrián preso de la hilaridad más escandalosa.

Caricias, roces, calor, sudores, sensaciones maravillosas que ya creía haber olvidado. Todo eso llenaba los sueños de Mina hasta que un extraño ruido la despertó. ¿Qué podría ser? Juraría que había cerrado la puerta con llave y conectado el sistema de seguridad. Sí lo hizo, justo después de llamar a su hombre de confianza en el local para que pasara a recoger su coche.

Salió de la cama despacio para averiguar la procedencia del sonido que la había despertado. Aunque asustada asomó la cabeza ligeramente para ver si había alguien en el pasillo distribuidor de las habitaciones. Nadie. Ni un alma. ¿Lo habría imaginado? Otro ruido sordo la sacó de la duda. Se armó de valor y caminó en silencio hacia la entrada del salón.

Entre la penumbra divisó una figura que andaba rebuscando entre los documentos que ella guardaba en el pequeño escritorio que utilizaba para sus negocios. Suponiendo qué era lo que aquel individuo buscaba le tranquilizó un poco la idea de que allí no lo encontraría. Lo tenía guardado a buen recaudo. Intentó asomarse un poco más sin necesidad de salir de su escondite de detrás de la puerta, pero el maldito tirante del camisón se quedó enganchado en la maneta de la puerta. Con toda la paciencia que pudo reunir, intentó por todos los medios desengancharlo para poder batirse en retirada. En el silencio que reinaba a aquellas horas, el ruido producido por las bisagras de la puerta, al ser ligeramente movida, pareció como un enorme trueno en un cielo despejado y el relámpago indicaba la situación de su escondite. Inmediatamente la figura se volvió buscando el origen, mostrando el brillo de una navaja y Mina se sintió como un conejillo atrapado en una trampa esperando la visita del cazador. Los nervios la empujaron a trabajar más deprisa y salir corriendo lo más rápido que pudo sin llamar demasiado la atención.

En su carrera cogió apresuradamente un abrigo del perchero cercano a la puerta y salió a la calle como alma que llevara el diablo. Corrió y corrió sin pensar, sin control y sin rumbo fijo. La sangre le martilleaba en las venas y los pulmones le quemaban amenazando con estallar.

Pasados varios minutos y sin saber exactamente cuanta distancia había recorrido, se paró buscando apoyo en la pared e intentando respirar como pez sacado del agua. ¿Adónde podía ir? La respuesta apareció en su mente al instante: Adrián. Él le había ayudado ya y dijo que vivía cerca: «dos calles más abajo, en el número 6», recordó. Sí, no era momento de ser orgullosa, su vida estaba en peligro.

CAPITULO 7

Aunque nunca utilizaba ningún tipo de traje para dormir, aparte de su ropa interior, el calor era sofocante en aquel pequeño apartamento. Era imposible conciliar el sueño de aquella manera. ¿Qué estaría haciendo Mina? Qué tontería, durmiendo seguro. Ella estaría disfrutando de las ventajas del aire acondicionado, tumbada cómodamente en su cama. Con algún camisón de encaje liviano que acariciara su suave piel y se ajustara a sus curvas de forma sensual, abandonada a los diseños de Morfeo, como una hermosa diosa del deseo pagana que se entregaba sin reservas al placer de... ¡Basta! Pensar en ella en aquellos términos no era lo más adecuado si pretendía dormir. La necesidad del descanso y la imposibilidad de disfrutarlo, lo puso de mal humor.

Guiado por su frustración, decidió levantarse. Se dirigió al cuarto de baño para enjuagarse la cara con un poco de agua fresca y aliviar así la temperatura. Miró su reloj que reposaba, como era su costumbre, sobre el poyete del espejo a la vez que sonaba el timbre de la puerta.

—Menudas horas para hacer una visita —murmuró.

Con pasos lentos y tranquilos fue hacia la puerta imaginando que sería el casero. El hombre trabajaba hasta tarde en la pequeña carpintería y habría visto la luz encendida.

—Mañana mismo tendrá su...

La palabra se quedó trabada en la boca cuando al abrir la puerta completamente encontró tras ella a Mina que lo miraba nerviosa.

—Lo siento, Sr. Ferro ¿Puede dejarme entrar? No tengo donde ir, yo...

—Por supuesto, pasa —dijo Adrián haciéndose a un lado, al momento recordó que no llevaba ropa alguna más que sus calzoncillos. Bueno, pensó, y qué más daba, después de todo ella lo había visto sin ellos. Y rio interiormente mientras cerraba.

Mina pasó al interior del pequeño saloncito y se colocó en el centro de este, mirando a su alrededor, presa de los nervios, sudorosa por la carrera y retorciéndose las manos de una forma completamente irracional.

—¿Qué pasa? ¿Te ha ocurrido algo? —preguntó Adrián mientras la tomaba por un brazo y la conducía a que tomara asiento en el sofá.

—Han entrado en mi casa, me han encontrado, yo... Debo ocultarme, si no

lo hago y consiguen cogermé acabaré muerta – dijo atropelladamente.

—Bien, puedes ocultarte aquí. Relájate, quítate el abrigo y explícamelo todo ¿Qué es eso de que acabarás muerta? ¿Quién te busca? —en un primer momento había pensado que su marido había contratado a alguien más para encontrar a Mina pero viendo los tintes que tomaba el asunto comenzaba a preocuparse.

Olvidando que lo único que la cubría debajo de aquel delgado abrigo era un finísimo camisón, Mina siguió las indicaciones de Adrián que la miró boquiabierto. Era hermosa y las veces que la había visto le bastaron para imaginar que también sería poseedora de un precioso físico pero verla, así, con solo su pequeño camisón, fue más de lo que pudo soportar y una parte de su cuerpo cobró vida propia. Era como si sus pensamientos se hubieran hecho realidad para demoler su control totalmente. Mina volvió a tomar asiento y se abrazó a sí misma. Ese gesto hizo subir aún más sus pechos, de una forma muy sugerente. Sin darse cuenta, por estar completamente abandonada a sus temores y nervios, estaba poniendo en serios problemas el deseo de Adrián quién se reprendió a sí mismo. ¿De verdad tenía tan poca sensibilidad?

Mina comenzó su relato, con la mirada perdida al frente y Adrián hizo lo que pudo por concentrarse en lo que decía, aunque le resultaba tremendamente difícil.

—Me casé muy joven, con un hombre algo mayor que yo pero que me enamoró perdidamente con sus atenciones. Mi familia tenía una economía humilde y el ser cortejada por alguien acomodado le daba todavía más interés a la relación; desde el punto de vista de mis padres que querían, sin duda, lo mejor para mí. Durante varios años vivimos nuestra historia de amor y yo me sentía la mujer más afortunada del mundo. Después la relación se enfrió, su comportamiento conmigo cambió radicalmente e incluso llegué a pensar que me engañaba con otras mujeres, aunque no encontré jamás prueba alguna de infidelidades y él siempre lo negó. Mi vida, en aquel entonces, se convirtió en días y días de ociosidad y aburrimiento. Él apenas reparaba en mí, como si no tuviera esposa, pasaba horas enfrascado en documentos, reuniones y viajes relacionados a sus negocios y me decía que debía buscar algo en lo que ocuparme para dar sentido a mi vida, ya que no había podido darle hijos.

—Entiendo, el típico hombre que desea descendencia a toda costa y que si la mujer es estéril la rechaza —comentó Adrián.

—No —dijo Mina— no soy estéril, a espaldas de mi marido me realicé las

pruebas necesarias para saberlo y dieron negativas. Soy perfectamente capaz de concebir y cuando se lo hice saber, su mal humor se hizo todavía más patente. Le animé a que él mismo pasara por aquellas pruebas para saber si ese era el motivo, pero no consintió en hacerlo, decía que él era muy hombre y que yo debía ser el problema, que las pruebas no se habrían realizado correctamente.

—Comprendo —comentó Adrián animándola a continuar, intentando fijar los ojos en los de Mina que lo miraba directamente.

—Como a mí tampoco me gustaba aquella situación de hastío permanente, le comuniqué mi deseo de montar un negocio, una sala de fiestas y él estuvo completamente de acuerdo. Su propio gestor se encargó de todo e incluso me ofreció compartir su despacho. Nos transformamos en una pareja que vivía bajo el mismo techo pero que no teníamos absolutamente nada más que nos uniera —Mina hizo una pausa como visualizando aquel momento de su vida— Un día, mientras él se encontraba en uno de sus viajes, un mensajero llegó portando un sobre con documentación procedente de Cádiz. Yo sabía que los negocios de importación de mi marido absorbían todo su tiempo y deseosa de ayudarlo abrí el sobre y lo dejé sobre la mesa para que lo pudiera revisar nada más llegar; para que no lo pasara por alto, pues llevaba un sello donde se leía urgente. Comencé a leer los papeles sin comprender exactamente de qué trataban hasta que topé con una lista de personas, todas ellas con nombres árabes y en la que, justo al lado de dichos nombres y en castellano, se leía claramente la palabra muerte.

Mina hundió el rostro entre las manos, presa de los sentimientos evocados por el recuerdo. Adrián deseaba consolarla, tratar de que olvidara todo aquello abrazándola y ofreciéndole su apoyo, pero era necesario que prosiguiera, que avanzara en su relato para saberlo todo. Ahora tenía una ligera idea de qué tipo de hombre era el Sr. Vázquez.

—Tranquila Mina, eso forma parte del pasado, pero debes hacer un último esfuerzo para poder solucionar el presente.

—Yo imaginaba qué podía ser aquel documento y, movida por el choque emocional que recibí al leerlo, comencé a investigar. Escuchaba a escondidas sus conversaciones telefónicas y fue de esa manera como comprendí que uno de los negocios a los que se dedicaba con más interés, y que le reportaba mayores beneficios, era el transporte ilegal de personas a nuestro país. Utilizaba los barcos que usaba normalmente para el transporte de los artículos

de su negocio y los ocultaba en las bodegas, o incluso en grandes contenedores carentes de cualquier cosa que les permitiera renovar el aire. Llegaban desde diferentes países, a veces el trayecto era largo y pesado y muchos morían de asfixia, deshidratación o inanición. Los que conseguían llegar vivos, lo hacían sin duda en pésimas condiciones —La misma rabia que sintiera aquel día se apoderó de ella—. ¡Lo odié por todo ello! No pude soportar el hecho de vivir con una persona que tuviera tan poco respeto por la vida de otro ser. Di gracias a Dios, por no haber tenido un hijo suyo y lo abandoné llevándome algunos documentos con la esperanza de que, algún día, le haría pagar por todo lo que hacía. Cambié mi apellido y durante unos meses viví como pude, trabajando en lo que me ofrecían, hasta que conseguí algo de dinero y pude pedir un préstamo al banco para montar el negocio que tengo. Me costó muchos esfuerzos sacarlo a flote, pero lo conseguí. De eso hace más de cuatro años; cuatro años ocultándome de él. No sé cómo ha podido encontrarme.

Cuando terminó con su historia, Adrián comprendió qué tipo de hombre lo había contratado y con qué fin. En realidad era un maldito hijo de puta que le había utilizado para encontrar a Mina e intentar matarla. Debía ser sincero con ella y explicarle la situación.

—Mina, tengo algo importante que decirte. No soy el hombre que tú crees que soy.

Ante aquella declaración se levantó de un salto del sofá donde hasta entonces había estado sentada y, agarrando de nuevo su abrigo, se dirigió rápidamente hacia la puerta de salida.

—¡Espera! —exclamó Adrián, cortándole el paso—. Déjame terminar. No soy boy, tomé este trabajo para poder acercarme a ti e investigarte. Tu marido me contrató para ello, soy detective; la gente se ponen en contacto conmigo para encontrar cualquier cosa, documentos, objetos, familiares, amigos, todo.

—¡Eres un cabrón! ¡Me has engañado! —dijo furiosa— ¡Suéltame!

—¡No te he engañado! —continuó elevando la voz— ¡No sabía el porqué del interés de tu marido en que te encontrara! ¡No me lo dijo y yo tampoco le pregunté! ¡Tengo por norma no preguntar más de lo necesario, cumplo con el contrato y se terminó, no me involucro más, ¿entiendes?! —hizo una pausa para calmarse viendo que había captado toda la atención de Mina—. Estoy seguro de que quién nos siguió hace unas horas y quién ha entrado en tu casa debe ser la misma persona, sin duda pagada por tu marido. Me ha utilizado para encontrarte pero te prometo que enmendaré mi error. Te ofrezco mi ayuda si

quieres aceptarla —pocas veces había sido tan sincero.

CAPITULO 8

Mina bajó las defensas, sopesando la oferta de Adrián, mientras examinaba detenidamente la documentación que él le mostró y que acreditaba cuanto le había dicho acerca de su identidad. Estaba molesta, no podía evitarlo, pero desde luego esa había sido su idea desde el principio: poder reunir la documentación necesaria para llevarlo ante un juez y encarcelarlo por sus delitos.

—No es tan sencillo, sabe como ocultarse y borrar todas las pistas que puedan incriminarlo.

—Esta vez, con mi ayuda, lo conseguiremos.

—Bien, podemos intentarlo si está tan seguro.

—Estupendo, ese mal nacido acabará en la cárcel, te lo aseguro.

—Está bien.

Un poco más tranquila ahora respiró hondo y pasó una mano por su cabello. Una acción realizada inconscientemente y con la intención de tranquilizarse del todo, de olvidar el mal momento pasado, pero que abrió algo más el escote de su camión negro de satén ya de por sí muy pronunciado. La reacción de Adrián ante la enloquecedora visión del nacimiento de sus pechos fue fulminante y completamente evidente. Una extraña mirada coloreada de un brillo de deseo apareció en sus ojos y Mina recordó exactamente el momento en que la había disfrutado antes: le daba un aspecto seductor y peligroso, el aspecto del demonio más atractivo que había visto en su vida. Lo tenía ante sí del mismo modo en que lo tuviera en su último espectáculo pero esta vez solos. No había espectadores, ni música que los devolviera a la realidad, únicamente ellos dos. Su cuerpo comenzó a recordar, como si poseyera memoria propia, las sensaciones que experimentó, acelerando su pulso, devolviéndole la excitación no satisfecha y anhelando rememorar el momento pasado.

El deseo que Adrián sentía traspasaba las fronteras de lo moralmente correcto. El hecho de haber cometido la tontería de dejarse llevar en aquel juego de voluntades durante la actuación, aún teniendo en cuenta la primera negativa de ella, consiguió que la atracción sexual que ya sentía desde que la conociera se tornara en algo peligroso y fuera de cualquier control racional. Todo ello sumado a lo que leía en los ojos de Mina, en aquel momento,

consiguió hacerlo perder la poca cordura que aún le quedaba.

Mina, todavía perdida en el rostro de Adrián, notó como una traviesa sonrisa se dibujaba en sus labios, dándole un aire completamente arrebatador que le cortó la respiración y derrumbó por completo sus barreras.

Él la tomó por la nuca y acercándola devoró su boca con ansia. Acarició con su lengua cada uno de los recovecos de aquella húmeda cueva, saboreando su dulzor y exigiendo la respuesta deseada. Los sentidos de Mina se agudizaron, provocado por los roces de la lengua de Adrián que la exploraban con suavidad pero con seguridad, abandonándose a él. Las manos de Mina recorrieron su espalda, deleitándose ante su fortaleza física y su envergadura. Adrián abandonó su boca para perderse en la suavidad del cuello y hundir el rostro en el hueco del comienzo de los hombros, sin dejar de acariciarla con los labios. Realizó con la punta de la lengua un camino de fuego y sensaciones, hasta agarrar con los dientes el fino tirante del camisón de Mina, mientras que con una mano hacía exactamente lo mismo con el otro. La fina prenda cayó al suelo alrededor de sus pies, dejándola sólo con un pequeño tanga que le cubría el sexo, aquel precioso rincón que Adrián se proponía invadir.

Sin dejar de tocarla ni un instante, Adrián se apoderó de sus pechos encerrándolos entre las manos duramente, provocando un exquisito dolor ante aquella prisión.

Mina ya completamente desinhibida y abandonada al placer, lo tomó por el trasero, introduciendo las manos dentro de la prenda interior de éste y lo apretó y acercó todavía más a ella, notando en el vientre la protuberancia y dureza del miembro de Adrián, demostrando así el deseo que sentía. Él comenzó entonces una larga caricia con los labios bajando por su cuello hasta uno de sus pechos. Cuando Mina creía que enloquecería al notar el contacto de la boca en uno de sus pezones, Adrián cambió el rumbo hacia la unión de los senos, colocándole las manos en la estrecha cintura. Inclinando el cuerpo, fue bajando poco a poco. Al hacerlo, las manos de Mina, que todavía se hallaban perdidas en el interior de sus calzoncillos, consiguieron que éstos dejaran de cubrir las partes para el que estaban pensados. Adrián siguió con su recorrido hasta topar con el comienzo del encaje del tanga, entonces volvió a cambiar el rumbo y se encaminó hacia las caderas. Sujetó entre sus dientes el pequeño encaje y tiró de él hasta bajarlo por sus piernas. Una vez conseguido su propósito, volvió a subir lentamente acariciando todo el contorno de las

piernas de Mina con la palma de las manos, provocándole escalofríos de placer en la columna.

Sus dedos se perdieron en el sexo femenino impregnándose de su humedad y Mina dejó escapar un jadeo. Aquello lo volvió completamente loco y de nuevo, se apoderó de su boca a la vez que le acariciaba rudamente los pechos y martirizaba los pezones. La respuesta de Mina fue exactamente al mismo nivel, intentando hacerlo suyo con aquel simple gesto, rodeándole el cuello con los brazos, perdiéndose en la pasión desenfrenada y las sensaciones que se provocaban uno al otro.

Adrián la tomó por las caderas, consiguiendo que ella lo rodeara con sus piernas, alzándola hasta que la penetró de una fuerte y exigente acometida que arrancó un gemido de sus gargantas. La notó caliente y deliciosamente estrecha, como seda recién tejida. Cargando con aquel ansiado peso en las manos buscó apoyo en la mesa cercana y apoyó su trasero en ella. Las manos de Mina, empalada de aquella forma que la llenaba por completo, no podían estar quietas, necesitaba tocar y aprender de memoria cada centímetro de la piel de Adrián, lo besaba ardientemente y arañaba su espalda, provocándole un placer excepcional. Adrián comenzó a moverse dentro de ella rítmicamente, dando y exigiendo la consumación del fuego que los poseía. Jadeos incontrolados inundaban el pequeño salón dando fe del placer compartido.

Mina se dejó llevar por la vorágine de sensaciones que la asolaban y dejó caer un poco su cuerpo hacia atrás ofreciéndole a Adrián el bello espectáculo de sus pechos, henchidos y endurecidos por la excitación a la vez que gozaba del éxtasis de la culminación. Los gemidos del orgasmo de Mina fueron como el canto de las sirenas que hicieron naufragar a Adrián en el océano de sensaciones de su propio cuerpo, con espasmos de placer incontrolado.

CAPITULO 9

La miró mientras ella todavía permanecía dormida, sumida en un tranquilo y profundo sueño que relajaba aquellas pequeñas y sutiles arrugas de preocupación que había visto la noche anterior. La serenidad y la confianza reflejada en su rostro conseguían hacerla parecer aún más hermosa, un aire antiguo y místico que recordaba la apariencia de un ángel.

Después de hacer el amor con ella, él mismo la había transportado en brazos hasta la cama en la que sucumbió al descanso casi automáticamente, como una niña que se entrega confiada al sueño bajo la vigilancia de su protector. Ese pensamiento le hizo sonreír de estúpido orgullo.

Despertarse rodeando el bello cuerpo de Mina desnudo hizo que sintiera de nuevo la punzada del deseo. Recordó cuando realizó su primera actuación, en la sala de fiestas y por tanto en su presencia. Había notado ya entonces una sensualidad reprimida que prometía todo un volcán de pasión, lo que se vio corroborado por la reacción de su cuerpo y su mente ante la provocación de las caricias e insinuaciones en casa de la Sra. Bergara. Pero la experiencia compartida después, había sobrepasado todas sus expectativas. Su entrega había sido maravillosa. Pocas mujeres podían atribuirse el éxito de haber conseguido hacerle perder el control hasta el punto de necesitar poseerla sin tener en cuenta absolutamente nada más, hacer surgir el instinto animal de su persona y pensar únicamente en la satisfacción sexual.

Con la mente llena de imágenes y pensamiento de deseo renovado, la mano de Adrián cobró vida propia y entrecerró en ella uno de los senos de Mina que respondió a aquella caricia al instante: endureciéndose y redondeándose como la noche anterior. Absorto en las caricias que su pulgar infringía al rosado pezón, no notó que Mina despertaba. Ella se alejó de él inmediatamente a la vez que se cubría con la fina sábana el cuerpo desnudo.

—Esto es un error —dijo con la voz ronca y la mente todavía embotada por el sueño— lo de anoche no debería haber pasado, yo... Lo siento, creo que no estaba en mis cabales...

—¡Oh! Yo creo que sí lo estabas, es más añadiría que estabas deliciosamente entregada a tus quehaceres —contestó Adrián a modo de burla, un poco molesto por la reacción de ella.

Sabía perfectamente y por experiencia que Mina no era ignorante de sus

atenciones y caricias, su cuerpo respondía a la perfección frente a las demandas de Adrián. Lo deseaba, igual que él a ella y aquella forma de impedir que sucediera le hizo enfurecer interiormente más de lo que creía posible.

—Mire, Sr. Ferro —dijo volviendo a un tratamiento que impusiera distancia entre ellos, mientras salía de la cama y arrastraba con ella la liviana tela— le agradezco mucho que quiera ayudarme pero... —calló de repente al descubrir el cuerpo desnudo y notar la excitación de Adrián— Yo..., debería marcharme.

Al escuchar que Mina expresaba su deseo de irse, Adrián reaccionó inmediatamente y de un rápido movimiento salió de la cama y la rodeó con los brazos, dispuesto a hacerle comprender que no podía escapar tan fácilmente. Debía aceptar la atracción patente entre ellos, la manera en que su cuerpo se rendía aun con la desaprobación de su cerebro. El deseo mandaba y Adrián le demostraría que él era capaz de conseguirlo.

—No seas tonta mujer —dijo alzándole el rostro con los dedos para que le mirara a los ojos— sólo deseo ayudarte, es lo menos que puedo hacer después de sentirme culpable por haber conducido a tus perseguidores hasta ti sin darme cuenta, error por otra parte imperdonable.

Mina se perdió al instante en aquellos sinceros ojos dorados que la taladraban hasta sus mismísimas entrañas. Separados tan sólo por aquella fina muralla de delicada tela blanca, notaba cada uno de los fuertes músculos de su cuerpo y sobre todo era muy consciente de la protuberancia que sentía en su vientre y gritaba el estado de deseo en el que Adrián se encontraba en aquel momento.

—¿Nunca se siente satisfecho? —preguntó antes de darse verdadera cuenta de lo que decía— Creo que tiene un grave problema.

La risa de Adrián, cantarina y clara, llenó la estancia y calmó los ánimos. Después de todo parecía que Mina no se lo pondría fácil.

—Tú tienes la culpa, malvada bruja, yo, tan solo soy un hombre y mi cuerpo responde normalmente —siguió riendo— Te voy a contar un secreto —dijo—, ayer, antes de la actuación en casa de tu amiga, conseguí mi erección con solo pensar en tu forma de mirarme cuando actué en tu sala de fiestas y pensar que volvería a tenerte a mi entera disposición.

Un intenso rubor tiñó el rostro de Mina. Aunque se sentía interiormente halagada por lo que acababa de escuchar, no pudo resistir la reacción de timidez que se adueñaba de ella y acaloraba su cara mostrándolo abiertamente.

Adrián seguía rodeándola fuertemente con los brazos, pegándola a él, pero ahora notaba como acercaba el rostro a su pelo, aspiraba su perfume, sonreía... Ella notó como su cuerpo se preparaba para responder a cada demanda. Por un momento Adrián comenzó a saborear el dulzor de la victoria.

«No, no debe suceder de nuevo —pensó ella—, no es correcto, no es...» Haciendo un gran esfuerzo Mina consiguió deshacerse de aquella deliciosa prisión.

—¿Y cómo piensa ayudarme? —lanzó la primera pregunta que se le ocurrió para intentar devolverlos al presente.

Adrián se resistía a abandonar a su preciosa presa. El brillo de determinación que leyó en sus ojos así se lo indicó.

—Muy sencillo —dijo acercándose de nuevo a ella—, reuniendo pruebas y el material necesario.

Mina volvió a dar unos pasos hacia atrás con la esperanza de escapar. Se sentía como un joven e inexperimentado animalillo acechado por un peligroso depredador.

—Y, ¿por dónde piensa empezar? —volvió a preguntar.

Adrián avanzó hasta volver a tenerla a su alcance y una atractiva sonrisa se dibujó en su rostro.

—Tendré que hacer unas llamadas —contestó sin dejar de beber de sus ojos.

El camino en retroceso volvió a ponerse en práctica. Intentando por todos los medios escapar a la seducción de aquel demonio, hasta que su espalda chocó con algo que le impedía seguir.

—Pero antes —prosiguió Adrián con aquel brillo en los ojos que los hacían tornarse oro líquido a la vez que con cada uno de sus brazos la encarcelaba —debo encargarme de la solución de “mi” problema —comentó haciendo una rápida referencia a su erecto miembro.

Adrián bajó su cabeza hasta el hueco de los hombros de Mina, aspirando su perfume, dulce y embriagador que lo envolvió nublándole la razón. Ella sentía el cosquilleo de las hebras de su pelo justo en el nacimiento de los pechos y ahogó un gemido. Los labios de Adrián rozaron levemente la receptiva piel del cuello de Mina provocándole un escalofrío exquisito que le recorrió el cuerpo y preparándolo para lo que seguiría. Ya se sentía completamente perdida y anhelando un contacto más íntimo, deseando sentirlo más intensamente.

Adrián supo en qué momento exacto Mina derrumbó sus murallas y se

entregó a él. Suficiente para que supiera que no sólo él la deseaba, que por mucho que ella quisiera negarlo sentía la misma atracción, solo que él era sincero con lo que sentía. Una vez conseguido, se giró de pronto y se encaminó hacia la puerta.

—Voy a tomar una ducha. Fría. Estás en tu casa. ¡Ah! Y deberías dejar de tratarme de usted, ¿no crees? Después de todo ahora mantenemos una relación muy diferente a la “estrictamente profesional”—dijo antes de desaparecer.

Aquel hombre era odioso, pensó Mina, había conseguido encenderla de nuevo y, ¿ahora desaparecía aludiendo a una ducha fría? Era el ser más despreciable que existía sobre la tierra aunque también, debía admitirlo, el más atractivo y sensual que había conocido.

Mina escuchaba la conversación que Adrián mantenía por teléfono, sentada en el pequeño sofá y vestida precariamente con el camisón que trajera la noche anterior. Él había salido de una rápida ducha, cubierto por unos pantalones de deporte, activo y dispuesto a trabajar en el asunto que tenía entre manos, o al menos, eso le había parecido.

—¡Ráfaga!, sí ya sé que debería haberte llamado antes hermano.

¿Hermano? ¿La llamada que decía que tenía que hacer era para hablar con su hermano? ¿Y se llamaba Ráfaga?, pensó extrañada, no acertaba a comprender los entresijos de la mente de aquel hombre.

—¡Escucha, déjame hablar! Bien, calladito estás más guapo, estoy de acuerdo con Gala.

Otra gran carcajada emergió de su garganta, una risa franca y sincera que a Mina le encantó.

—Necesito información sobre una persona, se llama Armando Vázquez, necesito saber si tiene alguna ficha policial, alguna infracción de cualquier tipo, algo, cualquier cosa que encuentres....—Adrián calló un momento para escuchar atentamente— No Diego, ahora no puedo explicártelo todo pero me pondré en contacto contigo si necesito intervención policial.

Bien, después de todo su llamada era para poner en marcha todo lo que tenían que hacer. ¿Un hermano policía? Era lo último que esperaba.

—Volveré a llamarte en unas horas para ver qué has conseguido averiguar.

Estupendo, gracias, te debo una –otra carcajada— Bueno, bueno, sí quizá sea más de una pero, ¿qué no harías por tu hermano pequeño? –la sonrisa no desaparecía de su rostro, se notaba que tenían una estrecha y buena relación—. Saluda efusivamente a Gala de mi parte –la risa volvió a inundar la estancia—. Vale no hace falta que seas tan efusivo –añadió todavía entre carcajadas—. Adiós hermano, hasta dentro de un rato.

Adrián apagó su teléfono móvil y se giró para mirarla. Estaba fresco, hermoso, el negro cabello mojado por la reciente ducha todavía albergaba minúsculas gotitas de agua que resbalaban lentamente humedeciéndole los hombros desnudos.

—Ahora necesito información de primera mano. Tú, mejor que nadie, conoces a tu marido. Explícame qué tipo de negocios maneja, los legales claro.

Mina explicó que Armando se dedicaba principalmente a la importación, exportación y venta de mercancía de lujo, artículos como antigüedades, coches, muebles, etcétera, y lo hacía desde muchos puntos geográficos. Allí donde veía que pudiera sacar una buena tajada compraba esos artículos y los traía a España en grandes barcos. Al principio el transporte salía muy caro e incrementaba demasiado el precio del artículo cuando lo ponía a la venta, por ello, se planteó crear su propia flota de barcos.

—Lógicamente el transporte de esos artículos necesita unos contenedores enormes –continuó Mina.

—Exacto, la tapadera perfecta para transportar inmigrantes en las bodegas de carga –puntualizó—. Creo recordar que me dijiste que tenías una lista de nombres, ¿no es cierto?

—Sí, la tengo.

—¿Recuerdas alguno de ellos? Alguno que llegara vivo.

—No, no lo recuerdo pero tengo la lista en mi casa, escondida. En lugar muy... Estoy segura de que no habrán encontrado nada.

—Bien, iremos a buscarla –sentenció resuelto.

—¿A mi casa? –preguntó medio asustada— ¿Y si el asaltante de anoche vuelve? Puede ser peligroso, yo...

—Tranquila no creo que lo haga, ya desapareciste del mapa para tu marido una vez, pensarán que has vuelto a hacer lo mismo, no esperarán que regreses.

CAPITULO 10

Ya pasada la primera hora de la mañana, las calles no estaban tan concurridas. Aunque la casa de Mina estaba muy cerca, Adrián decidió que irían en coche. No era plan de hacer pasear a Mina a pleno día ataviada con un camisón corto y un ligero abrigo. El tráfico era muy fluido y el taxista les hizo llegar rápidamente a destino.

Adrián la abrió la puerta poco a poco y con precaución, manteniendo siempre a Mina tras él, por si surgían complicaciones. Con el mismo silencioso cuidado penetraron en la casa y, mediante señales, Adrián indicó a Mina que esperara en la entrada a que pudiera verificar que estaban solos. Pasados unos minutos Adrián volvió a aparecer.

—Vía libre —dijo sin más ceremonias.

Mina que hasta el momento había estado aguantando la respiración, sin darse cuenta, soltó un sonoro suspiro de alivio. Ahora pudo prestar atención a lo que la rodeaba y descubrió que aquel que estuviera la noche anterior en su casa se había empleado a fondo en intentar encontrar lo que buscaba. Todo estaba revuelto y fuera de lugar. Algunos cojines desgarrados, varias lámparas de pie y figuras rotas por el suelo. Las cortinas colgaban cojas de las barras. Los cuadros que con tanto mimo había colocado ella misma, se hallaban desperdigados y olvidados por el piso, algunos de ellos destrozados y sin arreglo posible. Recorrió poco a poco toda la planta baja, viendo los destrozos en cada habitación y su humor fue ennegreciendo con cada paso, tan sólo visible en los puños que mantenía cerrados fuertemente y los cuales ya se veían blancos por la falta de riego.

—Todo está igual Mina, déjalo ya, enfadándote así no conseguirás nada.

—¿Tienes idea de cuánto trabajo me ha costado todo esto? —exclamó Mina intentando reprimir las lágrimas debidas a la impotencia que le recorría el cuerpo.

—Debes estar contenta por haber conseguido escapar —contestó imprimiendo calma a sus palabras.

Mina tomó aire con fuerza, haciendo acopio de valor e intentando verlo desde aquel punto de vista. Si aquel mal nacido había hecho aquello con su casa, ¿qué no habría hecho con ella?

—Supongo que tienes razón —dijo algo más calmada— aún estoy viva ¿Es

eso lo que quieres decir?

Aunque efectivamente era eso lo que Adrián había tratado de hacerle comprender, no contestó para no echar más leña al fuego. Decidió que ocupar la mente de Mina con otra cosa era más práctico.

—¿Crees que habrá encontrado lo que buscaba?

Mina se puso en movimiento seguida de cerca por Adrián. Subieron las cortas escaleras de madera hasta la primera planta y enfilaron por el pasillo. También allí había destrozos pero Mina no quiso volver a caer en la desesperación e intentó no mirar demasiado, manteniendo en su mente lo que realmente importaba en aquel momento. Entraron en un amplio cuarto de baño y se acercó hasta el inodoro. Poco a poco desenroscó el pulsador de la cisterna y levantó la tapa de cerámica que la cubría. Allí metidos, dentro de una bolsa estanca y atada con una brida a la pequeña tubería, estaban los documentos que había guardado celosamente.

—Para que luego digan que hay que poner las cosas de valor en cajas de seguridad – bromeó Adrián ante la artimaña de Mina y consiguió sacarle una tímida sonrisa.

—Yo creo que llaman demasiado la atención.

—Estoy de acuerdo. Has sido muy lista –dijo recuperándolos ayudándose una navaja suiza que siempre portaba consigo.

—Lo fue mi abuela –rio ya olvidado el sentimiento anterior y recordándola con ternura— No andaban bien económicamente y me enseñó la forma de ahorrar agua en la cisterna, introduciendo algo para eliminar volumen sin dañar nada. Yo sólo he modificado esa idea.

Bajaron juntos hasta la cocina. Con un paño, Mina secó concienzudamente la bolsa que contenía los documentos, la abrió y se los entregó a Adrián. Éste los tomó y acercándose a una mesa, se apoyó en un taburete y comenzó a examinarlos.

—Si no te importa, mientras lees, yo... Necesito una ducha.

—Claro, tranquila, haz lo que debas.

—No tardaré.

—Bien.

Mina dejó a Adrián enfrascado en la lectura y subió pesadamente el tramo de escaleras que llevaban de nuevo al piso superior. Antes de entrar en el baño pasó por su dormitorio. También allí todo estaba revuelto y fuera de lugar. La ropa que debía estar primorosamente colgada en el armario, e

incluso la que guardaba en los cajones, se encontraba esparcida por el suelo de toda la estancia. Soltando un sonoro bufido comenzó a recoger aquel desorden, colgando vestidos, camisas, faldas y pantalones en el armario y doblando la ropa interior hecha montoncitos cerca de las mesitas de noche. Estiró la ropa de cama pero no perdió el tiempo en hacerla de nuevo, simplemente no le gustaba verlas tiradas de cualquier manera. Siempre había sido una mujer muy organizada y todo aquel desorden la sacaba de quicio.

Tomó su albornoz. Se encaminó hacia el cuarto de baño, decidiendo que aquella ducha no sólo debía limpiar su cuerpo sino también su mente. Quería relajarse completamente y olvidarse de todo al menos durante los minutos que empleara en asearse.

Se deshizo de las pocas prendas que la cubrían e introdujo un pie dentro. La temperatura era ideal. Complacida se introdujo debajo del agua sin más ceremonias y cerró la mampara. El agua la relajó por completo, acariciándole el cuerpo con suavidad, tomó el jabón líquido y depositó la cantidad necesaria en la palma de su mano. Jamás utilizaba esponjas, no le gustaban, siempre había pensado que era un criadero perfecto para las bacterias. Repartió generosamente el perfumado líquido por su cuerpo con un ligero masaje, relajando los músculos. Los brazos, las piernas, las caderas, los pechos... Recordó entonces las caricias de Adrián aquella misma mañana y como su cuerpo había respondido. También tenía muy presente la lección que había aprendido, él se había encargado que de no la olvidara. Maldito fuera, la había excitado casi sin tocarla y habría hecho el amor con él totalmente abandonada si hubiera querido. Estaba muy claro que la deseaba y debía admitir que ella también a él. No se lo negaría a sí misma nunca más, lo bueno de aquello, era que Adrián había conseguido hacerle entender algo a lo que, en su tozudez, había cerrado los ojos: era una mujer joven, con apetencias sanas y normales. ¿Adónde demonios la había llevado hacer el papel de mojigata? Era hora de un cambio en su vida, había decidido dejar de escapar y enfrentarse a su demonio. Y debía comenzar por aceptar también su sexualidad.

Adrián no podía creer lo que tenía entre las manos. Listas y listas de personas que habían “viajado” en aquellas condiciones que ponían en peligro

sus vidas y además por un precio exorbitante. Era buena información, no servía para meter entre rejas al marido de Mina, pero les daba algo por donde comenzar.

Oyó cuando ella abrió el grifo de la ducha y se preguntó a qué temperatura le gustaba bañarse, mientras oía el agua correr. Rio por lo bajo. «Qué tontería —pensó.» Pero no pudo controlar que en su mente se dibujara la espléndida figura desnuda de Mina bajo la ducha, con la tibieza del agua calentando su piel, disfrutando placenteramente del baño, enjabonándose el cuerpo con suaves caricias, sus manos recorriendo cada rincón de aquella aterciopelada piel. Sólo ese pensamiento bastó para que el deseo que había reprimido aquella misma mañana volviera a él con más fuerza. El sexo se le endureció, aprisionado dentro de los apretados vaqueros, clamando por su satisfacción. Intentando llenar la mente con alguna otra cosa, se acercó a la nevera y la abrió, sin prestar atención a lo que había, tomó un pequeño recipiente de helado de yogurt medio empezado. Sabía perfectamente que comer no le serviría pero tampoco conseguiría nada volviendo a examinar aquellos documentos, era imposible concentrarse en otra cosa que no fuera el sonido del agua y el cuerpo de Mina bajo ella. Rebuscó en los cajones hasta que logró hacerse con una cuchara y volvió a ocupar su sitio en el taburete.

—Veo que te has servido solito —comentó Mina desde la puerta.

Tan absorto estaba en sus pensamientos, el helado de yogurt y tratando de mantener bajo control sus emociones, que no notó que Mina había terminado de asearse hasta que estuvo en la cocina y le habló.

—Espero que no te importe... —comenzó mientras se giraba para enfrentarla.

No pudo terminar la frase, en la entrada estaba Mina, descalza, envuelta tan solo en un blanco albornoz y con una pequeña toalla en la mano que frotaba suavemente contra su pelo. El calor del agua había otorgado un tono rosado a su piel que se advertía por el escote, en el cual todavía permanecían algunas gotas del líquido elemento. Eso, acompañado de una hermosa sonrisa y un brillo especial en sus ojos que no consiguió entender, hizo que se le antojara la imagen más embriagadora que había visto en su vida.

—Necesitaba tomar algo —consiguió concluir.

—Puedes tomar lo que gustes —se acercó, notó que Adrián no podía dejar de mirar aquella porción de piel que revelaba su escote.

Se acercó hasta la mesa, al lado de Adrián que seguía mirándola, olvidando

el helado que tenía en la mano, el cual apretaba más de lo necesario. Adrián pensó que si siguiera al pie de la letra aquella respuesta, ella ya estaría bajo él.

Aprovechando que Adrián no apartaba sus ojos de aquella zona, secó las gotas de agua con su mano, abriendo ligeramente el escote en el proceso. La excitación de Adrián era tal que comenzaba a dolerle.

Mina advirtió en sus ojos el brillo dorado que ya conocía y supo que estaba bailando de puntillas en el borde del abismo y, ¡Dios aquella certeza le encantaba! Estaba dispuesta a hacerle entender a aquel hombre que ella también era capaz de conseguir lo que se propusiera y en aquel momento lo quería a él.

—Creo que te acompañaré con el helado —sonrió de nuevo ante la verdad que acababa de decir, oculta en el doble sentido de la frase.

Le arrebató la cuchara y tomó una pequeña porción del mismo con la punta de ésta. Por un momento ambos observaron como el helado se derretía en la cuchara y comenzaba a originarse un pequeño reguero de yogurt líquido deslizándose por el metal. Mina se la acercó a los labios y lamió la cuchara lentamente haciendo desaparecer el dulce refresco, mientras Adrián la miraba con ojos devoradores, deseando ser precisamente él quien estuviera en el cubierto o poder saborear el delicioso néctar directamente de la boca de aquella bruja.

—¿Tú no quieres más? —preguntó Mina mientras tomaba con la cuchara otra porción y la acercaba a los labios del hombre.

Adrián los entreabrió para tomar el helado que Mina le ofrecía, encerrando la cuchara en la boca y tomando el dulce sin apartar los ojos de los de ella. Una pequeña gota de helado escapó de su destino y quedó atrapada entre los labios del hombre, Mina se acercó más a él, colocándose entre sus piernas y con la punta de su lengua recogió aquella gota. A Adrián aquella suave caricia le quemó las entrañas.

—Mina, estás jugando con fuego, ¿lo sabes verdad?

—No, señor Ferro —contestó— Ahora mismo juego con helado y..., me encanta —sonrió.

De un elegante y seductor movimiento Mina se deshizo del albornoz que cayó a sus pies y quedó completamente desnuda, acto seguido, desabotonó la camisa de un estupefacto Adrián que no creía lo que estaba sucediendo. Haciendo girar el taburete, introdujo un dedo en el helado que Adrián todavía

sostenía y lo pasó por el pecho de este. Se derritió casi al instante debido al calor del cuerpo y comenzó a recorrer su piel en camino descendente. Mina interceptó el recorrido del dulce líquido con la lengua y lamió cada una de las gotas haciéndolas desaparecer.

—Delicioso —susurró contra su piel.

Adrián no pudo soportarlo más. Se levantó y tomándola por las caderas la alzó hasta sentarla sobre la mesa de la cocina

—Yo también quiero probarlo —declaró con la voz ronca por el deseo.

Tomó la cuchara de la mano de Mina, con una caricia la tumbó sobre la mesa y depositó sobre sus pechos una pequeña cantidad de helado. Los pezones se endurecieron al instante al contacto con el frío y gotas de líquido comenzaron a resbalar. Adrián no se hizo esperar y lamió delicadamente cada uno de los pechos, demorándose, acariciándolos con la lengua. Mina se relajó, disfrutando de cada roce de la boca de Adrián sobre su cuerpo, dejando su mente en blanco para saborear cada instante de lo que ella había provocado.

Adrián se separó un solo momento para ponerse en el otro lado de la mesa y tomándola por los tobillos la arrastró hasta él y se colocó entre sus piernas. Tomó un poco más de helado con la cuchara y acercó la parte inversa de ésta al abdomen de Mina, el helado se convirtió en líquido rápidamente y lo vertió sobre ella, creando un dulce y fresco reguero desde su ombligo hasta el comienzo de su pubis. Adrián fue besando y lamiendo el camino creado por él mismo a la vez que se deshacía de sus pantalones, liberando así la pulsante y dolorosamente endurecida verga. Mina completamente excitada notó como Adrián se acercaba, lenta pero inexorablemente, cada vez más a su sexo y el deseo de notarle allí donde su placer clamaba por ser satisfecho le quemaba por dentro.

Adrián se demoró al final de su dulce recorrido, delineando con la humedad de la boca el rizado y suave bello que delimitaba el centro del placer de Mina. Ella se volvió loca pensando que jamás llegaría, deseando sentirlo, jadeando por el anhelo de sus caricias. Olvidados ya helado y cuchara, Adrián utilizó sus manos para masajear los hinchidos pechos de Mina a la vez que se perdía entre los negros rizos de su entrepierna, saboreando y paladeando su intimidad, emborrachándose de su almizcleño sabor. Los jadeos de Mina se convirtieron en gemidos de puro placer contenido.

—Sí, mi dulce sirena, canta para mí —susurró Adrián contra el endurecido clítoris.

Mientras disfrutaba del festín, seguía masajeando, acariciando y pellizcando suavemente los pechos de Mina. Sentía y oía su placer y le encantaba. Deseaba hundirse en ella y notarla a su alrededor, aprisionándole, encerrando su sexo. Antes de que Mina se diese apenas cuenta, Adrián ya estaba sobre ella, cubriéndola con su cuerpo, lo sintió caliente, suave y fuerte. Sujetándose con un brazo a modo de columna y rodeando con el otro la cintura de ella, cambió las posiciones y colocó a la mujer sobre él. Mina entendió lo que Adrián pretendía y le facilitó las cosas, colocándose a horcajadas sobre sus caderas. Sus pechos quedaron a la altura de su boca y Adrián aprovechó para capturar uno entre los labios. Mina tomó con su mano, el duro sexo y lo encaminó hacia ella, dejándolo a la entrada de su cuerpo. Adrián la sorprendió sujetándole las caderas y arqueándose, clavándose en ella con un solo gesto.

Un gruñido de placer surgió de la garganta de Adrián, por fin ella había aceptado la atracción que sentían, por fin la tenía para él. Mientras se miraban a los ojos, notó como Mina comenzaba a moverse, ejerciendo así una maravillosa caricia que le transportaba al límite de lo racional, aumentando el ritmo, buscando la satisfacción que culminaría el placer de ambos. La lujuria se adueño de sus cuerpos, haciéndolos temblar, las convulsiones eran cada vez más fuertes y el ritmo cada vez más acelerado. Gemidos incontrolados emergían de sus gargantas mientras se devoraban las bocas. Sedientos. Amándose como dos dioses paganos de la antigüedad, creando maravillosas figuras jamás esculpidas, demandando cada vez más placer el uno del otro hasta que estalló en sus cuerpos como un volcán en erupción que lo arrasó todo.

Hacer el amor de aquella forma era algo nuevo para Mina. Jamás se había sentido tan increíblemente liberada y le gustaba haberlo descubierto. Ahora, sentados en el sofá de la sala de estar, todavía desnudos y uno en los brazos del otro, ella le daba pequeñas uvas mientras Adrián examinaba de nuevo los documentos.

—El primer paso será ir al Registro Civil, debemos averiguar si alguno de los aquí listados ha hecho legal su presencia en España y hacerle una visita.

—Me parece bien —comentó ella mientras introducía otra pequeña uva en la boca de él y éste aprovechó para morderle.

—¡Ay! No debes morder la mano que te da de comer, ¿no te lo enseñaron?

—Bien, pues morderé otra parte —comentó divertido, mientras se giraba para intentar mordisquearle un pezón.

—¡Quieto fiera! —rio Mina.

—Coge algunas ropas, lo que consideres necesario. Te mudas a mi apartamento.

—¿Y qué te hace pensar que aceptaré?

—No tienes otra opción.

—Lo dices con mucha seguridad

—Por supuesto, yo soy el jefe en esta investigación. Además no quiero arriesgarme a que vuelvan aquí, la próxima vez quizá no tengas tanta suerte.

—Yo no he dicho que vaya a quedarme aquí —rio Mina.

—Mina —la regañó Adrián—, creo que te lo advertí antes, no puedes jugar conmigo —se unió Adrián a su risa.

CAPITULO 11

Adrián miró el edificio con interés, antigua casa de los Condes de Santa Coloma y clásica muestra de la burguesía catalana del siglo XIX, albergaba en la actualidad el Registro Civil de Barcelona.

Gentes de muchas nacionalidades esperaban su turno pacientemente, algunos parecía que habían encontrado personas de su mismo país y dialogaban casi en susurros tal y como se pedía en varios carteles repartidos estratégicamente.

Aunque pasados unos minutos algunos asientos quedaron libres ninguno de los dos lo ocupó, prefiriendo seguir de pie. Mina se retorció las manos nerviosamente pensando que por fin comenzaba a dar el primer paso hacia su libertad. No podía saber cuánto le costaría, ni el peligro que correría para conseguirla, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario. Aquella situación ya no era como había sido hasta entonces. Hasta hace poco había creído que su marido solo la buscaba para obligarla a volver con él y cerrarle la boca pero, después de saber que contrató a Adrián para encontrarla y enviar a uno de sus matones, no le quedaba otra opción. Su vida estaba en peligro y no iba a quedarse de brazos cruzados.

—Siguiente —reclamó una de las chicas detrás del mostrador.

Adrián miró el panel informativo donde rezaba el número que indicaba el turno y avanzó hasta el mármol, haciendo una señal a Mina para que permaneciera donde estaba. No quería que ninguna otra mujer le quitara protagonismo a la jovencita que le sonreía.

—Buenos días, señorita —saludó Adrián con una de sus mejores sonrisas.

Mina observó a la chica que miraba a Adrián embelesada y perdida en aquella perfecta hilera de blancos dientes. Sin duda conseguiría de aquella joven lo que le pidiera. Aquel atractivo demonio tenía esa maldita cualidad y ella lo sabía perfectamente y por propia experiencia.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó dulcemente.

—Verá, aunque se me ocurre un montón de ideas en las que podría hacerlo —dijo dejando la frase en el aire, guiñándole un ojo y sonriendo de nuevo ante el repentino sonrojo de la muchacha—, necesito información sobre una persona en particular.

—Desde luego aquel hombre no tenía escrúpulos para utilizar sus encantos

y obtener lo que quisiera, pensó Mina divertida.

—Usted dirá —respondió la joven.

—Pues mire, señorita... Mercé —dijo leyendo el nombre de la muchacha en el distintivo prendido de su ropa— ¿Lo he pronunciado bien?

—Muy bien —sonrió la muchacha.

—Verás Mercé, necesito saber si un extranjero ha regularizado su presencia en Barcelona, ¿podrás ayudarme?

—Desde luego, dígame el nombre de la persona en particular.

—Ahmed Diop.

—Un momento —la muchacha se lanzó presta a teclear en el ordenador buscando la información— Sí, ya está nacionalizado y con los papeles en regla desde hace casi dos años.

—Ajá —la animó Adrián a seguir, mientras apoyaba unos de sus brazos en el mostrador, marcando así su musculatura y atrapando la atención de la muchacha en esa zona en particular.

—Fue todo muy rápido —siguió la chica intentando recuperar la compostura—. Un caso muy particular porque la madre del interesado era española, así que el trámite de la documentación fue casi instantáneo, el propio servicio de detección y contacto de menores inmigrantes instó todas las diligencias.

—Sí, resulta que yo soy familiar del muchacho aunque no me conoce, ¿sabe? —dijo aprovechando la reciente información—. Y el caso es que me gustaría poder verle para... Ya sabe...—siguió como quitándole importancia— Conocerlo y ofrecerle cualquier ayuda que necesite. ¿Hay alguna forma de poder localizarlo? ¿De saber dónde reside?

Mina veía que la joven estaba completamente cautivada por Adrián que no paraba de envolverla en miradas cargadas de atractivo, sonrisas y ademanes insinuantes. Con un primer momento de incertidumbre por el titubeo de la muchacha, ésta le tendió un pequeño papel con algo escrito.

—Se supone que no podemos hacer esto, ¿sabe? —susurró la chica-. Está penado por la ley, ¿entiende?

—Tranquila Mercé su secreto está a salvo conmigo —contestó Adrián en su mismo tono—. Muchas gracias, preciosa. Eres encantadora —se despidió.

Por el brillo de los ojos de la joven ante las palabras de Adrián, Mina supo que aquella chica tardaría varios días en recuperarse de la impresión. Ella también había tenido su edad y sabía que en los próximos días un hombre alto, fornido, de pelo negro, ojos dorados y con la apariencia de un dios griego,

sería la comidilla de toda la plantilla femenina del edificio.

Cumplido ya su objetivo Adrián hizo una señal a Mina y se dirigió hacia la salida introduciendo el pequeño papel con la dirección del extranjero en el bolsillo de su pantalón.

Mina lo miraba con una expresión que no llegó a entender.

—¿Qué? —preguntó con fingida inocencia.

—A la gente como tú, deberían multarla, ¿sabes? Por vandalismo emocional.

Carcajadas llenas de verdadero humor emergieron de su garganta.

—¿Vandalismo emocional? —repitió.

—¿Crees que lo que has hecho con esa chica no lo merece?

—¿Son celos eso que detecto? —preguntó divertido.

—No seas tan engreído.

Otra sonora carcajada retumbó en la concurrida calle.

—Si la mujer que te ha atendido hubiera sido algo más experimentada, ¿crees que hubiera caído en tu trampa?

—¿A qué te refieres con “mujer más experimentada”? —volvió a preguntar mientras la tomaba por la cintura y hundía la cabeza en el hueco de su cuello—. Quizá, ¿alguien como tú? —susurró contra su suave piel.

El conocido escalofrío de placer y excitación volvió a recorrer su espalda dando la bienvenida a aquella caricia. Sus manos cobraron vida y se enredaron en el ondulado cabello del hombre, atrayéndolo aún más a ella con intención de besarle y disfrutar del placer de su sabor y la suavidad de sus labios, olvidando todo lo que les rodeaba. De pronto y como si recibiera de golpe un cubo de agua helada, cayó en la cuenta de lo que Adrián estaba haciendo.

—Eres odioso —le dijo empujándolo como si fuera a servirle de algo—. Con una vez que lo demuestres es suficiente. Ya aprendí la lección.

—Sí, pero es tan dulce impartirla que creo que debería hacerlo más a menudo, sobre todo teniendo en cuenta tu forma de poner en práctica lo aprendido esta misma mañana. Me volviste loco, pequeña bruja.

Sus miradas quedaron congeladas, una en la del otro. No dijeron nada y lo dijeron todo. El deseo que desprendían era suficiente para ambos. Mientras se encontraba perdido en las profundidades de aquellas pupilas, pensó que jamás tendría suficiente de ella. No era posible lo que le estaba sucediendo, no se reconocía sí mismo. Siempre había sido un hombre que había disfrutado del

sexo opuesto sin ningún tipo de relación emocional por medio. Tomaba lo que se le antojaba sin más. Un punto de vista egoísta por su parte sí, pero el más cómodo debido a su profesión. Pero con ella se sentía diferente. Además de recibir, necesitaba saber que también correspondía. Debía admitir que aquella mujer no era como las demás que había conocido. Se le antojaba algo especial, algo que no había encontrado en el resto y que le empujaba a desear cada vez más.

Mina rozó sus labios, despacio, acariciándolos con la boca, sintiendo la tersura de aquella delicada zona. Adrián entreabrió los suyos y capturó el labio inferior de Mina para después soltarlo con una ligera succión. Mina se acercó aún más al cuerpo del hombre, buscando su calidez, su dureza. Adrián sintió todas y cada una de las curvas de Mina atormentando su cuerpo ante la imposibilidad de tomarla en plena calle. Por suerte el claxon de un coche los devolvió a la realidad.

Algo azorada se separó un poco del cuerpo de Adrián y dedicó unos instantes a arreglarse la ropa para evitar que su acompañante advirtiera hasta que punto había nublado su mente.

Encontraron rápidamente y sin dificultad la dirección que Mercé, la chica del Registro, les había facilitado. No estaba demasiado lejos, habían ido caminando. El barrio gótico de Barcelona, estaba situado muy cerca del mar y por tanto del puerto. La pareja disfrutó durante su paseo de gran variedad de viandantes, debido a que era una zona donde abundaban las personas que se ganaban la vida de una forma poco ortodoxa en su gran mayoría y que, además, se hallaba muy cerca también de calles y avenidas de renombre donde se apiñaban importantes oficinas. Una vez sumergidos en aquel laberíntico barrio donde las calles eran en su mayoría oscuras, húmedas y estrechas, que se cruzaban y enlazaban sin aparente orden, buscaron la portería exacta y llamaron al timbre. Una voz de mujer con un acento extranjero respondió a la llamada casi al momento.

—Buenos días, desearíamos hablar con el señor Ahmed Diop.

Sin que la otra voz respondiera oyeron como el receptor era colgado cortando así la comunicación.

Adrián y Mina se miraron interrogantes, sin entender qué error habían

cometido al preguntar por aquel hombre. Cuando ya estaban a punto de retirarse, la puerta se entreabrió y tras ella apareció un joven de aspecto árabe que los miró confundido.

—¿Qué desean? Si vienen de la Policía le hago saber que mi situación en España es completamente legal.

—Sí lo sabemos, no somos de la Policía —captaron como el muchacho se relajó visiblemente— Sólo deseamos charlar con usted sobre el cómo llegó a este país —señaló Adrián.

—No se preocupe —añadió Mina al ver que el chico volvía a ponerse nervioso—, esto no tiene nada que ver con la justicia. Sólo..., buscamos información. Le pagaremos por ella si lo desea.

—No, no —respondió Ahmed—, no quiero dinero. Siempre es un placer ayudar a los periodistas —añadió con una sonrisa que reveló una hilera de blancos y bellos dientes que resaltaban en su piel tostada.

Adrián y Mina volvieron a mirarse, mas no dijeron absolutamente nada al muchacho para sacarlo de su error. Era la excusa perfecta para que respondiera a sus preguntas.

—Sí, verá —siguió Adrián—, estamos realizando una especie de “tirada especial” sobre la inmigración y vamos entrevistando a diferentes personas que han hecho su situación legal en España pero su llegada a ella fue de forma..., podíamos llamarla: irregular. Por supuesto, omitiremos el nombre de los entrevistados para evitar problemas.

—¿Le apetece que vayamos a tomar un café? —ofreció Mina.

El bar era pequeño y mal iluminado, a aquella hora estaba prácticamente vacío a excepción de tres parroquianos que apoyaban los codos en el metal del mostrador, ya sin brillo por el uso, y daban buena cuenta de sus consumiciones sin apartar la vista del televisor que colgaba en un sucio rincón. Al entrar Ahmed saludó a la mujer que había tras la barra con un movimiento de la cabeza y ésta le devolvió el saludo con marcada y tediosa costumbre. Se acomodaron alrededor de una pequeña mesita lo más alejada de la barra posible. Mina buscó un lugar donde colocar su bolso, echó un vistazo al suelo, pero vista la suciedad que reinaba por doquier optó por dejarlo sobre su regazo.

Ahmed les explicó con detalle cada una de las penurias que sufrió durante su viaje hasta llegar a la costa española. Adrián escuchaba con interés y Mina, también atenta al relato del muchacho, se descubrió preguntándose cómo aquel

risueño joven se las había arreglado para olvidar toda aquella pesadilla y rehacer su vida.

—Aún hoy en día, tengo problemas con los lugares cerrados —comentó Ahmed.

—¿Con quién se puso en contacto para pagar la cifra de su transporte? —preguntó Adrián.

—No recuerdo su nombre —respondió haciendo un esfuerzo por intentar recordar el pasado— era un tipo de mi propia ciudad, no era español, si es a lo que se refiere.

Charlaron animadamente durante unos minutos más, durante los cuales Ahmed habló con patente orgullo de cómo había conocido a su esposa y les mostró fotos de dos preciosos niños. Después Ahmed retornó a su casa y Mina y Adrián encaminaron sus pasos hacia la Rambla para tomar un taxi.

—Está claro que el que se dedicaba a exprimir a los viajeros era un don nadie, algún peón a sueldo de tu marido. Por ahí no encontraremos nada.

—Tienes razón —comentó Mina desanimada— ¿Qué hacemos ahora?

—Aún tengo que hacer una llamada.

Inmediatamente sacó su pequeño teléfono móvil y marcó. Mina le miró expectante. Al poco tiempo notó como en el rostro de Adrián se dibujaba una bella sonrisa, señal de que habían contestado al otro lado de la línea telefónica.

—Y para mí siempre es un exquisito placer llamarte hermosura.

Por el apelativo con que se había dirigido a su interlocutor Mina dedujo que debía ser una mujer y sintió dentro de sí una extraña e indefinida sensación.

—Siempre he pensado que debía haber sido yo quién te conociera primero, tu esposo no te valora como yo lo haría.

La mujer con la que hablaba Adrián debió contestar de alguna forma satisfactoria y divertida, ya que Adrián rompió en risas.

—Tranquilo hermano, no culpes a tu mujer por ser tremendamente hermosa, eso no es un delito. Desde que te has casado te has vuelto muy gruñón —volvió a reír.

Al comprender que la mujer con la que había estado compartiendo risas y halagos era la esposa de su propio hermano, Mina se relajó, sin entender todavía el porqué.

—Bien, así que el Sr. Vázquez, además de acciones en otras compañías

también posee una compañía naviera propia llamada “Aguas tranquilas”, no puedo decir que sea un nombre muy acertado teniendo en cuenta a qué la dedica.

—Eso te lo podía haber dicho yo —susurró Mina.

—Ajá, sí tu información es correcta —aclaró Adrián a su hermano— Así pues, ¿cuál es el puerto que más utiliza?

—De acuerdo, sí. Gracias Diego, estaremos en contacto.

Adrián oprimió el pequeño botón para cortar definitivamente la comunicación y guardó su móvil en el bolsillo.

—Tengo una nueva noticia, no te pongas nerviosa, gracias a Dios no te ha ocurrido nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó alerta.

—Ha sido cuestión de suerte que tu marido no te haya encontrado antes, pues el puerto que más utiliza es precisamente este, el de Barcelona.

Mina pensó en lo que Adrián acababa de decir y reprimió un escalofrío de terror ante la certeza de sus palabras. Desde luego que había tenido mucha suerte. Se maldijo por haber tenido tan poca inteligencia como para no informarse, antes de huir, sobre cuál era la ciudad donde su marido no tuviera negocios.

—Afortunadamente, eso también nos facilita la tarea —añadió para calmar un poco el estado de ánimo de Mina—. Volvamos a casa, he de cambiarme de ropa para la próxima visita.

—¿Cambiar de ropa? —preguntó extrañada— ¿Y dónde piensas realizar tal visita?

—En las dependencias de las Aduanas del Puerto de Barcelona, por supuesto.

CAPITULO 12

La Aduana era un hervidero de gente que iban y venían cargados de documentos. Sabía perfectamente que no aceptaban atender al público por las tardes debido al gran volumen de trabajo que realizaban a mediodía y precisamente por eso escogió aquel momento, ya que la persona que le atendiera le diría cualquier cosa con tal de quitárselo de encima y centrarse en otras gestiones mucho más urgentes. Paseó la mirada por toda la sala que contenía los diferentes compartimentos, separados por finos y lustrados tabiques de madera, en los que no vio ningún distintivo que le informara de a cuál debía dirigirse. Levantó la vista hacia el techo y sendos letreros colgantes le dieron la pista de que el Administrador tenía su pequeña oficina al fondo mismo de aquella sala.

Se encaminó despacio, haciendo oscilar a su paso el maletín de piel natural que portaba, accesorio imprescindible para hacer creíble su disfraz que consistía únicamente en uno de sus trajes de buen corte color tostado, una camisa de un tono algo más oscuro y una corbata prácticamente dorada que combinaba perfectamente con sus ojos. Sintió en su camino más de una mirada de curiosidad, en su mayoría femeninas, a las que él respondió con sus acostumbradas y atractivas sonrisas, consiguiendo algún que otro rubor de parte de sus admiradoras. Justo delante de la puerta del cubículo que hacía las veces de la oficina del administrador, acomodó el nudo de su corbata y repasó mentalmente todo el plan antes de llamar con unos ligeros pero seguros golpes de nudillo.

—Adelante —lo invitó una voz malhumorada desde detrás de aquella puerta.

«Estupendo —pensó mientras giraba el pomo y abría la puerta—, está agobiado de trabajo eso me facilitará las cosas.»

—Buenas tardes —saludó algo extrañado el hombre al no reconocer a su visitante—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, soy Adrián Gerardo de Viejaporta y Castillo —contestó Adrián con tono aristocrático.

—Bien, Sr. Viejaporta, sepa que no atendemos a esta hora pero ya que está aquí... Siéntese —le invitó el hombre con reticencia y volviendo a centrar su atención en los documentos que cubrían la mesa.

—Se lo agradezco y puede llamarme Adrián, aunque mi familia es de linaje

antiguo y mi bisabuelo fue Conde de Viejaporta a principios del siglo pasado, título que por supuesto he heredado, sin duda hay que dejar que la modernidad avance, ¿no le parece? —comentó como de pasada mientras se acomodaba en la precaria silla sin perder la compostura.

—Desde luego, Sr. Adrián —concedió el hombre al que ya le era imposible contener un gesto de no estar muy contento con la interrupción— ¿En qué puedo ayudarle? —le urgió.

—Verá en la actualidad mi familia está totalmente dedicada a los negocios de antigüedades y ya sabe usted lo carísimos que resultan estos artículos — continuó Adrián con su representación—. Mi propia madre, hace tan sólo unos días, invirtió muchísimo patrimonio en la adquisición de un antiguo escritorio famoso por haber sido propiedad del mismísimo Bécquer, ¿se imagina?

—Sí, sí, siga por favor —le contestó el hombre todavía sumergido entre el montón de documentos.

Adrián necesitaba robarle toda su atención para ponerlo tan nervioso que hiciera cualquier cosa, así que sin más miramientos colocó el maletín sobre la mesa del estresado administrador, cubriendo parte de los documentos que examinaba.

—Es fantástico, está en maravillosas condiciones y... Bueno no quiero robarle mucho tiempo —comentó con una sonrisa—. Como le decía, los negocios de mi familia son, ¿cómo decirlo? —hizo una pausa y acercándose como para hacer una confesión al pobre hombre que ya enrojecía de enfado— Muy beneficiosos, si sabe a lo que me refiero.

—Sí, ya entiendo —aceptó bruscamente—. Si me dice exactamente qué es lo que necesita yo...

—Sí, por supuesto, entiendo que tiene mucho trabajo. Perdóneme un segundo —dijo Adrián sacando un pañuelo pulcramente doblado de su bolsillo y girándose para estornudar.

—Salud.

—Gracias. Este ambiente marino me produce una especie de molesta alergia, no sabe usted lo incómodo que es —contestó mientras volvía a guardar el pañuelo con tranquilidad.

—El caso es... —le animó a seguir el hombre.

—¿Cómo dice? —preguntó Adrián.

—Iba usted a explicarme el motivo de su visita.

—¡Oh sí! —rio tontamente—, parece que esta dichosa alergia no sólo afecta

a mi nariz sino también a mi memoria —continuó riendo—. Bien, el caso es que hace unos días yo mismo hice una inversión muy parecida con un espejo victoriano único y el pasante me confirmó que el artículo en cuestión llegaría al Puerto de Barcelona en tan sólo tres días. De eso ya hace diez largas jornadas y aún no he obtenido ninguna información de su paradero. Ya puede imaginar mi preocupación. Es un artículo extremadamente caro y delicado como para que esté en algún almacén en condiciones ambientales que puedan deteriorarlo...

—Dígame el nombre de la empresa transportadora —lo cortó el administrador ya completamente malhumorado.

—¡Por supuesto! Debo tenerlo por aquí —comentó abriendo el maletín y rebuscando entre los papeles, después de unos minutos dijo— Sí, aquí está, se llama “Aguas Tranquilas”.

Sin hacer ningún otro tipo de comentario por miedo a que cualquier cosa se convirtiera en otra larga charla sin sentido y le robara más tiempo del que ya había perdido, el administrador se lanzó al teclado del ordenador buscando la información requerida. Adrián no perdió detalle de cada uno de los pasos y movimientos que realizaba el hombre. Después de escasos segundos y con una ligera señal acústica, el ordenador les informó que ya había encontrado los datos solicitados. Automáticamente tomó uno de los bolígrafos que había esparcidos por la mesa y anotó un largo número que Adrián memorizó al instante y volvió a teclear.

—La última entrada de un barco de esa compañía fue registrada la semana pasada.

—¡Oh, lo imaginaba! El documento que me advertía se ha debido extraviar, Dios sabe lo tremendamente mal que trabaja correos. No quería ni pensar en que aquel pasante me hubiera tomado el pelo, no se veía de esa clase de calaña. Me tengo por alguien muy diestro en el arte de juzgar a las personas —sonrió con orgullo fingido—. Bien, muchas gracias, no le robo más tiempo —se despidió mientras cerraba el maletín y se disponía a marcharse—. Me dirigiré rápidamente a la oficina correspondiente a realizar la reclamación.

—Bien, buenas tardes —le despidió el hombre sin más ceremonias.

—Buenas tardes, ha sido usted de inestimable ayuda. Muchísimas gracias, sepa que tiene mi eterna gratitud, ese espejo es muy importante para mí, ¿sabe?

—Desde luego —dijo el hombre levantándose y acercándose al vano de la puerta para obligar a salir a Adrián.

—Es alentador ver que todavía quedan hombres trabajadores y amables en estos centros.

—Gracias.

—No tiene por qué darlas, es totalmente cierto —volvió a decir Adrián notando como era prácticamente arrojado al exterior de la pequeña oficina y conteniendo una carcajada—. Como le he dicho sé valorar muy bien a las personas.

—Gracias de nuevo y espero que localice su espejo —y sin más cerró la puerta.

Adrián imaginó el suspiro de alivio que tuvo que soltar su interlocutor al cerrar la puerta y sonrió sin poder ocultarlo. Sacó su pequeño teléfono móvil y tecleó el número que había memorizado para evitar errores, escribiendo a continuación las letras DUA.

Mientras Adrián estaba fuera, Mina había comido algo de lo que encontró por la cocina y decidió esperarlo acomodando su ropa en un pequeño armario que Adrián le vació y ofreció a tal efecto. Durante bastante tiempo estuvo ocupada con ese quehacer, mas cuando terminó él aún no había llegado. Entró en el baño y dedicó unos minutos a depilarse pacientemente pero terminó y Adrián seguía sin aparecer. Se sentó en el sofá y conectó el televisor. Después de cambiar los canales opinó que la programación ofrecida a aquella hora era más bien aburrida así que volvió a apretar el botón del apagado. Sin saber qué hacer dejó reposar la espalda en el respaldo del pequeño sofá y clavó sus ojos en la librería que hacía las veces de mueble de comedor. No había fotos, ni recuerdos, ni nada que hablara del pasado, todo era completamente impersonal. Imaginó que aquel estudio no debía ser de su propiedad, sabiendo lo que ahora sabía de su profesión, dedujo que debía ser alquilado. Aquella incipiente curiosidad insatisfecha la llevó hasta el dormitorio. Deseaba saber algo más sobre su acompañante actual y abrió el armario con la esperanza de encontrar algo interesante. Encontró mucha ropa colgada y doblada pulcramente y un par de grandes mochilas. Tomó una de ellas y abrió la cremallera, pero en aquel momento oyó que la puerta se abría y volvió a correrla rápidamente para dejarla en su lugar. Cerró el armario cuidando de no hacer demasiado ruido y salió a recibirlo.

—¿Que tal ha ido? —preguntó al verlo ya en el pequeño comedor.

—Digamos que tenemos lo que he ido a buscar —la saludó Adrián con una sonrisa.

—¡Estupendo! —celebró Mina con más énfasis del necesario.

—¿Acaso lo dudabas? —preguntó Adrián debido al fingido reconocimiento.

—Viendo cómo te las arreglaste con la chica del Registro no me cabía duda de que lo obtendrías —lo picó Mina.

—Bueno aunque es agradable saber que mis flirteos con aquella jovencita todavía te molestan, creo que debes saber que esta vez no ha sido una mujer la persona que me ha atendido— aclaró Adrián—. Pero aún así no he tenido problema alguno.

—Celebro ver que tus dotes no solamente funcionan con el sexo femenino.

—Yo no he dicho nunca que así fuera.

Mina optó por dejar el tema de lado al notar que Adrián podía ponerse insoportable cuando se trataba de alardear de sus victorias.

—Bien, ¿y qué se supone que tenemos? —preguntó ella.

—Tengo el número de DUA de la última importación de tu marido.

—¿Y? —volvió a preguntar sin entender qué tan importante era aquello.

—Pues que con este número podemos entrar en la Aduana y averiguar muchísimas cosas sobre la compañía, como por ejemplo con qué asiduidad entran sus barcos y, lo más importante, qué muelles y qué almacenes utilizan. Esto funciona de la siguiente manera Mina: el material es transportado dentro de grandes contenedores completamente cerrados hasta que la compañía de transporte terrestre los recoge en uno de los almacenes de los muelles por orden de la compañía importadora. Después llevan el material hasta otro almacén propiedad de la misma.

—Entiendo.

—Y es precisamente allí donde deben dar libertad a las personas que tu marido transporta. Naturalmente para saber dónde está ese local, deberemos seguir esos contenedores desde el almacén del puerto.

—Así que ahora tenemos que entrar en la Aduana de nuevo pero furtivamente.

—Exacto.

—Ajá —dijo Mina pensativamente.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Eso déjalo de mi cuenta, además primero haremos algo más importante.

—¿Qué cosa?

—Ir a cenar, estoy famélico.

Eligieron un pequeño restaurante italiano cerca del puerto. Un simpático camarero que surgió de la nada les tomó nota y volvió a desaparecer tan rápidamente como vino. Mina miró a su alrededor. Aquel lugar era sencillamente encantador. Un local que albergaba siete mesas a lo sumo, decorado en un estilo totalmente mediterráneo, ofrecía un ambiente relajado e íntimamente romántico. Siempre le habían gustado los sitios que le infundieran la sensación de arropo, seguramente debido a que hacía muchísimo tiempo que no sentía esa protección que tanto necesitaba. Pero estar sentada allí, en aquel lugar que le procuraba aquella sensación y acompañada por Adrián, era algo totalmente nuevo y mágico. Una pequeña vela, que flotaba en un recipiente con agua, iluminaba la sobremesa y conseguía dar incluso mayor calidez al encuentro.

Adrián no dijo nada, limitándose a observarla. Se la veía sencillamente hermosa con el rostro iluminado por la tenue luz de aquella vela que teñía con un tono dorado su aterciopelada piel. Se preguntó cómo debía verse toda la extensión de su bello cuerpo de aquella forma y tomó nota mentalmente que debía averiguarlo. La reaparición del camarero con la ensalada y las dos pizzas demandadas lo sacó de su ensimismamiento. Mina por fin le miró, no dijo nada, parecía inmersa en sus propios pensamientos y hubiera dado cualquier cosa por saber qué era lo que ocupaba su mente. Como si ella le hubiera leído el pensamiento comentó:

—Me encanta este lugar. Es muy acogedor.

—Ciertamente es muy bonito –concedió él mientras atacaba la ensalada con el tenedor.

—¿Habías venido antes aquí?

—Sí, en varias ocasiones.

Por la respuesta de Adrián, Mina pensó que sin duda aquel era el sitio donde debía traer a sus conquistas, pensamiento que por otra parte no le gustó en absoluto.

—Claro, es muy romántico.

—Desde luego.

—Y supongo que quedarían encantadas —comentó ella aludiendo al sexo femenino de sus acompañantes.

—No hubo quejas —dijo sin más.

—Ya —contestó ella bajando los ojos y entendiendo perfectamente aquella respuesta.

Justo entonces se dio cuenta Adrián del error cometido. Mina no era como las otras mujeres con las que había estado. Ellas sabían que las relaciones que mantenían con él eran pasajeras, totalmente desprovistas de sentimiento alguno y no daban tanta importancia a los encuentros sexuales esporádicos, pero Mina pensaba de otra forma. No debía haber comentado nada de sus relaciones pasadas, se maldijo internamente por su poco tacto. La miró tratando de leer en sus ojos, pero le fue imposible, ya que ella había bajado la mirada y se dedicaba únicamente a picotear del plato. Adrián se sintió tremendamente mal. No sabía qué hacer ni qué decir para arreglarlo. Ese deseo de solucionar las cosas y aliviar el dolor producido le salió del corazón y fue entonces cuando supo con certeza que aquella mujer y el concepto que pudiera tener de él, le importaba más de lo que había imaginado.

Mina no quería mirarle. Aunque aquella misma mañana había tomado la decisión de ser completamente libre y no dar tanta importancia al sexo, internamente se sentía herida. Una cosa era imaginar la vida que había llevado Adrián y la cantidad de conquistas que tenía en su haber y otra, muy diferente, hablar tan abiertamente del tema. Se sentía tonta, no debía haberse dejado llevar tan fácilmente y caer rendida en sus brazos como una cualquiera. Ella no era así. No debía engañarse, aquel hombre era un libertino sin remedio. Sin duda había cometido un grave error, pero se prometió que no volvería a ocurrir. Terminarían la investigación lo mejor que pudiera. Llevaría el asunto de nuevo al terreno profesional y se cuidaría mucho de no volver a acostarse con él. Aquella decisión cayó en su corazón como una pesa de novecientos kilos.

CAPITULO 13

Ya estaba entrada la madrugada cuando Adrián y Mina se disponían a burlar todos los sistemas de alarma de la Aduana para hacerse con la información que necesitaban. Habían dejado el coche aparcado a una distancia prudencial, no demasiado cerca para que no llamara la atención en la zona de aparcamientos vacía a aquella hora, ni demasiado lejos como para que, en el imaginario caso de que tuvieran que salir corriendo, el tramo fuera demasiado largo.

Teóricamente el área circundante debía estar desierta, no obstante, Adrián prefería tomar las precauciones necesarias en caso de que ocurriera algún imprevisto. Examinando el terreno concienzudamente, avanzaron con lentitud hasta llegar a la puerta de entrada del edificio de oficinas donde, aquella misma mañana, se había entrevistado con el administrador.

—Mantente detrás de mí en todo momento y pegada a la pared, ¿comprendido? —dijo Adrián en voz muy baja mientras se colocaba unos guantes para el trabajo.

—Sí —contestó Mina también en susurros.

—Bien, voy a desactivar la alarma que está conectada a esta puerta, es un mecanismo sencillo no tardaré, una vez esté abierta he de anular las cámaras. No entres hasta que te lo indique.

—De acuerdo.

Adrián sacó de una bolsa deportiva que había llevado consigo un pequeño aparato con una pantalla digital y se puso a trabajar con la cajetilla de botones que servía para introducir el código de acceso. Durante los pocos segundos que Adrián tardó en hacerse con el código de desactivación, Mina se retorció las manos una y otra vez. En su mente se mezclaban el miedo por ser sorprendidos haciendo aquella ilegalidad y la marea de sentimientos recién encontrados.

—Ya está, ahora las cámaras.

Mina no dijo nada, tan sólo asintió con la cabeza, haciéndole saber que comprendía y recordaba la advertencia de no entrar hasta que él se lo indicara. Adrián desapareció tras la barrera de la puerta y Mina volvió los ojos hacia el exterior y la negrura que lo envolvía todo. No hacía frío pero los nervios, que en aquel momento la tenían completamente a su merced, conseguían que un

helor extraño se adueñara de ella desde dentro.

Adrián penetró en la conocida oficina y de un rápido movimiento se colocó bajo la única cámara que recogía los movimientos de aquella sala, sabiendo que era un punto ciego. Con esfuerzo se estiró hasta llegar a descubrir la tapadera del panel de control dejando al aire un laberinto de cables coloreados. Localizó rápidamente el emisor de datos y con ayuda de la afilada navaja realizó un corte en el plástico que lo recubría. De uno de sus bolsillos extrajo un pequeño trozo de papel de aluminio y lo aplicó en el corte. Eso produciría una interferencia que impediría registrar imagen alguna, después lo retiraría y arreglaría el problema. Al ver la grabación tan sólo pensaría que había sido un problema eléctrico.

—Adelante.

Mina entró con recelo, echando ligeros vistazos a su retaguardia y hacia el frente.

—¿Ya no pueden vernos? —preguntó Mina en susurros.

—No —contestó Adrián acercándose a su oído para contestarle en su mismo tono.

—¿Estás seguro? —volvió a preguntar.

—Desde luego.

—¿Y oírnos?

—Tampoco

—¿Y por qué hablamos tan bajito?

—Tú no lo sé, a mi me gusta tener tu pequeño lóbulo cerca de mis labios y poder oler tu perfume.

Aunque interiormente aquella confesión medio en broma le gustó más de lo que deseaba admitir, Adrián recibió un pequeño empujón de queja acompañado por una mueca de disgusto, que le produjo una buena carcajada.

Caminaron en línea recta hacia la última puerta de aquella habitación, la que guardaba tras de sí la oficina del administrador. Adrián sabía que ningún otro sistema de alarma o detección existía, pues había aprovechado bien su visita, y giró el pomo confiado. Entró seguido de cerca por Mina que miraba curiosa hacia todas partes.

Con paso firme Adrián se colocó tras la mesa y accionó el ordenador que emitió el característico sonido de puesta en marcha. En pantalla apareció una pequeña ventana que solicitaba la clave de acceso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mina, más para sí misma que para su

acompañante.

—Tranquila ya me esperaba algo así.

Adrián sacó de la bolsa un estuche del cual extrajo un CD que introdujo en el ordenador y reinició el sistema.

—¿Qué haces? —preguntó curiosa.

—He introducido un programa que buscará un código para saltar el de acceso. Después tendré vía libre para hacerme con su ID y ya no tendremos que preocuparnos más. Podré vigilar este ordenador desde cualquier otro conectado a la red.

—¿Pero qué eres tú? —dijo sonriendo—. ¿Un hacker?

—Pues no, pero de todas formas la palabra correcta es “cracker”

—Suenan a galletitas —Adrián rio.

—¡Ah! Ya está, todo listo para averiguar sus secretos. Mientras, mira en esos archivadores a ver qué encuentras que pueda servirnos.

Mientras Adrián tecleaba concienzudamente en el ordenador, Mina se dirigió hacia los archivadores que le había indicado. Montones de carpetas colgantes se tambalearon cuando abrió uno de los cajones. Leyó las etiquetas de cada una de ellas sin encontrar lo que buscaba.

—Aquí no hay nada —dijo.

—Mira en los otros.

Mina examinó los siguientes de la misma forma hasta que dio con una carpeta en la que rezaba el nombre de la compañía de su marido.

—¡Aquí está!

—Fantástico, mira en los documentos, necesitamos saber qué almacén le suelen designar a los contenedores. Yo ya estoy por terminar con esto.

Mina examinó los documentos uno por uno y llegó a varias conclusiones.

—Utiliza siempre el almacén 5 del muelle 3, y aproximadamente reciben contenedores cada tres o cuatro días, el último lo recibieron ayer.

—Buen trabajo —dijo Adrián mientras extraía el CD y apagaba el ordenador. Ya podemos marcharnos.

Dejaron la oficina tal y como la habían encontrado y caminaron hacia la salida. Mina se sentía satisfecha de haber conseguido tan buena información aunque su conciencia la recriminaba por haberlo hecho de forma ilegal. Pero en vista de los oscuros negocios de su marido: «¿De qué otra forma hubiera conseguido tenerlos? —se dijo a sí misma con el ánimo de perdonarse un poco.»

Antes de volver a cerrar la puerta del edificio Adrián, quitó el pequeño papel que había aplicado en el cable de la cámara y colocó la tapa. Cerraron la puerta y activaron la alarma.

Una vez de vuelta a la seguridad de coche, Mina dejó escapar un suspiro que alivió parte de la tensión acumulada.

—Para ser tu primera incursión ilegal, no lo has hecho nada mal —comentó Adrián sonriendo, dándose cuenta de lo que le ocurría.

—Si se supone que es un halago, gracias —dijo más seria de lo que había querido.

—En el amor y en la guerra todo vale, gatita.

—¿Y esa norma la aplicas siempre? —Mina no se dio cuenta de que pensaba en voz alta hasta que las palabras salieron de sus labios.

Adrián la miró arqueando una de sus negras cejas.

—Por supuesto —contestó Adrián a la vez que guiñaba un ojo y aparecía en su rostro ese rasgo que le daba aire de atractivo demonio.

Mina dio gracias al cielo por la escasa luz que los rodeaba e impedía a Adrián regocijarse con el sonrojo que se había extendido por su cara.

De vuelta en el pequeño apartamento de Adrián, Mina seguía pensando en el significado de las últimas frases intercambiadas. Se preguntó si Adrián tenía una ligera idea de los contradictorios sentimientos y los pensamientos que asaltaban su mente continuamente. Suponía que no sabía con exactitud lo que pensaba, pero sin duda debería tener una ligera idea. Él era un hombre de mundo, conocía a muchas mujeres, sus gustos, sus tendencias, sus caracteres, o al menos, de eso alardeaba aunque no verbalmente. Eso era un punto a su favor desde luego. No hubiera soportado una disertación sobre los gustos de sus anteriores conquistas. Sin embargo, el hecho de que tuviera esos conocimientos era un extraño aliciente para su atractivo.

Recordó, no obstante, la decisión que había tomado mientras cenaban. No volvería a acostarse con él, pensó mientras observaba como Adrián se deshacía de la camisa y dejaba al descubierto la musculada espalda. Bueno...., pensó, al menos no tan alegremente como la última vez. Debía reconocer que la atracción física que sentía por aquel hombre era lo suficientemente fuerte como para olvidar por completo todas las decisiones tomadas racionalmente.

Pero debía esforzarse por recordarlas.

—¿Vamos? —preguntó Adrián con una sonrisa.

—¿Adónde? —preguntó Mina sin entender, todavía con el cerebro lleno de sus propios pensamientos.

—A la cama, por supuesto.

—¿Qué cama?

—¡Mina! La cama. Mi cama.

—No

—¿No? —preguntó sorprendido.

—No estoy segura de que sea una buena idea —le informó—. Esta noche preferiría dormir sola.

—Eso sí que no es una buena idea —dijo borrando la sonrisa de su rostro.

—Lo siento Adrián, pero esta noche no sería una buena compañía —dijo como excusa.

—Bien... Como quieras... —concedió contrariado. Que le llevara el diablo si entendía a las mujeres—. De todas formas utiliza tú la cama, yo dormiré en el sofá.

—Nada de eso, esta es tu casa.

—¡Mina! En esto no admito negativas —dijo muy serio.

—Bien —dijo ella mientras comenzaba a encaminarse hacia la habitación. Antes de penetrar en el pasillo, se paró y volviendo ligeramente la cabeza pero sin mirarle susurró—. Buenas noches.

Adrián observó como Mina desaparecía tras la puerta de la habitación. Se recostó en el sofá intentando acomodar su enorme cuerpo a aquel mueble demasiado pequeño para albergarlo. Realizó varios movimientos intentando conseguirlo, volvió a incorporarse presa de una furia que en realidad nada tenía que ver con su incomodidad y recolocó los pequeños cojines con brusquedad para volver a reclinarse.

—Estúpido insensible —se recriminó a sí mismo mientras recordaba, con atino, la escena en el restaurante—. Debería aprender a mantener la boca cerrada.

Intentó dormir, buscó el cansancio en todos y cada uno de los rincones de su cuerpo y aunque los encontró, el sueño le era negado por la incesante actividad de sus pensamientos. Permaneció despierto durante horas, maldiciéndose una y otra vez por su poco tacto con ella y odiándose por haber estropeado algo que pudiera haber sido lo más hermoso que nunca le había

pasado. Se encontró a sí mismo pensando en Mina de una forma en la que nunca antes había pensado en otra persona. Jamás ninguna mujer le había calado tan profundo y en tan poco tiempo como aquella pequeña dama que le había agujoneado desde el primer momento, consiguiendo excitarle en el aspecto sexual de la forma en que ella lo había hecho, ratificando de nuevo la idea de que le importaba demasiado el concepto que tuviera de él. Importancia, sí, esa era la palabra. Aquella mujer le importaba.

¿Se había enamorado de ella? Quizá era demasiado pronto para responder a esa pregunta. Pero tomó la decisión de que mostraría a Mina el verdadero Adrián, lograría vencer sus temores y sus miedos, conquistaría sus pensamientos igual que ella había conquistado los suyos. Sería todo un reto y él jamás le había vuelto la espalda a ninguno.

CAPITULO 14

Una incesante actividad en la cocina, que producía un ruido espantoso, consiguió sacar a Mina del sueño tan difícilmente conseguido. Perezosa, abrió un ojo que dirigió a la ventana para comprobar si por alguna rendija de la persiana se filtraba algo de luz que le diera la seguridad de que el día había llegado. Efectivamente así era. Más choques de vidrio y metal consiguieron despertarla del todo. Por el ruido que hacía, Adrián debía estar preparando comida para un regimiento.

Adrián: el centro de su presente y el motivo de que aquella mañana se sintiera como si un tren de mercancías le hubiera pasado por encima.

Demoró todo lo que pudo la salida de entre las sábanas. No es que tuviera miedo, simplemente no sabía cómo enfrentarse a él después de lo ocurrido la noche anterior. Recordaba perfectamente el cambio en su rostro cuando le dijo que no compartiría su cama. Pasó de ser el demonio sexual que conocía a aparentar la terrible tristeza de un niño desvalido y falto de cariño. Incluso la seriedad con que afrontó el diálogo le habló a las claras de ese sentimiento; el dolor por el rechazo. ¿Pero había sido dolor o solamente orgullo herido? Esa era la pregunta que se había formulado hasta que lo escuchó farfullar entre dientes algo referente a que había sido un estúpido insensible. Después de eso, fue ella la que se sintió tremendamente mal.

Por fin encontró las fuerzas físicas necesarias para levantarse y dirigirse hacia la ducha, tomando antes algo de ropa para vestirse. Abrió el grifo, dejó correr el agua hasta que la notó templada y se introdujo bajo ella. En la cocina, Adrián seguían en su empeño de hacerse oír y Mina sonrió imaginando la escena.

Debía ser sincera con ella misma. Sabía que su atracción por ese hombre era genuina, así como los sentimientos que comenzaban a aflorar en ella. ¿Acaso estaba haciendo mal en negarse todo aquello?

Después de la conversación mantenida en el restaurante se sintió fatal. Como si hubiera dado la impresión de ser una facilona. ¿Pero y si Adrián no había pensado en ello? ¿Quizá ponía pensamientos en su mente que no se había producido más que en la propia? ¿Y si era ella solamente la cabecita loca que trataba de analizar una y otra vez cada una de sus acciones? Si así fuera, ella y sólo ella, era la causante del sufrimiento de ambos.

Durante demasiado tiempo había sido la persona en la que cayera toda responsabilidad. Tan asumido tenía el papel que actuaba sin pensar. Ya estaba cansada de todo aquello, debía reaccionar, coger las riendas de su propio presente, disfrutándolo al máximo. ¿Quién sabía lo que ocurriría al día siguiente? Desde luego ella no. Había llegado el momento de ser un poco egoísta y dejar de vivir para los demás. Ahora solamente importaba conseguir su propio bienestar metiendo entre rejas a su marido. Ahora su presente era Adrián y ella trataría por todos los medios de que también fuera su futuro.

—Buenos días —saludó Mina con una sonrisa desde la puerta de la cocina.

—¡Vaya! Por fin despertó la bella durmiente —respondió Adrián mientras bregaba con platos y sartenes. —¿Has dormido bien? ¿Tienes hambre? —preguntó con una gran sonrisa dibujada en los labios.

Cuando Adrián le sonreía, Mina siempre notaba que algo en sus piernas se debilitaba y aquella vez no fue diferente.

—Sí a tus dos preguntas —mintió.

—Estupendo. Siéntate, esto ya está listo.

Se acomodó sobre uno de los taburetes frente a la pequeña mesa plegable fijada a la pared. Adrián la había preparado ya con cubiertos, vasos, servilletas, rebanadas de pan tostado, mantequilla, mermelada de fresa y una jarra con zumo de naranja, a la espera de los platos principales.

Sonrió tristemente intentando recordar si alguna vez habían hecho eso por ella, llegando a la conclusión de que aquella era la primera.

—Aquí tienes —dijo Adrián dejándole delante un gran plato con separaciones para los diferentes alimentos, entre los que había: bacon, huevos fritos, tortitas, fiambres y macedonia de frutas.— no sabía lo que te gustaba para desayunar así que...

—Gracias, te lo agradezco de veras, pero...

—¿No me dirás ahora que no te gusta nada de lo que hay? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—No, no, —rio Mina— todo es... Perfecto. Sólo es que me siento mal por lo de anoche, yo...

—Olvídalo Mina. Yo ya lo he hecho —sonrió—. El pasado, pasado está. Disfruta del desayuno, hay que reponer fuerzas para el día libre que tenemos

por delante.

—¿Día libre?

—Por supuesto hoy no hay nada que hacer —dijo comenzando a comer—. Bueno... Pensándolo mejor, yo sí debo hacer una pequeña tarea pero después nada de nada.

Disfrutaron de la comida mientras repasaban los datos conseguidos hasta aquel momento. Lo más importante era que Adrián tenía la IP y el Identificador de Usuario del ordenador de Aduanas y, nada más terminar el desayuno, procedió a conectar su ordenador portátil con el del administrador. De ese modo, registraría cada una de las entradas y salidas sin que nadie lo notara.

Una vez terminada la labor, que no le llevó más de diez minutos, Adrián volvió a meterse en la cocina y se dispuso a preparar bocadillos. Mina no entendía lo que tenía en mente, aún así, se puso manos a la obra y le ayudó.

—¿Estás preparada? —preguntó Adrián.

—¿Qué tienes en mente? —con aquel hombre nunca estaba segura de a qué se enfrentaría.

—Si te lo dijera apuesto a te ruborizarías —comentó con una pícaro sonrisa.

—Vamos Adrián, ¿preparada para qué?

—Creo que no te lo voy a decir —rio— Será una sorpresa.

—Eres un hombre perverso —rio Mina abiertamente.

«Sí, un hombre perverso hechizado por la más bella bruja de cuento jamás escrito —pensó Adrián mientras la miraba reír embelesado.»

La sorpresa de Adrián consistió en visitar la ciudad donde vivía, Barcelona. Debía agradecerle que hubiera tenido esa idea ya que por su dedicación única y exclusiva a su negocio, y por el miedo a ser encontrada por su marido, jamás lo había hecho.

Pasearon y rieron juntos durante horas, visitando puntos de interés turístico como la Sagrada Familia, La Pedrera, Plaza Cataluña o el Laberinto de Horta, hasta terminar cansados y hambrientos en el Parque Güell.

Decidieron sentarse en un banco mientras disfrutaban del paisaje, que alternaba naturaleza y arquitectura, mientras daban buena cuenta de los bocadillos que Adrián había llegado consigo en una pequeña mochila.

—Esto es sencillamente magnifico, me encanta este lugar—dijo Mina mirando a su alrededor— ¡Qué belleza!

El ligero viento jugaba con su pelo y sus ojos brillaban de felicidad. Rodeada de aquel fantástico mundo que Gaudí había creado, Adrián la

comparó con una ninfa salida de la mente de aquel genio. Todo su cuerpo cantaba a las claras que se sentía más viva que nunca. Adrián la miraba maravillado por el cambio que había experimentado con tan sólo hacerla olvidar, por unas horas, el asedio y los problemas que la ahogaban. Su corazón se llenó de gozo, sabedor de que había sido él quien lo había conseguido. La noche anterior se sorprendió a sí mismo descubriendo sentimientos hacia ella, pero en aquel momento tenía muy presente que crecían con cada minuto que compartían.

—No sé cómo darte las gracias por este maravilloso día.

—Se me ocurren muchas maneras —dijo Adrián con el tono travieso que acostumbraba adoptar.

Mina rio de nuevo ante la idea que comenzaba a formarse en su cerebro. Adrián siempre utilizaba esas frases para ponerla en situaciones difíciles pero, ¿qué pasaría si ella hacía lo mismo?

—Está bien, dime una.

Mina observó como varios pensamientos traspasaron la mente de Adrián trasluciéndose en su rostro. Leyó en sus ojos el deseo casi animal, después algo que pareció satisfacción en su corazón y por último algo más que no supo cómo interpretar.

En vez de ofrecer una respuesta, Adrián la tomó por la nuca y la acercó a él.

—Por ahora —dijo cerca de su boca—, me conformaré con un beso.

Mina se acercó un poco más a sus labios sin tocarlos, apenas rozándolos, sintiendo en ellos el calor que desprendía. Recordando lo que sentía su cuerpo cuando él la besaba y el dulce sabor de su interior. Jugando con la demora del placer que tanto deseaba y el cual se había negado estúpidamente.

Adrián la miraba a los ojos, ahogándose en ellos, nadando en aquella vorágine de deseo que había estallado en el centro mismo de sus pupilas. El viento enredaba hebras de sus cabellos, entrelazándolos, uniendo guedejas como a ellos les hubiera gustado unir sus cuerpos. El mundo dejó de existir para ellos. En aquel instante nada importaba más que el placer de sentir el contacto del otro. De ofrecerse mutuamente un nuevo principio aceptando todos los riesgos futuros.

Como para firmar aquel último pensamiento, Mina se apoderó de su boca con un hambre voraz, Adrián tomó su cabeza entre las manos como si aquel gesto fuera suficiente para impedir que nunca se separara de él. Sus lenguas

jugaron y se enredaron, lamiendo, explorando y saboreando el suave interior del otro. Dentro de sus cuerpos notaron como cada uno de sus sentidos cobraba vida y necesitaran cada vez más del otro para seguir existiendo, como si hasta entonces hubieran permanecido muertos. El deseo sexual crecía a cada instante, animado por el ansia frenética de aquel apasionado beso, creando una nueva y potente necesidad.

—¡Guaaaaaaaaaaaaaaau! —oyeron entonces.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano Adrián desvió su atención y miró al grupo de niños que, entre nerviosas risillas, los miraban boquiabiertos.

—Creo que estamos dando un espectáculo no apto para menores —sentenció Mina.

Acto seguido Adrián, se levantó rápidamente de su asiento y comenzó a correr dando alocados alaridos, tras los niños que emprendieron la huía riendo divertidos.

Más tarde y ya de vuelta al apartamento, Adrián observó que Mina permanecía demasiado callada y eso no le gustaba en absoluto.

—¿En qué piensas? —preguntó haciendo su abrazo un poco más fuerte.

—Debería pasar esta noche por la sala para ver que todo marche bien.

—No es muy buena idea, si la están vigilando...

—Sí, lo sé, pero aún así debo ir.

—De acuerdo iremos, pero que sea una visita rápida y procura que te vea la menor cantidad de gente posible.

—Eso es complicado tratándose de una discoteca ¿no crees? —comentó divertida.

—Tú ya me entiendes.

—Sí, perfectamente.

CAPITULO 15

El local estaba abarrotado. Pese a la estatura de Adrián, se le hacía difícil seguir a Mina con la mirada y se ponía de puntillas una y otra vez para comprobar que se encontraba bien. Ella había insistido en que no era bueno que los vieran juntos por el momento y aunque a Adrián, ese detalle, le había molestado más de lo que quería admitir debía reconocer que tenía razón. Ahora se encontraba apoyada en una de las barras hablando con el encargado sobre la caja y Adrián aprovechó para colocarse algo más atrás para poder verla sin necesidad de intentar alzarse. Con esa intención retrocedió un par de pasos sin ni siquiera mirar, hasta que un sonoro grito lo sacó de su ensimismamiento y se giró rápidamente para ver la causa.

—¡Oh! No sabe cuánto lo siento —se disculpó Adrián al darse cuenta que había pisado el pie a una mujer que medio agachada intentaba ver si el daño había sido tan grande como el dolor que sentía.

—¡No ha sido el hecho de...! —comentó la mujer de mal talante hasta que levantando un poco el rostro y clavó los ojos en semejante espécimen—. Quiero decir... —carraspeó para aclarar la voz y dibujando una atractiva sonrisa en los labios continuó— No se preocupe, la culpa es mía por traer estos endemoniados zapatos de verano a una sala de fiestas. Stelle Smith, encantada de conocerle.

—¡Oh no, nada de eso! —dijo Adrián dándose perfecta cuenta del cambio radical efectuado en la dama— La culpa es mía por no mirar. Adrián Ferro, lo siento de veras, ¿le duele mucho? —prosiguió ofreciéndole la mano y una de sus perfectas sonrisas.

—No, no demasiado. No se preocupe, ya pasará. —comentó Stella sin despegar su mano de la de Adrián y totalmente cautivada por aquella boca viril— ¡Vaya ahora le recuerdo! ¡Es usted aquel chico que hizo el striptease hace unos días!

—El mismo, para servirle —Adrián continuó hablando con la mujer y lanzando ligeras miradas hacia donde se encontraba Mina, aquella conversación ya estaba durando más de lo necesario y no quería despistarse demasiado pero tampoco le gustaba ser mal educado con las damas.

—Es un verdadero placer —contestó la mujer dando especial énfasis a la última palabra.

—El placer es mío —concedió Adrián.

—¿Y qué hace de nuevo por aquí? ¿Quizá nos ofrecerá de nuevo su arte para nuestro deleite? —preguntó la dama adoptando ya una posición algo más cómoda y atrevida, señal inequívoca de que no tenía pesando dejarlo escapar.

—La verdad es que estoy esperando a alguien —lanzando una nueva mirada en la dirección de Mina que seguía enfrascada en la conversación.

—Desde luego —contestó—. Un hombre como usted debe tener una agenda muy apretada, sin duda llena de citas con hermosas hembras —dijo relamiéndose.

Escuchaba hablar a la mujer pero tenía la mirada clavada en Mina. Se la veía espléndida a la par que discreta con aquel elegante vestido negro de tirantes, largo hasta los tobillos. El escote, aunque no muy pronunciado, dejaba a la vista el inicio de sus hermosos pechos y el largo y sedoso cuello adornado con una fina gargantilla de oro a juego con los pendientes del mismo estilo. Tenía un gusto exquisito: bella, elegante, sin llegar a una desagradable opulencia. Hablaba con el encargado de una forma amigable y directa. Se la veía contenta y deseó haber sido el origen de esa felicidad.

A los pocos minutos Mina ya había terminado de aclarar las cuentas con el encargado de la barra y buscando a Adrián con la mirada le hizo una señal de que ya podían marcharse. Adrián comprendió enseguida.

—Ha sido un placer conocerla Stella, pero he de irme ya —comentó echando un rápido vistazo a su reloj de pulsera—. Sin duda mi cita ha debido tener problemas para llegar y debo hacer una llamada de teléfono.

Mientras se despedía de la mujer dejó que Mina pasara delante de él hacia la salida para, unos segundos más tarde, salir tras ella.

—Bien, no se preocupe, ¿volverá más tarde? —preguntó Stella muy interesada pasando sus dedos por la solapa de la americana de Adrián.

—No lo creo, aún así, ha sido maravilloso conocerla —reiteró Adrián tomando esa misma mano para llevársela a los labios y besarla.

—No tanto como para mí —dijo la mujer mientras veía entristecida como Adrián se marchaba.

—Espero no haber interrumpido nada interesante —comentó como de pasada Mina, una vez se encontraron en la calle y lejos de miradas indiscretas.

Sus palabras provocaron las carcajadas de Adrián.

—¿Celosa de nuevo? Eso está bien —dijo entre risas mientras recibía un ligero empujoncito de Mina—. Digamos que me sentía en deuda con la señora

después de haber aplastado su pie. ¿Todo bien ahí dentro?

—Sí, perfectamente, excepto por un patoso que se dedica a aplastar los pies de mis clientas.

Mientras volvían a reír por la torpeza del hombre, el móvil de Adrián sonó indicando que recibía una llamada.

—¿Sí? —preguntó. Mientras esperaba la contestación, Mina lo miraba curiosa—. Bien, enseguida nos ponemos en camino —y con esto colgó.

Ella seguía esperando información.

—Era mi hermano Diego, acaban de aterrizar en Barcelona.

—¿Acaban?

—Él y su esposa Gala —aclaró—. Me ha pedido que pasemos a recogerlos.

—De acuerdo.

Aunque era bastante tarde en la terminal del aeropuerto había tanta actividad como si fuera cualquier hora del día. Pasajeros que emprendía su viaje, otros que llegaban a destino y personas que daban la bienvenida, o despedían a sus seres queridos, se reunían en aquel amplio y luminoso espacio.

Como fuera que Mina no conocía personalmente a las personas que buscaban, se limitó a observar todo lo que la rodeaba, a la espera de que Adrián los encontrara. Justo antes de que él dijera nada, Mina vio acercarse a una pareja formada por un alto, robusto y bien parecido hombre de negocios acompañado por una igualmente alta, esbelta y bellísima mujer.

—¡Adrián! —le saludó efusivamente la mujer, mientras lo abrazaba cariñosamente.

—Gala, siempre es un placer verte —dijo mientras se separaban del abrazo y encaraba a su sonriente hermano que no le quitaba el ojo de encima a Mina—. Por supuesto, no puedo decir lo mismo de ti —saludo igualmente a su hermano con un gran abrazo de oso que desmentía sus palabras.

—Me pareció que necesitabas ayuda.

—No especialmente —le contestó Adrián.

—No seas tan presuntuoso, he descubierto de qué va todo esto y tú solo no podrás con alguien tan poderoso, sé que hay mucho dinero de por medio —dicho esto, Diego volvió a prestar toda su atención en Mina y sonriendo, de

una forma que le recordó la sonrisa lobuna de Adrián, preguntó: —¿No nos vas a presentar? ¿O piensas llevarte a la tumba el nombre de esta bella mujer? —preguntó mientras tomaba la mano de la referenciada y se la llevaba a los labios con una elegancia como jamás había visto antes en ningún hombre.

Aquel apunte le costó a Diego un codazo de su hermosa acompañante y una mirada asesina de su hermano pequeño, actos que a Diego le causaron tal gracia que rompió a reír escandalosamente.

Una vez hechas las presentaciones pertinentes, Diego y Gala expresaron su deseo de marchar al hotel donde habían reservado habitación. En el aparcamiento Adrián y Diego se dedicaron a cargar un par de maletas en el coche para después ocupar sus lugares dentro de éste, junto a sus correspondientes parejas: Adrián y Mina en los asientos delanteros y Diego y Gala en los traseros.

—Es preferible que no toquemos el tema que nos ocupa hasta que lleguemos al hotel, estaremos más cómodos hablando del tema en la habitación —comentó Diego, dejando patente que esperaba que tanto Mina como Adrián permanecieran algo más de tiempo con ellos.

Durante el trayecto, Mina observó algo que le llamó la atención particularmente y no dudo en comentarlo con Adrián.

—¿Es posible que esté viendo lo que estoy viendo?

—No soy adivino, no sé a qué te refieres.

—Tu hermano y su esposa... —dijo extrañada—. Se roban mutuamente.

La risa de Adrián llenó el pequeño receptáculo del automóvil.

—No te extrañes. Esos dos tienen una forma muy peculiar de divertirse, forma parte de su pasado, pero no te asustes sólo lo hacen entre ellos, ya los irás conociendo.

Mientras Adrián le aclaraba aquello, Gala mostró triunfadora el pequeño pasa corbatas de Diego y éste, aunque riendo, le mostraba a su esposa un pequeño lacito de color negro, que Mina reconoció como un adorno de una prenda interior.

CAPITULO 16

La habitación que Diego y Gala tenían reservada no era otra que la Suite presidencial del hotel. Mina se quedó boquiabierta ante el despliegue de lujo y comodidades que recogía la espaciosa estancia. Dividida en diferentes ambientes, sin necesidad de paredes que las separaran, disponía de una sala de estar equipada con televisión y equipo de sonido de última generación, un despacho con un cómodo butacón tras una impresionante mesa de mármol travertino y por supuesto el dormitorio presidido por una inmensa cama, así como el cuarto de baño y aseo, única parte de la habitación que sí estaba protegida por una puerta. Hermosas lámparas de pie, estaban colocadas estratégicamente para iluminar todo el espacio indirecta pero eficazmente.

Acomodados ya en los amplios par de sofás de piel negra, dispuestos uno frente al otro en la parte que hacía las veces de sala de estar, Mina no dejaba de observar todo a su alrededor. No comprendía como un hombre que supuestamente pertenecía al cuerpo policial podía permitirse pagar una habitación como aquella. Imaginó que Gala también debía tener su propio trabajo, pero aún así, sumando ambos salarios no llegaba para pagar aquel lujo. Como si Adrián le leyera el pensamiento, se acercó a su oído y le susurró:

—Sus ingresos no se limitan a la nómina mensual.

Comprendió que Diego debía tener negocios propios que le retribuían grandes beneficios mas no imaginaba cual podía ser tan rentable.

—Creo que lo mejor es hacer una visita a esos muelles —dijo Diego sacándola de sus cavilaciones—. Una visita inesperada pero que llame la atención.

—Por una vez, estoy de acuerdo contigo, hermano.

—Amén —contestó Diego.

—No creo que sea buena idea —comentó Mina ante semejante plan—. Si algo saliera mal... —no pudo concluir la frase pues sus ojos corrieron a buscar los de Adrián.

—Para conseguir que detengan a tu marido, Mina, harán falta pruebas irrefutables y esta documentación, aunque buena, no será suficiente. Necesitamos que se ponga nervioso, conseguir alarmarlo hasta que cometa algún error, o intente adelantar acontecimientos. Necesitamos una acción

rápida y para ello, es necesario correr riesgos —explicó Diego comprensivo a la vez que alternaba su mirada entre Mina y Adrián—. Créeme, sé lo que hago.

—Bien, si todos pensáis que es lo mejor y más efectivo, adelante —aceptó de mala gana.

—Hay que hacerlo mañana por la noche, es una estupidez dejarlo para más tarde —planificó Adrián.

—Por mí ningún problema —sonrió Diego y sus ojos brillaron de anticipación.

—Estupendo —dijo Gala—. Es tarde y todos estamos cansados. Así que si queréis podéis quedaros a dormir aquí. Creo que estos sofás se convierten en camas.

—Gracias Gala, pero aún tenemos cosas importantes que hacer en mi apartamento y no queremos molestar —contestó Adrián rechazando la oferta.

—¿Has oído querida? Tienen cosas importantes que hacer... —repitió Diego con voz ronroneante, mientras miraba a su esposa con una ceja levantada y una traviesa sonrisa en los labios—. Te propongo que tú y yo hagamos lo mismo —rio mientras la abrazaba posesivamente y ella correspondía con un secreto pellizco en sus lumbares a modo de reproche.

Mina entendió que Diego había dado otro significado más mundano a la frase y enrojació imaginando lo que debía haber pensado y la imagen que podría llevarse de ella. Adrián notó al instante el malestar de Mina y clavó unos duros ojos en su hermano, que transportaban afilados puñales de ira.

—¿Qué? —dijo Diego encogiéndose de hombros sin comprender el error que supuestamente había cometido.

De vuelta al apartamento, en el automóvil de Adrián reinaba el silencio entre los ocupantes. Mina lanzaba discretas y rápidas miradas a su acompañante, el cual parecía completamente absorto en la conducción. Teniendo en cuenta el poco tiempo que hacía que se conocían, parecía increíble todo lo que habían compartido hasta el momento. Instantes de pasión, nervios, risas, tensión... todo mezclado y aderezado con su imponente y poderosa presencia. Ahora, tratando de descifrar todo lo que sentía después de lo hablado en el hotel, supo que era miedo. Un miedo como jamás antes había sentido por nadie; ya que aquel sentimiento no era producido por lo que le

podiera pasar a ella, sino por el riesgo que en la siguiente noche correría él. Si lo conocía como creía, sabía que Adrián no permitiría que le ocurriera nada y eso podría suponer un peligro para él mismo.

Cerrando los ojos se enfadó consigo misma. Debía recordar que Adrián tenía experiencia en esas acciones. ¿Acaso no se dedicaba precisamente a eso? Dios, de un par de días a esa misma noche se sentía extraña y no era por el sentimiento que albergaba en su corazón, eso ya lo había aceptado y asumido. Era algo diferente, algo que no podía definir. ¡Pero si hasta todos esos nervios acumulados le habían repercutido en su propio organismo! Aquella mañana se había levantado sintiéndose descolocada y con el estómago algo revuelto. Le quitó importancia pensando que podía haber sido algo que comió. Después de todo, la cena con Adrián, aunque deliciosa, no la tomó de buen talante después de la corta charla mantenida. Eso y las pocas horas dormidas añadidas al estado de nervios continuo, podía minar la salud de cualquiera.

La entrada al pequeño apartamento de Adrián siguió en la misma silenciosa tónica. Él parecía absorto en sus pensamientos y ni siquiera cruzaron una mirada. Nada más traspasar la puerta se dirigió a la cocina, dejando a Mina sentada en el sofá. Ésta supuso que debido a lo cercano del momento de acción que se avecinaba debía estar planeando y repasando los datos que conocía.

Nada más lejos de la realidad.

Con las manos apoyadas en el fregadero y la cabeza gacha, Adrián tenía su mente ocupada en otros menesteres como maldecir repetidamente a su querido hermano. Durante todo el día había tratado que Mina viera su verdadera forma de ser, demostrándole que no solamente lo atraía sexualmente, haciéndole saber que su compañía era mucho más que un hermoso cuerpo del que disfrutar. Y hasta la reunión con Diego todo había ido rodado. Pero la maldita broma podía haber tirado todo por tierra.

Abrió el grifo del agua y deshaciéndose de la camisa recogió en sus manos una buena cantidad de agua para enjugarse la cara y refrescar su atormentada cabeza. Debía hacer algo, tenía que arreglar aquello de algún modo, no podía dejar que Diego lo estropeará todo. Pensó que Mina debía estar hambrienta cuando él mismo notó que sus tripas reclamaban algo de alimento y se dirigió a la nevera para tomar algunos fiambres y algo de queso.

Así lo encontró Mina que fue a la cocina para tratar de hacer olvidar a

Adrián sus próximos planes y así conseguir que descansara un poco. Su pelo aún goteaba agua y se hallaba frente a la nevera abierta intentando decidir qué coger. Adrián no la oyó y Mina pudo deleitarse por un momento con la visión de su potente y musculada espalda. Con los ojos clavados en él, y olvidado ya cualquier duda o nerviosismo anterior, se acercó con lentitud. Cuando llegó a su altura, sus manos también la traicionaron y se colocaron a ambos lados de la dura cintura masculina.

—Buscaba algo para comer, ¿tienes hambre? —dijo Adrián sin mirarla cuando notó las acariciadoras manos de Mina.

Mina no contestó y Adrián giró la cabeza para buscar sus ojos.

—Solo de ti —respondió ella.

Aquellas palabras lo encontraron tan desprevenido que al principio pensó haberlas imaginado, quizá el deseo de que aquello sucediera lo había traicionado y ya oía cosas que no habían sido pronunciadas. Olvidando por completo la nevera y la necesidad de llenar el estómago se giró, buscando de nuevo en su mirada algo que reiterara las palabras que había oído.

Mina clavó los ojos en los de Adrián, confirmándole su deseo. Con extrema lentitud pasó los dedos por el amplio y fuerte pecho, consiguiendo a su paso que la piel del hombre se erizara al contacto.

Adrián, invadido por una alegría y un gozo como jamás antes había sentido, no pudo reprimir una sonrisa, la tomó por las caderas y, levantándola sin esfuerzo, la llevó hasta dejarla junto a su cama. Le acarició la mejilla con el reverso de la mano mientras se perdía en su oscura mirada. La amaba sí, ahora lo sabía con total certeza, la amaba más de lo que había amado nunca. Se apoderó de sus labios, lenta y deliberadamente, saboreándola, acariciando su dulce boca, sellando y aceptando así para él mismo el compromiso de amarla y guardarla de todo mal. Mina respondió a su beso de la misma forma, dejando que Adrián llevara la iniciativa, rindiéndose al placer de los sentidos y los instintos.

Poco a poco Adrián fue apartando el fino vestido que cubría el cuerpo de su amada. La tela cayó al suelo arremolinada a sus pies. Después la tumbó delicadamente sobre las frescas sábanas de la cama. Quitándose él mismo todas las prendas que cubrían su cuerpo se echó junto a ella para volver a besarla.

Mina ocultó sus dedos en el espeso cabello de Adrián, enredándolos en las negras y fuertes hebras. Sin abandonar su boca ni un sólo instante, Adrián se

colocó a horcajadas sobre Mina, cargando su peso sobre sus propias rodillas para no causarle ningún mal y enmarcando su rostro con las manos.

La boca del hombre abandonó los labios femeninos para pasar a su cuello, allí donde sentía el latir de su corazón mientras Mina suspiraba de placer e intentaba controlar el pulsante deseo que sentía en su sexo clamando por un contacto más íntimo. Poco a poco recorrió otra porción de aquella embriagante piel hasta demorarse en los hinchidos pechos. Los pezones no tardaron en endurecerse al contacto de la húmeda lengua y se alzaron como pequeñas perlas de anís coronando una cima de almíbar.

Con la misma delirante lentitud la boca de Adrián siguió su descendente camino. No tenía ninguna prisa. Quería disfrutarla como se merecía, quería saborearla por completo y conocer todos sus secretos. Esta vez sus manos lo acompañaron en el recorrido. Mientras volvía a detenerse para introducir la punta de la lengua en el ombligo, éstas trabajaron para descubrir el sexo de Mina, hasta ese momento cubierto por un pequeñísimo tanga. Con delicadeza y un control sobrehumano Adrián siguió trazando aquella ardiente ruta hasta lo más recóndito de su pareja, llegando a los negros rizos.

Mina jadeaba pausadamente, envuelta en la bruma de un deseo casi incontrolado, esperando sedienta de placer aquella caricia íntima que él le proporcionaría. Notando como Adrián rodeaba la zona para mordisquear la parte interna de los muslos, se mordió el labio inferior reprimiendo una súplica.

Perdiéndose por completo en su interior, Adrián acarició cada rincón, cada oculto pliegue, arrancando gemidos descontrolados de la garganta de su amada que hundió de nuevo los dedos entre el revuelto cabello varonil para después hincarlos en los poderosos hombros. Paseó su húmeda y caliente lengua por el sexo de Mina, rozando con los dientes, de vez en cuando, el pequeño y duro botón de placer que lo coronaba. Cuando la respiración de Mina se hizo cada vez más agitada volvió a besar aquella delicada piel de los muslos esperando hasta que las pulsaciones deceleraran lo suficiente y volver a asaltarla sin miramiento alguno, saboreándola de nuevo y bebiendo el licor más dulce de la fuente del placer. Su propio sexo estaba tenso, duro y dispuesto, haciéndole sentir un delicioso dolor por la necesidad insatisfecha.

Mina no pudo soportar por más tiempo aquella tortura de los sentidos y en un arrebato tomó el rostro de su amado entre las manos y lo urgió a que la cubriera. Aquel gesto consiguió que Adrián perdiera todo control y cordura

antes de hundirse en ella buscando, en la profundidad de su cuerpo, el descanso y la paz mental.

Mina no pensaba, no era ya dueña de sí misma, su cerebro no registraba pensamiento coherente alguno, en su mente y en su cuerpo tan sólo existía Adrián: sus caricias, sus besos, sus manos, su magnífico cuerpo, su firme piel, su miembro invadiéndola con cada lento embate. Mientras lo besaba y lo tomaba por el duro y torneado trasero, rodeó con las piernas las caderas del hombre, adaptándose a aquel dulce movimiento.

Adrián ya no pudo sobrellevar el asalto lento y alzándose con los brazos se lanzó en una frenética búsqueda del centro del volcán que los envolvía. Mina volvió a adaptarse a aquella nueva posición y separó totalmente las piernas para facilitar la profunda caricia. Arqueó el cuerpo hacia él para que la tomara totalmente, mientras notaba ya los primeros síntomas de un arrollador orgasmo final que explotó en su interior. A la vez, el mismo Adrián, lanzaba hacia atrás su cabeza completamente poseído por la locura de los primeros acordes de aquel viejo y conocido cántico notando como se derramaba dentro de ella.

CAPITULO 17

Dentro del coche se podía palpar la tensión entre los cuatro ocupantes. La inmediata acción que se proponían realizar les impedía pronunciar palabra, cada uno de ellos estaba completamente sumido en sus propias cavilaciones y repasaban mentalmente lo que debían hacer.

En el exterior todo estaba silencioso, oscuro y completamente desierto. Parecía extraño que un lugar así, no tuviera una vigilancia algo más efectiva frente a posibles asaltos. Aunque, pensándolo bien, ¿quién demonios iba a asaltar los muelles aduaneros de un puerto? Sin duda cuatro personas en busca de información.

—¿Estamos todos listos? —preguntó Diego rompiendo la quietud.

—Sí —contestaron todos.

—Gala, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Por supuesto, amor mío, pan comido.

—Adrián, tú te encargarás de las cámaras de seguridad —un asentimiento fue la respuesta.

—¿Y yo? ¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Mina inquieta y con la necesidad apremiante de ser útil.

—Tú vigilarás el exterior —contestó Diego.

Sin decir nada más y tomando un par de mochilas con las herramientas necesarias que habían llevado con ellos, salieron del coche para llevar a cabo su objetivo.

Ayudada del mecanismo automático de búsqueda de claves, Gala hizo saltar el sistema de seguridad en cuestión de segundos y sin ningún problema. Una vez Adrián tuvo vía libre se coló rápidamente y manipuló los cables de las cámaras para dejarlas sin efecto, con el mismo procedimiento que empleara con las de las oficinas.

Linterna en mano, Gala, Diego y Mina penetraron dentro del almacén. El haz de luz iluminó una gran cantidad de contenedores enormes y metálicos pintados de distintos colores.

—¿Cómo sabremos cuáles son? —preguntó Adrián.

—¿Qué quieres decir? —preguntó a su vez Diego.

—Según los datos que tomamos de las oficinas hoy mismo deberían haber recibido contenedores. Si es así, hay que sacarlos de ahí, no puedo irme con la

duda de que haya personas en alguno de ellos —dijo señalando los enormes contenedores—. No quiero tener en mi conciencia muertes de inocentes.

—Bien intentemos algo —comentó Diego a todos—, hay que golpear las paredes de los contenedores, si alguno contiene vida en su interior, sin duda habrá respuesta.

Los cuatro se pusieron a trabajar, golpeando repetidamente, uno por uno, todos los que había en el almacén. Mina avanzaba entre ellos despacio, dando golpes en las paredes metálicas y lo más arrimada posible a ellos, con la esperanza de oír cualquier sonido por mínimo que fuera. Lo mismo hizo el resto de compañeros, exceptuando a Diego que, de vez en cuando, tomaba una instantánea del lugar.

—Nada —dijo Adrián contrariado—, no lo entiendo.

—No le des vueltas hermano, simplemente se nos adelantaron. Es normal que si su transporte es de esa naturaleza no quieran que los contenedores estén demasiado tiempo en este almacén. Sin duda deben transportarlos a uno propio al instante de recibirlos, de lo contrario corren el riesgo de que cualquier empleado de aduanas note algo anormal en ellos y alerte a las autoridades.

—Eso mismo pensé yo cuando Mina me lo explicó todo —comentó—. Pero no entiendo que corran el riesgo de hacer el desembarco de los contenedores a plena luz del día con la cantidad de operadores que debe haber deambulando.

—Seguro que deben hacerlo a primera hora de la mañana. Tenemos que estar atentos a la próxima recepción y actuar de inmediato si queremos conseguir algo.

—Tienes razón. Bien, miremos en la oficina. Seguro que allí hay algún documento interesante. Iremos Gala y yo, tú acompaña a Mina, no queremos que se quede sola, ¿verdad? —dijo Diego sonriendo extrañamente a su hermano para, acto seguido, dirigirse hacia una pequeña caseta acristalada que había al final del gran almacén.

Mientras Diego y Gala realizaban la búsqueda de documentación que pudiera darles algo más de información, Mina y Adrián escudriñaban el exterior, alertas ante cualquier movimiento. Adrián lanzaba discretas miradas a su compañera pues la había notado muy tensa durante todo el día.

—¿Estás bien?

—Sí... Sólo estoy cansada —mintió.

Gala se sentía indispuesta. A lo largo de la mañana tuvo que luchar contra unas arcadas que amenazaban con expulsar de su cuerpo cualquier alimento

que tomaba. Eso y los mareos que la asaltaban, la hacían sospechar un embarazo pero, hasta no estar segura del todo, no pensaba comunicarlo.

Además, estaba el hecho de que aunque ella estuviera totalmente segura de que amaba a Adrián, no tenía tan claros los sentimientos que éste albergaba con respecto a ella. Sabía perfectamente cómo le gustaba vivir a él, no había que ser muy inteligente para eso, y no quería ser la culpable de cargarle un hijo que no deseara. Había pensado en ello detenidamente, llegando a una conclusión: en el supuesto caso de estar en estado, desaparecería de la vida de Adrián y tan sólo ella sería responsable de ese bebé.

—Tranquila, pronto regresaremos al apartamento y podrás descansar —le contestó con ojos preocupados—. Estar con los nervios a flor de piel durante tanto tiempo, no es bueno para nadie.

—¡Bien!, ¿nos vamos? —oyeron que decía Diego avanzando hacia ellos.

Una vez restaurado el control de las cámaras y el sistema de seguridad, volvieron al interior del coche. Adrián se encargó de conducir primero en dirección al hotel de Diego y Gala.

Soltando un sonoro suspiro Mina comentó sin dirigirse a nadie en particular:

—Ojalá todo esto haya servido para lo que planeasteis en un primer momento.

Diego, sentado en el asiento delantero, junto a Adrián, se giró nada más oír el deseo de Mina y le brindó una de sus mejores y traviesas sonrisas.

—No temas. Servirá. Ya me he encargado de ello —y sin decir nada más volvió a colocarse mirando al frente.

Reinó el silencio entre los ocupantes del vehículo, otra vez. Cada uno de ellos intentando adivinar qué habría querido decir Diego. Adrián, conocedor de que su hermano no decía nada sin sentido y siempre utilizaba las palabras justas cuando no quería que alguien supiera más de lo necesario, tomó nota mental de preguntarle antes de que se separaran.

Llegados a las puertas del hotel donde la pareja se hospedaba, Adrián salió del coche siguiendo a su hermano. Gala todavía se encontraba en el interior despidiéndose de Mina.

—¿Qué es exactamente lo que has hecho Diego? —quiso saber Adrián.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el tonto, sabes perfectamente a qué me refiero. Tu insinuación de que ya te habías encargado de llamar la atención de Vázquez,

acompañada de esa sonrisa que tanto conozco, me hace pensar en que hayas podido hacer algo temerario como es costumbre.

—Mmmm... Temerario –repitió paladeando la palabra—. Me gusta cómo suena –rio.

—Vamos Diego, sabes que esto es muy serio.

—Lo sé, Adrián, tranquilízate. No te preocupes, no dejaré que le ocurra nada.

—¿Que le ocurra? ¿A quién Diego? –Una señal de alarma comenzó a sonar en su cabeza.— ¿A quién debería de ocurrirle algo? –Aunque ya adivinaba la respuesta y la ira comenzaba a adueñarse de él.

—A Mina, por supuesto –contestó Diego sin darle importancia.

—¿A Mina? –exclamó furioso— ¿Qué has hecho Diego? ¿Te has vuelto loco?

—¡Adrián! –lo llamó a la calma tomando a su hermano por los hombros— Sabes tan bien como yo que allí no había nada con lo que llamar la atención de Vázquez excepto ella, su mujer desaparecida y a la que tanto desea encontrar.

—¡Sí pero olvidas que es para matarla!

—Eso precisamente es lo que juega a nuestro favor, es la mejor opción para que Vázquez salga de su escondrijo, necesitamos atraparlo y no solamente con documentación.

Adrián no salía de su asombro, la furia que sentía no dejaba que pronunciara ninguna palabra más, tan sólo tenía ganas de golpear a su propio hermano por poner en peligro a la mujer que amaba.

—Escucha muchacho, jamás permitiré que Mina sufra ningún daño, te doy mi palabra –dijo vehemente.

Aquella afirmación por parte de Diego, dicha de aquella forma, hizo que Adrián olvidara por un momento parte de la ira que sentía y relajó el cuerpo visiblemente.

—¿Ya se lo has dicho a ella?

—¿Qué? –preguntó sin entender.

—Que la amas —Adrián no respondió, solo hundió la cabeza— ¿Se puede saber a qué estás esperando? —volvió a preguntar entendiendo perfectamente su respuesta.

La salida del coche de ambas mujeres, dirigiéndose hacia ellos con la intención de despedirse de Diego, impidió que siguieran hablando del tema y Adrián suspiró aliviado. Ya había sido suficientemente difícil para él

reconocer sus sentimientos como para tener que explicárselo a su hermano.

—Buenas noches, Diego.

—Descansa, querida, tienes mal aspecto.

—A propósito Adrián —comentó Gala—, ¿tienes alguna idea de cuánto tocará esperar? No soy muy paciente ya me conoces —sonrió Gala.

—Me da a la nariz que no tardará en saltar la liebre —comentó mirando hacia su hermano—. Hay que controlar las entradas y salidas de Aduanas, ya me he encargado de eso para poder hacerlo desde mi apartamento. De todas formas, no estaría de más que tuviéramos las listas de pasajeros de los vuelos que entren en Barcelona en los próximos días —comentó a su hermano.

—Dalo por hecho. Respecto a tu control de las Aduanas me gustaría echarle un vistazo.

—Claro, venid mañana cuando queráis.

—Así lo haremos —dijo Diego mientras se adentraban ya en el hotel.

CAPITULO 18

Apenas había despuntado el alba y Mina despertó con una sensación de desazón que la obligó a ir rápidamente al baño. Después de luchar contra retortijones y arcadas, que no sirvieron para absolutamente nada, excepto hacerle pasar un mal rato, se lavó la cara con abundante agua fría y retornó a la cama intentando recomponer un rostro saludable. Con las prisas con las que había salido de ella, no notó que Adrián no estaba acostado a su lado. Agudizó el oído y lo oyó teclear. Dirigió sus pasos hacia el pequeño saloncito. Asomando la cabeza por el hueco de la puerta lo vio, únicamente cubierto por un pantalón corto y totalmente concentrado en la pantalla del pequeño ordenador portátil, mientras los primeros rayos de sol comenzaban a filtrarse a través de la persiana. Aquellos dorados rayos iluminando su cuerpo desde atrás, perfilando su figura, dándole un aspecto de dios diabólicamente atractivo y poderoso enfrascado en la resolución de algún enrevesado problema de importancia universal.

—Hola —lo saludó, llamándole la atención.

—Hola, gatita. ¿Qué haces levantada tan temprano? —le sonrió de aquella forma que le hacía temblar las piernas.

—Eso debería preguntártelo yo —replicó avanzando hacia él.

—Bueno pues.... —dijo tomándola por las caderas y sentándola en su regazo frente al ordenador—, estoy revisando las entradas y salidas de los días pasados por si consigo extraer alguna información que nos pudiera haber pasado inadvertida. ¿Has dormido bien?

—He tenido noches mejores —comentó quitándole importancia a su malestar.

—Pronto acabará todo —justo cuando Adrián acababa de pronunciar esa frase sonó su teléfono móvil impidiendo que siguiera.

Mina se levantó de su regazo y él fue a recoger el aparato para atenderlo.

La alusión al poco tiempo que les quedaba para solucionar lo que tenían entre manos hizo que Mina pensara en qué ocurriría después. Se resistía a pensar en ello. De hecho, las veces que se le pasó por la cabeza, lo desechó rápidamente, eludiendo pero no resolviendo así el problema. Tanto lo que sentía por él como la costumbre de tenerlo cerca iba a resultar una tortura, una vez terminara todo y Adrian desapareciera para continuar su vida.

Inconscientemente su mirada se clavó en su propio vientre. No tenía la absoluta certeza de estar embarazada, ninguna prueba fehaciente, pero instintivamente lo sabía. Lo miró, él seguía al teléfono atendiendo la llamada. Se lo veía tan hermoso, aun habiendo descansado tan pocas horas. Era el hombre más increíble que había conocido, poseedor de una gran inteligencia, sentido del humor y un físico que quitaba el hipo. Desde luego, cualquier mujer estaría orgullosa de tenerlo, pero el problema era, que él también era consciente de todo eso, así que... ¿Por qué iba a quedarse con ella?

—Era Diego, vienen hacia aquí —le informó una vez hubo colgado—. Ya ha conseguido acceso a los registros de pasajeros. En cuanto tu marido aterrice lo sabremos.

—Bien —dijo entristecida.

—¿Qué te ocurre Mina? —preguntó preocupado mientras la envolvía entre sus brazos.

—¡Oh! Nada —mintió y se sintió mal por ello—. Estoy nerviosa. Tengo miedo de que algo pueda salir mal —terminó hundiendo la cabeza en el hueco del cuello masculino.

—No te preocupes más, ¿me oyes? —la calmó acariciándole el rostro y levantándole suavemente el mentón para que lo mirara—. No dejaré que nada salga mal. No permitiré que te ocurra nada.

Mina lo miró a los ojos y vio absoluta certeza y convicción en ellos, que corroboraba la verdad de lo que acababa de decir. Se perdió en ellos, comprobando cómo el deseo comenzaba a adueñarse de su interior. Aseguró más fuertemente el abrazo, apresándola contra él y reconfortándola, haciéndola olvidar todo lo que la rodeaba excepto aquel duro cuerpo que apretaba contra el suyo. La besó con labios hambrientos, apoderándose de su boca con total confianza de ser bien recibido.

Mina aceptó la dulce caricia con abandono y dejó que nada más fuera tan importante como el momento presente. Adrián poco a poco fue relajando el beso, haciéndolo más tierno y suave, demandando tan sólo ternura hasta que, lentamente, levantó la cabeza recordando que Diego y Gala estaban al llegar. Deseaba tomar a Mina más que nada en aquel momento, pero lo más probable es que fueran interrumpidos por la llegada de su hermano y su cuñada. Maldijo para sí, prometiéndose que, después de que acabara todo aquello, se la llevaría a un lugar donde tan sólo estarían ellos dos para amarse durante horas o días, si fuera necesario, ya que jamás se sentía satisfecho de ella.

Efectivamente y como esperaban, Diego y Gala llegaron a los pocos minutos, trayendo con ellos alimentos para toda la jornada. Pasaron la mañana vigilando los datos que registraba el ordenador portátil de Adrián y trazando planes de acción.

A mediodía, los estómagos vacíos reclamaron alimento y almorzaron todos juntos, mientras Diego y Gala contaban sus aventuras para sorpresa de Mina que no daba crédito a lo que oía. Desde luego Diego y Adrián se parecían en algo más que en el físico. Sin duda eran hijos de la misma madre, como apuntó Gala riendo a carcajadas.

Terminado el almuerzo ambos hombres volvieron a sus quehaceres con planos trazados manualmente y datos informáticos, mientras Gala y Mina optaron por refugiarse en la cocina a gozar de una infusión y una charla ligera.

—¡Relájate mujer! Estás muy tensa —dijo Gala a la vez que frotaba cariñosamente el brazo de Mina—. No hay nadie mejor que esos dos zoquetes para resolver estos problemas.

—Seguro... Pero no puedo dejar de preocuparme... Yo... Nos hemos liado, ¿sabes?—dijo Mina con la preocupación dibujada en el rostro mientras clavaba los ojos en el vientre. Necesitaba decírselo a alguien, necesitaba la confianza de otra mujer que la comprendiera—. Y está el hecho de que... Creo que...

Gala sorprendida ante la revelación, miró sonriente a su reciente amiga comprendiendo al instante lo que ésta trataba de decir.

—¡Pero eso es fantástico! —dijo— ¡Enhorabuena!

—Gracias Gala, pero por favor no digas nada, tú eres la única que lo sabe.

—Claro, tranquila. ¿Le amas?

—Con todo mi corazón, pero eso es algo que también sólo tú sabes —dijo guiñándole un ojo cómplice.

Las carcajadas de ambas mujeres llamaron la atención de sus compañeros que se dirigían en ese momento a la cocina para hacerles partícipes de lo que habían averiguado.

—¿A qué se debe tanta risa? —preguntó Diego.

—A algo que tan sólo encontramos gracioso las mujeres —contestó Gala todavía con la sonrisa pintada en los labios y en los ojos.

—¿Acaso pensaste que no todas las mujeres son iguales, hermano?

—Así es —contestó Adrián.

—Te equivocaste —le aclaró Diego con una expresión tan seria que lo hizo reír.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó Mina interesada.

—Por fin ha entrado el registro de tres nuevos contenedores procedentes de Cádiz de la compañía de tu marido —informó Adrián.

—No se ha hecho esperar desde luego —apuntó Gala.

Un pequeño pitido llamó la atención de Diego. Había recibido un mensaje en su teléfono: “el pájaro ha aterrizado”, leyó Adrián en la pantalla que le mostraba su hermano.

—Ya están todos aquí, la carga y él —comentó Adrián.

Inmediatamente Diego marcó un número en el móvil, esperó a ser atendido: “síguele e informa” dijo y, sin mediar ni una sola palabra más, interrumpió la conversación.

Por un momento se hizo un silencio reverente en el pequeño espacio donde se encontraban. Cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Tres contenedores —repitió Gala pensativa—. ¿Es normal que se arriesgue tanto si sabe que lo están vigilando? —preguntó refiriéndose al modo de actuar del marido de Mina.

—Probablemente tan sólo sea uno el que le interese —aclaró Adrián—. Precisamente porque sabe que está siendo vigilado, debe realizar algún envío que no levante sospechas, alguno que contenga material para su comercio normal.

—¿Y cómo sabremos cuál es el contenedor que nos interesa?

—Eso lo sabremos en el momento en que intenten trasladarlos de almacén hasta aquél donde los abran.

—Acto que no debería tardar en ser conocido por la Aduana para comenzar a rellenar los documentos de salida correspondientes —dijo Diego mirando a su hermano.

Seguidamente los cuatro corrieron hacia el saloncito para clavar las miradas en la pequeña pantalla parpadeante que ya anunciaba un nuevo registro a nombre de la compañía del señor Vázquez: la salida de los almacenes de tres contenedores grandes para las ocho de aquella misma tarde.

CAPITULO 19

—¿Qué es todo esto? —preguntó Adrián con una expresión consternada mirando a su hermano, mientras éste cerraba el portón del maletero donde había introducido dos grandes mochilas negras.

—Ya la conoces —contestó Diego haciendo un gesto para indicar que la responsable era Gala que, en ese momento, miraba sonriente a su cuñado mientras se colgaba al hombro otra pequeña mochila.

—Son algunos de mis juguetes. Quizá nos sean de utilidad.

—Desde luego tus juguetes deben ser importantes porque son muy pesados —apuntó Adrián pensando que sería una carga innecesaria en caso de que tuvieran que salir huyendo.

—¡Bah! —contestó Gala mientras alzaba una elocuente ceja—. Pero no supondrá ningún problema porque vosotros sois dos grandes y fuertes muchachotes, ¿verdad?

—Pero Gala... —volvió a quejarse Adrián.

—No insistas hermano, no conseguirás hacerla cambiar de parecer. Es tozuda como una mula.

—Tranquilo Adrián, esas mochilas permanecerán en el maletero siempre que no sean necesarias. No tendremos que cargar con todo, ya he pensado que si tuviéramos que salir corriendo sería un atraso cargarlas, pero si nos encontramos con algo que no hemos previsto, te aseguro que agradecerás que las haya traído —explicó guiñando un ojo a su cuñado.

—Bien, confío en tu criterio —claudicó.

Ante esa contestación Diego abrió la boca para hacer algún otro apunte afilado aludiendo al criterio de su esposa pero una mirada de advertencia de Gala bastó para que la cerrara al instante.

—Estupendo —dijo muy serio sin apartar los ojos de Diego y, dirigiéndose hacia Adrián, prosiguió con una inocente sonrisa—: ¿Nos vamos?

—Alguna vez tienes que explicarme cual es el secreto —comentó Adrián a Gala mientras entraban en el coche y se reunían con Mina.

Gala, entendiendo que su cuñado se refería a la facilidad con que conseguía callar a Diego y sonrió enigmáticamente.

—¿Qué secreto? —preguntó Mina que no sabían por donde iban los tiros.

—Mmmm —contestó Gala mientras recibía una mirada reprobatoria de su

marido—. Mejor no preguntes, estoy segura que pronto lo descubrirás —rio a carcajadas mirando a Adrián.

El sol estaba muy bajo cuando tres grandes camiones salieron del gran almacén de aduanas. Gala rápidamente abrió la mochila que llevaba con ella y extrajo unos binoculares que reflejaron una lente de un tono rojo—anaranjado, que llamaron la atención de Adrián.

—¡Vaya, visión nocturna! —exclamó apreciativo.

—No exactamente —comentó Gala observando a través de ellos —éstos concretamente captan el calor corporal.

—Muy acertado.

—Gracias —sonrió Gala sin apartar la mirada de los camiones—. ¡Bingo! El último es el nuestro.

Acto seguido, Gala volvió a recurrir al pequeño petate y rescató de su interior una especie de extraña pistola, con la que inmediatamente y sin mediar palabra apuntó al camión en cuestión. El raro artefacto emitió un sonido sordo y amortiguado cuando realizó el disparo, ante la mirada atónita e interrogativa del resto de los presentes. Una vez utilizada el arma volvió a guardarla y de nuevo extrajo otro pequeño aparato semejante a una agenda electrónica. Absorta en lo que estaba haciendo tan sólo notó la mirada de sus tres acompañantes clavada en ella cuando, durante un instante, levantó la cabeza.

—Esto, querido amigos —explicó —, es un sistema de seguimiento a distancia que aprovecha las señales de los satélites de tráfico y nos muestra, en esta pantallita, donde se encuentra en cada momento el pequeño emisor que he lanzado. Es un entorno parecido al que usa el GPS en los automóviles.

—Querida —comentó Diego a su esposa—, tienes un gusto exquisito para elegir los chismes electrónicos.

—Gracias —contestó ella sonriendo satisfecha.

En ese momento apareció, situándose detrás de los camiones, un coche negro con cristales ahumados que hablaba del transporte de alguien importante.

—¡Ahí está nuestro pájaro! —informó Adrián.

Mina localizó rápidamente el coche al que se refería Adrián y no pudo controlar un rápido escalofrío que recorrió su cuerpo, provocándole un

sentimiento de nerviosismo que rozaba el miedo.

—Bien, tranquilo —dijo Gala volviendo a centrar su atención en la pantalla del pequeño aparato—. Déjalos adelantarse, estoy segura que los otros dos camiones cambiarán de rumbo en algún punto del camino, pero el que nos interesa no escapará.

Siguiendo las indicaciones de Gala, que controlaba el avance del camión con su pequeño pero más que efectivo receptor, Adrián condujo el coche durante casi una hora, atravesando la ciudad de punta a punta hasta dejarla atrás y llegar a una zona industrial situada a las afueras. A izquierda y derecha del vehículo se alzaban enormes almacenes con vistosos rótulos que anunciaban la compañía propietaria de cada edificio. Eran prácticamente las nueve de la noche y muchos de los empleados de esas compañías abandonaban en ese momento sus puestos de trabajo finalizada la jornada laboral diaria.

Durante todo el trayecto Mina no dijo ni una sola palabra. Sumida en sus propios pensamientos y temores, una parte de su mente se negaba a aceptar el riesgo de lo que estaban a punto de realizar. Conocía a su marido y ese conocimiento no ayudaba a calmar los malos augurios que la asaltaban cada vez que pensaba en que se encontraban muy cerca de él. Después de estar tanto tiempo escapando de sus garras, su mente ya buscaba las formas de fuga a fuerza de costumbre. Y ahora se dirigían a su encuentro.

—El camión ha llegado a su destino —anunció Gala—. Se ha parado en el almacén de aquella esquina —señaló el último edificio de la calle, el cual tenía la entrada por la adyacente.

—Perfecto. Ahora hay que tener los ojos bien abiertos —indicó Diego— estoy seguro de que la zona está muy bien vigilada.

—¿Cómo entraremos? —preguntó Mina reprimiendo una nueva punzada de temor.

—Tendremos que esperar a que el camión salga y emprendan el regreso. Sólo así podremos estar seguros de que han dejado su carga.

Rodeando un par de manzanas, aparcaron el coche en un lugar donde podían ver sin ser vistos. Adrián miró por el retrovisor y captó al momento la preocupación y el nerviosismo que se apoderaba de Mina. Ésta, notando el escrutinio, levantó la vista y observó los ojos de Adrián clavados en ella a través del pequeño espejo, esos maravillosos y ambarinos ojos que la cautivaban. Sin necesidad de palabras, Adrián le transmitió seguridad, comprensión, y sintió como la tranquilizaba por dentro. Una silenciosa

promesa de que todo saldría bien y se agarró a ella con todas sus fuerzas. Aquellas tres personas estaban poniendo su vida en peligro por ella y no podía pagarles siendo un estorbo. Tenía que abandonar todos sus temores y miedos, atarlos bien fuerte y volverlos en su beneficio convirtiéndolos en seguridad.

Adrián notó el cambio efectuado en Mina y le sonrió asintiendo, haciéndole saber lo orgulloso que se sentía de ella. Sin apenas darse cuenta Mina movió silenciosamente sus labios dejando escapar el sentimiento que llenaba su corazón en aquel momento formando la frase: “te quiero”. El alma de Adrián brincó de alegría y amor correspondido, no pudo reprimirse y girándose en su asiento la tomó por la nuca y la besó tiernamente para luego susurrarle: “con todo mi corazón”. Durante unos instantes ninguno de los dos pudo desclavar la mirada de los ojos del otro, diciéndoselo todo sin decir nada.

—Ejem –carraspeó Diego llamándole la atención a su hermano— ¿Tenía que ser ahora?

—¡Diego! –le regañó Gala muy enfadada.

—Lo siento cariño pero es que... ¡Mirad!

Todos atendieron a lo que Diego les indicaba. La gran persiana metálica había vuelto a abrirse y del interior del almacén emergió el camión, seguido del coche negro, para perderse entre el laberinto de calles. De nuevo la persiana bajó y dos hombres se situaron uno a cada lado, en posición de vigilancia.

—Hay que deshacerse de esos dos –apuntó Gala—. Dudo que exista otra forma de entrar ahí.

—Yo también –convino Adrián.

—Esto me recuerda.... ¿Qué te parece el plan Keops? –preguntó Gala dirigiéndose a su marido.

—Si funcionó una vez, funcionará también ahora –aceptó éste encogiéndose de hombros.

—Bien, os damos diez minutos para rodear el edificio.

—Un momento, un momento. ¿En qué consiste ese plan? –preguntó Mina que no entendía nada.

—Sencillo –explicó Gala—. Ellos rodean el almacén y nosotras llamamos la atención de esos dos para que puedan reducirlos silenciosamente y sin problemas.

—Bien, de acuerdo.

—Lo siento pero no estoy preparado para que te pongas en peligro –dijo

Adrián a Mina viendo que ella aceptaba la proposición de Gala.

—Adrián, llevo en peligro desde que huí de él ya va siendo hora de que ponga remedio.

Aquella aseveración era tan tremendamente cierta que Adrián no pudo rebatirla y tuvo que aceptar la realidad. Sin nada más que decir, la besó rápidamente y siguió a su hermano que ya se dirigía hacia la parte de atrás del almacén.

CAPITULO 20

Gala controló, por su reloj de pulsera, que habían pasado 5 minutos desde que Adrián y Diego abandonaran el coche.

—Un minuto más y salimos —le indicó a Mina que observaba atenta a los dos hombres que hacían guardia.

Gala se giró y, soltando los seguros que retenían parte del respaldo del asiento trasero, accedió fácilmente al maletero del coche y a sus mochilas. Abrió una de ellas y tomó un pequeño recipiente metálico y una jeringuilla también del mismo material, para guardarlo en su pequeña mochila de mano.

—Bien, vamos —dijo.

Ambas mujeres salieron de coche y cruzaron la calzada en dirección a la otra acera y a su objetivo. Caminando y charlando llegaron a la altura de los dos hombres que las miraron apreciativamente. Gala respondió a sus miradas con una traviesa y atractiva sonrisa.

—¿Qué hacen dos bellezones como vosotras por aquí a estas horas? —preguntó uno de ellos.

—Pues verás hombretón... —contestó Gala encaminándose a él con pasos tranquilos y sensuales. Mina imitó la acción de Gala con el compañero — Acabamos de salir de trabajar, es viernes, la noche es joven y nosotras tenemos ganas de pasarlo bien.

—Sea donde sea —añadió Mina que ya acariciaba con un dedo, lenta e insinuantemente, el brazo del vigilante.

—Además hace tanto calor... —comentó Gala mientras se abría un poco más el escote mostrando el comienzo de sus senos—, que pensamos que un poco de aire fresco...

—Y agradable compañía, nos vendría maravillosamente bien —prosiguió Mina.

Ambos vigilantes, absortos como estaban en las atractivas y sensuales provocaciones de las dos mujeres, no notaron que dos poderosas sombras se cernían a su espalda, propinándoles un golpe que los dejó inconscientes al instante.

Mientras Diego y Gala se afanaban en atarlos y amordazarlos convenientemente. Adrián se acercó a Mina.

—Lo has hecho muy bien —le susurró tomándola por la cintura y besándola,

como un animal marcando su territorio.

—Listo —dijo Diego terminado el trabajo y volviendo su atención hacia la otra pareja comentó:— No es momento para demostraciones afectivas ... ¡Ay! ¡Gala! —exclamó llevándose la mano a la cabeza donde había recibido un duro coscorrón.

—Te lo mereces, deberías tener un poco de tacto.

—Mira quién fue a hablar, ¿a este golpe lo llamas tacto?

—Tampoco es momento de discusiones matrimoniales —respondió Gala con rictus serio y un brillo de triunfo en sus ojos.

—Chicos, no hay luz en el interior —comentó Adrián llamándoles la atención.

—Bien, apartaos —anunció Gala.

Abriendo su mochila sacó de ella, el pequeño recipiente y la jeringa. Desenroscó el tapón e introdujo la aguja, ya desenfundada, en el bote para extraer el líquido. Después, volvió a enroscar el tapón cuidadosamente y volvió a guardar el recipiente.

—¿Qué es? —preguntó Adrián.

—Aceite de Vitriolo calentito. —dijo mientras agitaba la jeringa.

—Ácido sulfúrico, muy adecuado, veo que has hecho los deberes.

—Por supuesto —convino Gala guiñándole un ojo.

Rápidamente Gala aplicó el ácido al metal de la persiana para lograr un buen agujero por el que entrar, al instante, la línea dibujada por ésta, comenzó a humear debido a la corrosión. Antes de que cayera al suelo, Diego la sujetó para evitar el estrépito.

El espacioso almacén donde se encontraban, estaba lleno de contenedores, unos abiertos y otros totalmente cerrados a cal y canto. De nuevo, ayudada por sus binoculares, Gala comenzó a observar cada uno de ellos, para localizar el que les interesaba. Tras varios minutos de exhaustiva búsqueda, no lo localizó. Unos golpecitos en su hombro le llamaron a atención y, apartando los binoculares de sus ojos, atendió a Adrián que le indicaba hacia arriba con el dedo índice.

Un gran contenedor estaba colgado del techo, sujeto por gruesas cadenas metálicas. Gala enfocó el contenedor con los binoculares que, al momento, captó el calor corporal de sus ocupantes.

—Ese es.

—Bien, esperad aquí, vamos a buscar la manera de bajar ese bicharraco al

suelo –comentó Diego y tomando a Adrián del brazo emprendieron la búsqueda.

Gala observó como su marido y su cuñado desaparecían tras una de las puertas del final del almacén, después centró su atención en Mina que se paseaba arriba y abajo nerviosa.

—Te noto preocupada. ¿Le has informado ya a Adrián de tu estado?

—No, todavía no. No creo que sea un buen momento.

—Mina, no se trata de momentos buenos o malos—comentó Gala tomándola por los hombros e intentando reconfortarla—. Esto es algo que a la larga no se puede disimular.

—¿Y si no hay un “a la larga para nosotros”? No sé cómo puede reaccionar él, nos conocemos de hace tan poco tiempo y han pasado tantas cosas que...

—Debes decírselo Mina, que lo acepte o no, es otra cuestión, pero debe saberlo. Además está clarísimo que él te ama.

—Sí –contestó y por un momento se le iluminó el rostro—. De todas formas no es eso lo que me preocupa –comentó volviendo a centrarse en lo que le rondaba la mente— No tiene sentido que mi marido se desplace hasta aquí para supervisar y luego se marche.

Justo cuando acababa de compartir su inquietud con Gala, otra presencia se hizo notar a su espalda.

—Como siempre tan avispada a la hora de buscar una respuesta plausible al comportamiento ajeno, ¿verdad, querida esposa?

La voz que tanto había temido escuchar tomó forma. Ambas mujeres se giraron para ver al Sr. Vázquez junto con cuatro hombres armados.

—¡Apresadlas! Más tarde me encargaré de ellas.

En ese momento un ensordecedor rugido de motor hizo eco en toda la extensión del almacén. Adrián, conduciendo un enorme toro-grúa se lanzó a velocidad de vértigo sobre los cuatro hombres antes de que llegaran hasta las mujeres, acorralándolos entre las astas del tremendo vehículo y una esquina.

—¡Soltad las armas! –exclamó a los hombres encañonándolos con su propia pistola.

Los cuatro hombres viendo reducidas sus posibilidades de movimiento optaron por acatar la orden y las lanzaron lo más lejos posible. Adrián satisfecho dirigió entonces su atención al marido de Mina.

Éste había sido rápido y mantenía a ralla a ambas mujeres apuntándoles por la espada mientras tenía los ojos clavados en su adversario que ya se

encaminaba hacia él, con pasos lentos pero decididos.

—Suelte a las mujeres, no se saldrá con la suya.

—No sea necio —contestó—. No sé cómo piensa evitarlo, yo tengo el mando, ¿no cree? —dijo aludiendo a las dos mujeres a las que hizo juntarse para que hicieran las veces de escudo humano.

—No alardee Sr. Vázquez, podrá matar a las mujeres, pero le aseguro que no vivirá para contarlo. Sabe que no estoy solo, somos dos contra usted.

En ese mismo momento un estrepitoso sonido de metal contra el frío y duro suelo sonó, dejándolos prácticamente sordos por unos instantes. Ambas mujeres quisieron aprovechar el momento de distracción para escapar, pero no lo consiguieron.

—¡No querido hermano! —exclamó Diego de pie sobre el gran contenedor que por fin había logrado hacer descender. Y accionando el mecanismo de apertura añadió:— Somos muchos más, te olvidas de estas personas que estoy seguro tendrán muchas ganas de saludar al Sr. Vázquez.

Varios hombres y mujeres en diferentes estados de debilidad hicieron su aparición. Observaron la escena con rostros de no entender nada.

—Os presento al Sr. Vázquez, a él debéis vuestro viaje.

Nada más fue necesario mencionar. Al identificar al hombre que les había engañado, robándoles su dinero tan duramente ganado y poniendo en peligro tan gratuitamente sus vidas, la fuerza de la venganza tomó posesión de ellos y se lanzaron a por su enemigo con toda la intención de hacerle pagar todas las penurias soportadas.

—¡No os acerquéis! ¡Las mataré! —gritó presa del pánico mientras amartillaba las pistolas y disparaba un par de veces a los pies de los migrantes —¡Os mataré a todos!

El grupo de personas no cesó de avanzar, ya conocían de cerca el miedo a la muerte, llevaban días intimando con ese temor.

—¡Alto o...!

—No vas a matar a nadie —dijo Adrián a su espalda apretando el cañón de su arma en la nuca del empresario—. Ya eres responsable de demasiadas muertes.

EPÍLOGO

—¿Porqué te gusta ver este tipo de programas? —preguntó Gala a su marido mientras los cuatro miraban atentos, en la pantalla del televisor de Mina, una representación de la acción llevada a cabo por ellos.

—Es una forma de repasar lo acontecido para buscar fallos.

—O de regodearte por lo conseguido —añadió su esposa riendo—. ¡Mira esa actriz debe de ser Mina! —comentó mientras en la pantalla se desarrollaba el momento en que ella y su amiga distraían a los guardias. Adrián abrazó tiernamente a Mina mientras miraba atento.

—Estuvo muy valiente ahí —comentó éste mientras miraba a los ojos de su amada.

—Ciertamente lo estuvo —concedió Gala—, sobre todo teniendo en cuenta algo que tú no sabes.

Mina giró la cabeza para clavar sus enfurecidos ojos en Gala. Ésta tomando a su marido de la mano le dijo: —Vamos, creo que sobramos.

Adrián, con cara de no entender nada, observó como su hermano y Gala se levantaban del sofá.

—¿Qué es lo que se supone que tú sabes y él no? —preguntó Diego a su esposa. Ésta lo miró elocuentemente y Diego comprendió al instante —¡Dios que potencia! —rio a carcajadas.

Adrián cada vez más liado comenzó a mirar alternativamente a Diego, a su cuñada y a Mina pero ninguno parecía querer decir nada más. Diego continuaba riendo y al ver la cara de consternación de su hermano su risa se volvió cada vez más escandalosa, amenazando con no poder parar. Gala, furiosa, levantó una mano y le propinó un pescozón que paró en seco la hilaridad de su marido.

—Yo conozco una forma de que esas manitas estén quietas —dijo Diego muy seriamente fulminando con la mirada a su mujer.

—No te atreverás, estás en casa ajena —le retó esta.

—Después de tanto tiempo veo que aún no me conoces bien —y tomándola en volandas echó a caminar con ella a cuestras saliendo del salón.

—¿Mina qué ocurre? —preguntó seriamente Adrián clavando sus interrogantes ojos en ella.

—No me mires de esa manera, no es nada malo —comentó Mina mientras se levantaba del sofá y se dirigía a la ventana, no podía decírselo y enfrentar su

mirada al mismo tiempo—. Quería esperar para decírtelo pero... Estoy embarazada –soltó a bocajarro.

—Mina...

—No, tranquilo –le cortó ella— comprenderé que no quieras hacerte cargo. No te pido nada, solo creí que debías saberlo y...

Los fuertes brazos de Adrián la rodearon y la hicieron girar. Posando un dedo suavemente en sus labios la hizo callar para besarla profundamente.

—¿Acaso no te dije ya que te amaba?

Mina lo miró con los ojos anegados.

—Te quiero –declaró esta vez bien alto—. Os quiero a ambos. Jamás antes he sentido esta clase de sentimientos hacia nadie y no pienso darle la espalda por nada del mundo. Seguramente seré una pareja y un padre espantoso, pero aprenderé, si tú me enseñas.

Lágrimas de alegría rodaron por las mejillas de Mina y anudaron su garganta. No podría decir nada, mas tampoco hizo falta.

Pasados unos minutos, Mina levantó su cabeza del hueco del cuello de Adrián como recordando algo.

—Imagino que tu hermano ama a su mujer con toda su alma pero, ¿no le ocurrirá nada malo a Gala, verdad?

Al momento llegaron a sus oídos pequeños grititos y risas que se convirtieron en jadeos de placer procedentes de las habitaciones del piso superior.

—¿Contesta eso a tu pregunta?

—Desde luego –rio Mina.

FIN.

Jezz Burning

Escritora precursora de la novela romántica paranormal en España desde que en 2006 fuera ganadora de la convocatoria internacional I Premio Terciopelo de Novela Romántica y Presidenta de ADARDE (Asociación de Autoras Románticas de España). Hasta el momento ha publicado los cinco volúmenes que componen la primera saga española de novela romántica paranormal completa, con distribución nacional y en Latinoamérica, entrando por varias semanas consecutivas en los primeros puestos de la prestigiosa Lista Nielsen de los libros más vendidos de todos los géneros. Galardonada con dos premios Dama en 2010 como Mejor Autora Romántica Nacional y Mejor Novela Romántica. Además también es escritora de thriller con una obra más en el mercado, recibiendo inmejorables críticas, firmando con su nombre real: Raquel Barco.

Más información en <http://jezzburning.blogspot.com>